

72 año
BIBLIOTECA

ANDALUZA



UN HOMBRE DE CORAZON

RESÚMEN

DE LOS ACTOS Y EJEMPLOS DE CARIDAD

DADOS POR

D. JOSÉ MARIA MUÑOZ. 1

ESCRITO Y PUBLICADO

PARA ESTÍMULO DE LOS PODEROSOS DE LA TIERRA

POR

ANTONIO LUIS CARRION

TOMO I

MÁLAGA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Comedias 28



La Nueva y Moya, Málaga.

UN HOMBRE DE CORAZON



BIBLIOTECA ANDALUZA

UN HOMBRE DE CORAZON

RESÚMEN

DE LOS ACTOS Y EJEMPLOS DE CARIDAD

DADOS POR

D. JOSÉ MARIA MUÑOZ,

ESCRITO Y PUBLICADO

PARA ESTÍMULO DE LOS PODEROSOS DE LA TIERRA

POR

ANTONIO LUIS CARRION

TOMO I



MÁLAGA
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Comedias 28
1886

*Es propiedad.—Queda
hecho el depósito que mar-
ca la Ley.*

Málaga.—Tip. de la Biblioteca, Comedias 28.

ORIGEN

Y PROPÓSITOS DE ESTA OBRA.

Discurriendo el plan de un libro en el que al lado de las miserias é imperfecciones de la sociedad en que vivimos, se consignaran generosos arranques y humanitarios ejemplos que sirviesen para templar la enconada lucha que de antiguo viene riñéndose entre los pobres y los ricos, llega á mis manos un periódico murciano, con fecha 27 del pasado mes de Julio, en el que leo las siguientes líneas:

«Ayer tuvimos el gusto de ver la estatua de bronce que representa á D. José Maria Muñoz. Está depositada en el salon de sesiones del Ayuntamiento.

La estatua recuerda perfectamente la personalidad del ilustre caritativo, y tiene una modesta actitud, que cae bien en la figura de aquel vene-

rable anciano. Lo que tiene de extraño, lo produce la levita, que es traje sin ninguna condicion estética.

La levita impone, en el día, muchos sacrificios: es una librea social; es algo que supone grandes deberes; pero no parece manto de glorias, tanto como es cruz de fatigas.

Realmente el señor Muñoz no debía llevar levita en su estatua, por que al hacer el donativo, casi de cuanto tenia, se quedó sin ella.

Cuando se descubrió dicha estatua en Murcia hallábanse presentes algunos de los que recibieron de manos del señor Muñoz aquellos puñados de oro que él repartió impasible, como el que dá una moneda de cinco céntimos; y recordando en aquel acto y viendo delante la imágen del héroe, descubrieron sus cabezas y le besaron la mano

¡Espectáculo tierno, conmovedor y edificante!»

El Sr. Muñoz no debía llevar levita, porque se quedó sin ella al repartir entre los pobres casi toda su cuantiosa fortuna. Esta afirmacion de *El Diario de Murcia* confirma mis noticias particulares, segun las cuales, despues de emplear en actos benéficos mas de dos millones efectivos, solo se ha reservado el ilustre filántropo una modestísima renta, para atender á las mas indispensables necesidades en los últimos dias de su vida.

Resumiendo los actos y conmovedores

episodios que constituyen la vida de este hombre maravilloso, ¡cuántas provechosas enseñanzas pueden proporcionarse á los que están en condiciones de hacer el bien, enjugando las lágrimas del desgraciado! ¡qué noble estímulo para los poderosos que pasan indiferentes oyendo el clamoreo de los que tienen hambre y frio y ven morir anémicos y embrutecidos á los mas tiernos pedazos de sus entrañas! ¡qué enérgicos espulzos para los pudientes que, olvidando las obligaciones de humanidad que les impone su posicion en el mundo, eluden su cumplimiento, sin reflexionar que la compasion y largueza de los ricos es el medio mas seguro para conjurar en España las pavorosas cuestiones sociales que actualmente quitan el reposo á otras naciones mas cultas y adelantadas que la nuestra!

Hoy que D. José Maria Muñoz, por seguir los impulsos de su conciencia, ha dejado de ser rico, y forma en las filas de los que vivimos vida modestisima y aun tocamos los lindes de la escasez, pueden ser consignados con libertad sus rasgos carita-

tivos y su esplendidez fabulosa, sin que el espíritu susceptible y altivo del escritor que jamas envileció su pluma adulando á los encumbrados, abrigue el temor de que su devocion y su entusiasmo por el mas simpático de los modernos bienhechores de la humanidad, sea interpretado por la malicia cual movimiento grosero de interesada servil adulacion.

Decidido por esta circunstancia, sin que me apasione antigua y cariñosa amistad, y seguro de que mortifico la modestia de un anciano sencillo al cual abruman las bendiciones y los vítores de los infelices á quienes arrancó de la miseria, apartándolos tal vez de la infamia á que el hambre precipita muchas veces, decídome á intentar el cumplimiento de mi propósito, tomando como base de la obra emprendida actos y episodios anteriores á las desastrosas inundaciones de Levante, que pusieron de relieve la noble figura del Héroe de la Caridad, apuntando lo mas importante de aquella generosa campaña, y dando á conocer algunos de sus benéficos proyectos; limitándome unas veces á la exposicion del pensamiento para

que el lector medite y resuelva, haciendo en otras ocasiones los comentarios que el asunto y mi buen deseo me sugieran.

Para que aprendan á ser espléndidos los que avaros esconden las llaves de sus arcas cuando una calamidad devasta los pueblos y sume en el duelo á las familias, registraré las importantes cantidades distribuidas con largueza quenunca usaron reyes ni emperadores; para regocijo y santo estímulo de los que, sin riquezas materiales de que disponer, comprenden los sacrificios que en pró de la humanidad se hacen, y reconocen que el hombre debe ser hermano del hombre, narraré acontecimientos y detalles últimos, entresacados de los interesantes sucesos que constituyen la vida del señor Muñoz, y que acusan la grandeza y hermosura de su corazon. Que si el ilustre anciano se ha hecho popular y notable, tanto en España como en el extranjero, por el desprendimiento con que ha repartido su fortuna, mas admirado y mas querido debe ser por sus arranques piadosos, por la virilidad con que ha sabido vencer sus pasiones, por el bien que ha hecho aun á sus mas encarni-

zados enemigos, por su constancia y su virtud en el trabajo, por haber consagrado todos los dias de su existencia á dignificar y á proteger á sus semejantes.

Para que sea esta obra lo mas completa y ordenada posible, ciñéndose estrictamente á la verdad, he procurado ponerme en relaciones con amigos de la infancia del Sr. Muñoz, y con personas que intervinieron en los mas importantes acontecimientos de su vida.

Todos han respondido atentos á mis indicaciones; y al dar comienzo á esta para mí gratisima tarea, cuento con epístolas tan curiosas como interesantes, con datos y noticias que, desarrolladas y modificada su forma para que encajen en la que podrá considerarse primera parte de este libro darán idea acabada de la educacion, carácter y aspiraciones del hombre honrado y caritativo, que estimamos cual modelo digno de ser imitado por cuantos con medios y condiciones para dedicarse á la práctica del bien, quieran ganarse el respeto y el amor de sus compatriotas.

Los capítulos que se relacionen con las mas hermosas páginas de la vida del señor Muñoz, y que arrancarán de las catástrofes que en Octubre de 1879 afligieron á las provincias de Levante, serán escritos con presencia de libros, periódicos, apuntes y datos oficiales que cuidadosamente he procurado reunir; teniendo tambien pormenores hasta hoy desconocidos y sentidas narraciones, hechas por algunos de los desventurados que tocaron de cerca las consecuencias de las inundaciones que asolaron las comarcas murcianas y alicantinas.

Conozco igualmente las fundaciones, estudios y proyectos á que ha dedicado largas vigiliass el anciano respetable de que me ocupo, demostrando su espíritu organizador y la atencion consagrada á determinadas cuestiones sociales que exigen acertada y urgente solucion. No serán olvidados en este libro esos oportunísimos trabajos, y procuraré desarrollarlos, supliendo la deficiencia de mis fuerzas con el conocimiento que tengo de las patrióticas tendencias que los han inspirado.

Antes de terminar la breve introduccion con que he creido oportuno encabezar este libro, deseo desvanecer el error en que algunas personas están, respecto á las ideas filosóficas y tendencias políticas del señor Muñoz.

Fundándose tal vez en cierta desesperada resolucíon que un cúmulo de circunstancias respetables, como mas adelante se verá, obligaron á tomar á nuestro amigo en los primeros años de su vida, hay quien lo cree apegado á los poderes tradicionales y amante de instituciones que pasaron para no volver mas. Se equivocan los que tal imaginen.

Segun impresiones que en nuestras antiguas y no interrumpidas relaciones hemos cambiado, el Sr. D. José Maria Muñoz hace largos años que practica y siente las ideas democráticas, las cuales aceptó al ver en los campos de Navarra, que no la razon ni la justicia determinan el origen legal de las monarquías, sino la ambicion brutal que derramando torrentes de sangre, dá derecho al que mas puede para ser rey, sin exponer su vida, ni sentir un dolor ni ver-

ter una lágrima por los sacrificios de millares de hombres, conducidos como borregos al matadero de la guerra civil.

Al presenciar los horribles medios empleados para sostener las monarquías, y siendo el Sr. Muñoz testigo é instrumento de aquellas iniquidades, por motivos superiores á su voluntad, comprendió que los hombres honrados debían separarse de institución tan cruel como ruinosa para los pueblos, y caminar por los senderos de la democracia, basada en los principios de justicia y de caridad.

Conste, pues, cómo piensa el anciano respetable y bondadoso, cuyos móviles han obedecido siempre, y obedecen hoy, al deseo de que tengan alivio las desdichas humanas, tan desatendidas por los fuertes y los poderosos.

El conocimiento de sus generosidades y sus virtudes, ¿servirá de estímulo á los indiferentes y á los egoístas?

La humanitaria semilla echada al surco por el Sr. Muñoz, ¿producirá sus naturales frutos?

Así lo creo, y esa esperanza mueve mi

pluma; pues á pesar de que en estos instantes corren vientos de esterilidad y de muerte, todo indica que muy en breve hemos de respirar brisas de juventud y de vida.

CARTA

DE UN ANTIGUO ESTUDIANTE EN EL SEMINARIO
DE PLASENCIA.

Todo lo que tienda á producir nobles emulaciones, despertando las dormidas conciencias, debe ser simpático á los hombres que desean el mejoramiento de las criaturas y que el bien sea prodigado por los que prodigarlo puedan.

Su pensamiento de V. es humanitario y digno de aplauso. Por eso me apresuro á remitirle las noticias que me pide acerca de mi paisano y antiguo compañero de estudios D. José Maria Muñoz, cuyo actos benéficos han llegado en mas de una ocasion al apartado retiro en que acabo mis dias, arrancándome su relato lágrimas de regocijo y entusiasmo.

Mi amigo Muñoz cuenta precisamente

los mismos años que yo: ambos nacimos en Cabezuela, de Cáceres, allá por Abril de 1814. Sus padres D. Alonso y D.^a Maria Ba-jo de Menjibar, vivian con cierto desahogo, en la honrada tranquilidad de las clases medias, y aunque no tenian bienes de fortuna, contaban con lo suficiente para sin gran sacrificio dar educacion y carrera á su hijo.

Con éste hice mis estudios, y sus adelantos y los premios que obtenia estimularon mi aplicacion en no pocas ocasiones. Terminadas las primeras letras, ambos estudiábamos en el Seminario de Plasencia, resueltos á seguir la carrera eclesiástica, en la cual indudablemente Muñoz hubiera sido modelo de buenos y virtuosos sacerdotes. Pero un horrible acontecimiento vino á torcer el curso de sus aficiones, y bien pronto sucedió al ordenado silencio de las aulas, la estrepitosa confusion de los campamentos.

Era, si mal no recuerdo, el 7 de Mayo de 1834. Triste y desapacible se presentaba la tarde, cual si la naturaleza hubiese querido armonizar con la triste sorpresa que habíamos de recibir.

Mientras los compañeros jugaban alegremente en el ancho patio del colegio, Muñoz y yo discurríamos solitarios por una de las apartadas galerías, y ambos lamentábamos las consecuencias de la guerra civil, que empezaba á tomar encarnizado y cruel aspecto.

Precisamente en los momentos en que mi amigo me comunicaba sus inquietudes por la suerte de su padre que, comprometido en la causa de D. Carlos, se hallaba al frente de uno de los destacamentos ó facciones, la campana de la portería anunció la llegada de un extraño. Despues escuchamos voces confusas; detuvímonos un instante, y vimos avanzar hasta nosotros, seguido de varios seminaristas, á un antiguo sirviente de la casa de Muñoz, el cual echándose en los brazos de mi amigo, gritó rompiendo á llorar:

—¡Ay, señorito de mi alma, qué desgracia tan grande!..

Muñoz palideció como un muerto, y dijo acongojado:

—Habla. ¿Qué ocurre?

—Su padre de V...

—¡Dios mio! ¿Qué le pasa?

—Venía desde Portugal con direccion á Plasencia, y al acercarse á la ciudad fué atacado su destacamento por las tropas liberales...

—Acaba...

—Batida y dispersada su gente, D. Alonso fué hecho prisionero con muchos de los que le acompañaban.

—Pero... ¿dónde se encuentra?—gritó el desventurado jóven, presa de mortal inquietud.

El viejo sirviente balbuceó algunas frases que no entendimos los que le rodeábamos; nos miró á todos confuso, cual si nos pidiera auxilio en la difícil situacion en que se encontraba. Por último, alzó los ojos á lo alto, dejó correr gruesas lágrimas y movió tristemente la cabeza.

D. José avanzó dos pasos hácia el mensajero de tan espantosa noticia, apoyóle sus dos manos en los hombros, miróle fijamente y le dijo con voz fria y seca que nos impuso:

—¿Cuándo murió mi padre?

—Ayer, en las afueras de la ciudad, y fu-

silado por orden de D. José Gordon. Su madre de V. y sus hermanas, fueron presas en rehenes.

Mi pobre amigo vaciló como si se encontrara ébrio, apretóme convulso la mano que le tendia, se limpió el sudor y las lágrimas que bañaban su rostro, y nos dijo con voz firme y serena:

—Dispensadme, compañeros, necesito hablar ahora mismo á solas con el rector.

Y precipitadamente subió las escaleras, dejándonos confusos é impresionados.

Ignoro lo que pasó en aquella conferencia; solo puedo asegurar que fué larga, pues cuando Muñoz volvió á su cuarto, donde yo le esperaba, era ya bien tarde.

—La fatalidad lo quiere, —me dijo melancólicamente.

—¿Qué dices? —le pregunté, no comprendiendo el sentido de su exclamacion.

—Que mis manos, llamadas á bendecir y á proteger al débil, van á mancharse con sangre de hermanos. Que esa guerra maldecida de que abominábamos hace pocos instantes, me atrae y me precipita en su oleaje rencoroso.

—¡Te vas á la faccion!..

—Así me lo aconseja quien debe saber lo que se dice... Así lo exigen la desesperacion y la pena que me vuelven loco.

Guardé silencio mientras mi compañero reunia precipitadamente algunos papeles y cambiaba de traje.

Al dar las doce de la noche me abrazaba cariñosamente á la puerta del seminario y me decia con amargura:

—Adios, y no me olvides en tus rezos. Voy á cumplir santos deberes, muriendo al lado de los amigos de mi padre.

Poco despues se perdió en la oscuridad, seguido del viejo criado que nos habia traído la infausta noticia.

NARRACION

DE UN VIEJO GUERRILLERO.

Procuraré hacer memoria para enviar á V. los apuntes que me pide sobre mi antiguo camarada D. José Maria Muñoz, con el cual hice larga y accidentada campaña en la funestísima guerra de los siete años. Y á fé que si V. se propone, como me dice, popularizar su conducta, para que sean imitados sus arranques de nobleza y sirvan de ejemplo sus humanitarias acciones, rasgos hay en la vida militar de mi amigo, dignos de que se escriban y perpetúen, para patentizar cómo los impulsos de la conciencia y la grandeza de alma pueden sobreponerse y dominar las pasiones del hombre, por violentas que sean y por justificados que estén los mas profundos rencores.

A los pocos dias del cruel fusilamiento de

D. Alonso Muñoz, reunióse á nosotros su hijo, abandonando los estudios que seguia en el seminario de Plasencia; y por cierto que al verle llegar, todos supusimos que el mozo, cuyo aspecto viril y decidido nos interesó, iba á ser terrible azote de las huestes liberales, pues no era aventurado creer que el deseo de venganza y la sed de sangre lo arrastraba á nuestro campo.—Muñoz apenas habia cumplido los diez y ocho años, y su mirada y su apostura anunciaban un caudillo enérgico y valiente.

Encontrábamonos en las asperezas de Navarra, foco entonces de las huestes de don Carlos; y para llegar hasta nosotros el ex-seminarista tuvo que burlar en mas de una ocasion la vigilancia oficial, dando peligroso rodeo y pasando desde Portugal á Francia con el fin de atravesar la frontera.

Desde los primeros momentos y al frente de las fuerzas que se le confiaron, captóse el joven oficial las simpatias y el aprecio de sus compañeros, recibiendo inequívocas pruebas del respeto de sus subordinados y de la estimacion de sus jefes. En pocos dias hizo patente su valor y sus disposiciones

para la nueva carrera que emprendia; si bien extrañóse que en vez del soldado fiero y sanguinario que todos presentiamos, conocedores del cruel acontecimiento que á la guerra lo lanzaba, Muñoz demostrase un corazon sensible y compasivo, presenciando con repugnancia las desgarradoras escenas del campo de batalla, y teniendo que hacer en mas de una ocasion violento esfuerzo para contener su llanto, al ver cadáveres ensangrentados y al escuchar los gemidos de los infelices que caian á sus pies heridos en aquellos combates bárbaros y fratricidas.

Muchos desventurados le debieron su libertad y su existencia, compensando estas satisfacciones la pena que le causaba el encontrarse muchas veces frente á frente de amigos de la niñez y aun de seres queridos pertenecientes á su propia familia, casos que vemos repetidos con harta frecuencia en los tristes anales de nuestras contiendas civiles.

Sobre la línea de Arlaban vióse mi compañero en uno de estos difíciles y comprometidos lances, pues su tio D. Francisco Muñoz, militaba en las filas contrarias con

su hijo D. Manuel, capitán de caballería.

Horas antes de ocurrir uno de los muchos encuentros que ensangrentaron aquellos lugares, tuvieron ocasión de verse y de cambiar algunas palabras los dos primos.

—Ahora, querido Manuel, unidos en apretado abrazo como en los serenos días de nuestra infancia...

—Y tal vez antes de que amanezca nos encontraremos con el hierro en la mano y cual fieras irritadas.

—¡Maldita guerra, que divide á los hermanos y que aniquila á los pueblos! ¿Y tú padre?

—Manda la caballería de esta división, y á sus órdenes voy.

—Quiera el cielo separarme de vosotros en la hora del estérmino y de la locura.

—Dios nos ampare, primo... y separémonos, que el deber me llama.

Ambos jóvenes se abrazaron, despidiéndose con lágrimas en los ojos. Al día siguiente el bizarro capitán de caballería rodaba por tierra, mortalmente herido por las balas de los soldados que entraban en fuego á las órdenes de su primo.

Poco despues, y aun no repuesto Muñoz de la amargura que este suceso le produjo, al librarse la batalla de Retuerta, encontróse con el batallon que mandaba, frente á frente de su tio D. Francisco, brigadier de las huestes cristinas. La lucha fué encarnizada, y tio y sobrino quedaron en el campo gravemente heridos.

Otro episodio vino á poner á prueba la sensibilidad de nuestro amigo, en aquella desdichadísimacampaña. El comandante de la guarnicion de Villarcayo D. Dámaso Ortiz, tuvo que resistir al paso del Ebro por las huestes del Pretendiente, á fuerzas en que iba D. Jose Maria Muñoz. Ortiz cayó prisionero de ellas y encontróse con mi compañero, que era su primo, el cual lo abrazó con ternura y le prestó eficaz y decidido auxilio, haciéndolo extensivo á otros infelices prisioneros, cuya suerte se decidió en aquellos momentos, librándose sin duda de ser fusilados, pues en aquel período de la campaña no habia cuartel ni piedad para el vencido.

La historia militar de Muñoz puede asegurarse que está formada por interminable

serie de escenas humanitarias y conmovedoras.

La legion argelina, agregada á las tropas liberales se batió con admirable denuevo en la célebre batalla de Arlaban. Un joven oficial francés fué hecho prisionero de los carlistas, é inmediatamente decretóse su muerte; pero en el instante de tender sus fusiles los soldados que debian inmolarlo, Muñoz se adelanta resueltamente, le arranca con rapidez el kepis de la cabeza, sustituyéndolo por su propia boina, y sin tener en cuenta las órdenes terminantes para que todo oficial preso fuese pasado por las armas, le ofrece su brazo con cariño, y dejando confusos á los soldados, corre con el prisionero á la tienda del general, y le dice:

—Este oficial se me presentó pasado.

Y lo destinaron á un batallon de franceses carlistas.

He aquí otro episodio no menos interesante.

Tres oficiales del ejército liberal fueron presos por las tropas de D. Carlos en Arcos de Navarra. Las leyes inexorables de la gue-

rra les condenaron á ser fusilados, y Muñoz recibió el triste encargo de que la ejecucion se llevara á cabo inmediatamente.

Muñoz, que lloraba todavia la muerte de su padre, fusilado por sus enemigos, no pudo menos de enternecerse al contemplar á estos tres jóvenes llenos de vida y que un momento despues iban á ser privados de ella, cuando tal vez tendrian esposas, hermanas y acaso madre como la suya, cuya existencia seria desde aquel momento dolorosa y amarga para siempre.

Impresionado por esta idea, y con el fin de salvarlos, habló al sargento para que, con su asistente, fuesen quitando las balas de los cartuchos con que debian ser cargados los fusiles; verificándolo así mientras que los soldados bebian distraidos el vino con que fueron convidados. Se dirigió despues á los prisioneros, les habló en secreto, y aprovechando la soledad del sitio donde se encontraban y las favorables circunstancias de que la lluvia y la oscuridad de la noche que se acercaba alejaban á los curiosos, permitieron, con otros incidentes del momento que no es oportuno referir, que la

punteria se hiciese alta para que el fuego de la pólvora á quemarropa no les causara daño.

Al oir los tiros se echaron al suelo aquellos desgraciados, segun lo convenido, y en tal situacion permanecieron hasta que el mismo Muñoz volvió á levantarlos; y retirándose con el piquete, dejó al sargento y á su asistente, personas de su entera confianza, al cuidado de los oficiales, para impedir que nadie se acercara á ellos; y dando cuenta al jefe de su brigada de haber tenido lugar el fusilamiento, estando al frente de los batallones formados en la plaza para marchar, volvió solo, sin perder tiempo, al sitio fatal, y animando á sus protegidos para que se levantasen y corrieran presurosos á su campo, les indicó el camino y el punto por donde podian pasar el rio para no tropezar con las avanzadas carlistas, y dándoles, por último, diez y ocho reales (única cantidad que poseia) se despidieron con el llanto en los ojos unos y otros.

Buena prisa tuvo que darse Muñoz, con el sargento y su asistente, para dar alcance é incorporarse á su batallon, ya en mar-

cha y de noche, con otros batallones, para el Berion, en donde bien pronto tuvieron lugar varios combates en que se vertió mucha sangre, muriendo en uno de ellos el referido sargento.

Muñoz habia olvidado este suceso, como tantos otros que dejamos de apuntar, y sin duda seguiria borrado completamente de su memoria, si después del convenio de Vergara, y estando en Búrgos de paso, no se le presentara el coronel Duran, que le dijo:

—Hace mucho tiempo que en vano he procurado adquirir noticia de tu paradero. Yo soy uno de los tres oficiales que salvaste en Arcos; mis compañeros han muerto, el uno de bala, en Ramales, poco antes de concluirse la guerra; el otro fué víctima de una pulmonia, y yo he quedado, sin duda, porque Dios me ha guardado para recompensar tu arriesgada, humana, noble y heroica accion. Ahora que he sabido estabas aquí por un compañero tuyo, que no quieres tomar armas en el ejército liberal por delicados y honrosos miramientos, y que eres pobre, deber mio es decirte que tengo bienes de fortuna que poner á tu disposi-

cion, de consiguiente vente conmigo á partir el pan de mi casa, y bien poco es lo que te ofrezco para pagarte la tranquilidad de mi familia y la vida que te debo.

Muñoz quedó conmovido y le respondió:

—Aunque soy efectivamente un pobre aventurero, mi decoro y mi deber de trabajar no me permiten que acepte tus dones, pues con mi trabajo ganaré lo suficiente para vivir dignamente, aunque en la pobreza; y si te se presentara ocasion de hacer lo que yo hice con vosotros, creo que la aprovecharás, porque eres bueno, y entonces únicamente debes acordarte de la deuda que tienes pendiente conmigo.

Delicada y digna contestacion que revela todo el desinterés de su alma generosa, siempre movida por el amor hácia los desgraciados.

TERMINAN LOS APUNTES

ENVIADOS POR EL ANTIGUO GUERRILLERO.

Con la salvacion de los tres oficiales prisioneros, cerré mis anteriores detalles: propóngome hoy darle noticia de otro conmovedor episodio, que viene á aumentar el catálogo de los ya conocidos, y del cual conservo perfecta memoria.

Cuando sitiarnos por segunda vez á Valmaseda, nuestro compañero el valiente Peña fué encargado de proteger una bateria de dos piezas, destinada á abrir brecha para el asalto de la plaza ocupada por los liberales.

En el momento en que mas empeñado se hallaba el combate, una bala enemiga hiere á Peña mortalmente. Aquel disparo habia sido certeramente dirigido desde una casa de la poblacion, por cuyos balcones y

azotea se hacia nutrido fuego contra los artilleros.

Viendo Muñoz exánime á su camarada y amigo, se exalta y con inusitado valor electriza á los soldados, y á la cabeza de una compañía se lanza al asalto, á pesar de que aun no estaba abierta la brecha. Poco despues la poblacion quedaba por los carlistas, siendo preso el capitan que mandaba los milicianos autores de la muerte de Peña.

Concluida la jornada, Muñoz que tanto se habia distinguido en ella, reconociéndose por todos que á su valiente empuje se debia en gran parte la victoria obtenida, rendido de fatiga y pesadumbre dirigióse á su alojamiento, siendo recibido por la dueña de la casa, anciana señora que, acompañada de sus dos jóvenes y bellas hijas, lloraba amargamente.

Nuestro amigo saludó con atenta cortesia á aquellas acongojadas mujeres, y creyendo que su inquietud era producida por la presencia de uno de los que acababan de tomar el pueblo por asalto, les dijo:

—Perdónenme, señoras, si vengo á importunarlas, y tengan seguridad de que al

ocupar por breve tiempo el alojamiento que se me señala, procuraré molestarlas lo menos posible.

—No es, caballero, su presencia de V. la que motiva nuestro llanto; causa mas grave y trascendental produce la aflixion en que nos encuentra,—replicó la mayor de las jóvenes, fijando con tristeza sus hermosos ojos en el militar que tan respetuoso se les presentaba.

Muñoz interesose por sus patronas; procuró inquirir el origen de sus lágrimas y de la desesperación que las dominaba; logrando sin gran esfuerzo ganarse su confianza, y sabiendo por el relato de la madre, que su marido era el capitan que mandaba las fuerzas que dieron muerte á Peña, y que acababa de ser preso, dándose órdenes para que inmediatamente fuera pasado por las armas.

—¡Por mi nombre que esa sentencia no se cumplirá!—exclamó conmovido nuestro héroe, y apretando la mano á la mayor de las hijas del infeliz condenado á muerte, cuya mirada y cuyo acento le habian vivamente impresionado, salió presuroso de la

casa, dejando sorprendidas á las tres señoras. Dirigióse sin perder momento al hospedaje que ocupada Urbistondo, y al ser recibido por éste, le dijo:

—Mi general, vengo en demanda de una gracia.

—A los valientes no se les debe negar nada,—respondióle el veterano, que conocia el mérito de Muñoz y estaba enterado de que él habia sido el primero que entró en la ciudad.

—Es que deseo el perdon de un prisionero que va á ser fusilado...

—Concedido,—interrumpióle el general; y dirigiéndose á uno de sus ayudantes, le ordenó que se suspendiera la ejecucion del capitán de milicianos.

Aquella espresiva respuesta llenó de regocijo á Muñoz, y saludando con gratitud al general, corrió alegre á su alojamiento, impaciente por llevar á aquella atribulada familia tan gratisima nueva.

Madre é hijas recibieron con bendiciones al que les devolvía la libertad y la vida del pobre condenado á muerte, el cual á las pocas horas entraba gozoso en el hogar

cuyos umbrales creyó no volver á pisar nunca.

No costó gran esfuerzo á nuestro amigo ganarse el corazon de la que, desde los primeros instantes en que la viera, habiale inspirado tan purísima como ardiente pasion; y al partir de Valmaseda los batallones carlistas, quedó pactado el matrimonio de ambos jóvenes, los cuales se separaron haciéndose las mas formales protestas de constancia y fidelidad.

La suerte no quiso que aquel enlace se verificara, pues al terminarse la guerra con el convenio de Vergara, Muñoz, fiel á su palabra y á sus sentimientos, apresurose á escribir al padre de su prometida, diciéndole que se encontraba dispuesto á cumplir el compromiso voluntaria y solemnemente contraído; pero una carta, no del capitán de nacionales, sino de su hija, vino á desvanecer sus ilusiones, produciéndole indescriptible amargura.

La joven, despues de mil protestas que acusaban su sinceridad, le decia que mal informada respecto á su suerte, en vista de su largo silencio y de las nuevas que de su

muerte corrieron, habia dado su mano á otro hombre, del cual tenia ya dos hijos.

Este desencanto puso á prueba la grandeza de alma del que en aquella union cifraba su dicha. Su espíritu viril soportó el golpe con resignacion, y abandonando á España, dirigióse á Francia y á otros puntos del extranjero en busca de mejor fortuna; y sobre todo, con el propósito de olvidar los horrores de la fraternal contienda en que, contra su voluntad y sus instintos, se habia visto envuelto, por seguir irreflexivo consejo en una hora de desesperacion, ó por no haber podido dominar violentos arranques del hijo cariñoso, á quien el rencor y la crueldad de las luchas civiles tira á los piés el ensangrentado cadáver de un padre.

TRABAJOS, FORTUNA
Y ACTOS BENÉFICOS DEL SEÑOR MUÑOZ
ANTES DE LAS INUNDACIONES.

Al terminar la guerra, D. José María Muñoz había conquistado el grado de coronel y ostentaba su pecho distinguidas condecoraciones. Habíase hallado en ciento dos acciones de guerra, recibiendo tres heridas graves en tres distintas batallas: dos veces fué preso, estando ambas en capilla para ser fusilado en represalias. Sus actos de generosidad para con el enemigo no tienen número, y le conquistaron, tanto en el ejército liberal como en el carlista, fama de hombre humanitario y compasivo. Con muchos jefes como él nunca hubiera tomado la guerra civil el carácter feroz y salvaje que tantas lágrimas costó á los españoles.

Al salir Muñoz de España recorrió varias poblaciones francesas, con algunos de sus antiguos compañeros, y dispuesto á seguir la carrera de las armas, proponíase ofrecer su espada á Rusia, á la Argelia ó á la América; pero un inesperado suceso cambió su suerte y sus inclinaciones.

Su anciana madre escribióle una sentida carta, en la cual le manifestaba su amargura al ver como cada dia se alejaba mas y mas de su lado. Indicábale en ella la falta de recursos á que la habian traído la viudez, las persecuciones y el sustento y educacion de sus hijos pequeños: aquella desventurada familia se veia amenazada por el hambre.

El hombre extraordinario cuya vida he tomado como modelo, para estimular á los que pueden y deben aliviar á los desgraciados de la pesada cruz que el infortunio echa sobre ellos, derramó abundante llanto al conocer los detalles que su madre confiaba á la pluma y al estimar las inquietudes que su ausencia y su vida aventurera hacian nacer en el alma de tan virtuosa señora. Lucharon un momento el amor filial y el de-

seo de gloria y de fortuna; mas no tardó el corazon en rendirse al sentimiento que inspira una madre buena y desvalida. Enaquel instante decidió su regreso á España, y abrazando conmovido á sus camaradas, se despidió de ellos, dispuesto á cumplir santos deberes, y á renunciar á guerreras empresas, dedicando su actividad y su inteligencia á las pacíficas campañas del trabajo, que pudieran proporcionarle bienestar para la familia de la cual se consideraba obligado jefe, y medios para prodigar el bien entre sus semejantes.

Muñoz entró en Madrid sin recursos, sin relaciones y sin otro apoyo que su fuerte voluntad y su resuelto propósito de trabajar honradamente. Aceptó varias modestísimas colocaciones, perdiendo algunas de ellas por no transigir con actos que pugnanban con su conciencia y su dignidad. De Madrid marchó á Girona, en donde le nombraron secretario de la Sociedad Económica de Amigos del Pais, y de la Comision provincial de Instruccion pública, tomando parte en la redaccion de un periódico que á la sazón se publicaba con el título de *El*

Vigilante. En 1843 pasó á Barcelona, donde escribió una obra sumamente útil, *El libro de los alcaldes*, dedicándose al mismo tiempo al comercio de harinas, en compañía del coronel retirado D. Ramon Urbina, el cual le anticipó los fondos necesarios para emprender con éxito afortunado estas y otras operaciones mercantiles; pudiendo asegurarse que este fué el gérmen de su riqueza. Inútil es decir, teniendo en cuenta el objeto que le trajo á España, que siempre llevó á su lado á su anciana madre, hasta el año 1855, en que ésta murió, víctima de la epidemia que invadió á Madrid. Fué Muñoz, contratista de tabacos de regalia, en Cádiz; tratante de ganados, en tierras de Búrgos; fundidor de hierro con forja á la catalana, en la frontera de Portugal; explotó minas de estaño en la provincia de Zamora, é hizo importantes construcciones en Madrid.—Cual si la Providencia adivinase el destino reservado á las riquezas que el talento y la actividad acumulaban, el éxito mas lisonjero vino á coronar todas las empresas emprendidas por Muñoz.

Este, una vez asegurado el porvenir, en su deseo de asociar su suerte á una digna compañera, contrajo matrimonio con doña Carlota Ortiz, hija del coronel D. Cárlos, sin que le halagasen sus bienes de fortuna, pues no los poseía, sino sus cualidades morales y sus reconocidas virtudes.

Habiendo tenido cuatro hijos, solo viviéronle dos, D. José y D.^a Carolina; dióles esmeradísima educacion y les aseguró respetables bienes de fortuna, sin tener que inquietarse por ningun remordimiento, seguro de haber cumplido á conciencia sus paternales deberes.

La quebrantada salud de su hijo, le decidió á hacerle viajar por las islas Canarias y casi toda la América, siendo esta expedicion motivo de un episodio que debe ser conocido.

Cierto sujeto le debía 200.000 reales y ofrecióle cuatro esclavos en cambio de la deuda. Muñoz sonrió bondadosamente al escuchar semejante proposicion.

—La venta de estos esclavos tiene un resultado inmediato, y acaso salga V. ganando en este negocio,—díjole el deudor.

Nuestro héroe desentendióse de este argumento codicioso, limitándose á manifestar que aceptaba el cambio de los hombres por el dinero que se le debia. Liquidóse la cuenta, y cuando el deudor le entregó los esclavos, exclamó Muñoz, mirándolos con alegría:

—¡Hijos de Dios, hermanos míos, ya sois libres!

Extendida inmediatamente la carta de libertad, embarcóse para España entre las aclamaciones de cuantos conocieron tan humanitario proceder, y siendo despedido por los pobres negros, que besaban sus manos derramando lágrimas de gratitud.

Definitivamente establecido en Alicante, dedicóse á practicar obras dignas del mayor encomio, comenzando por dotar con cien camas completas, añadiendo traje, aseo, cocina y botica, para cien leprosos de los lugares de la marina de aquel puerto. Después facilitó 12.000 reales para repartirlos en premios á la virtud, y fabricó á su costa el doble muro que circunda el asilo de niños.

Hizo muchos espléndidos donativos con fines piadosos y humanitarios; y entregó

importantes cantidades á las asociaciones de señoras de Alicante y otros puntos, para atender á las necesidades de los desgraciados. En el pueblo de su naturaleza tambien ha repartido el Sr. Muñoz á manos llenas los beneficios; y seria inagotable tarea apuntar todos los actos generosos que ya le habian popularizado en determinadas comarcas, antes de que las inundaciones de Levante vinieran á darle universal renombre.

Como testimonio de lo que el Sr. Muñoz se hallaba dispuesto á hacer en favor del pueblo de su naturaleza, he aquí la instancia que presentó al Ministro de la Gobernacion en 1878, acompañada de una Memoria que hemos leído con detenimiento, y que revela el estudio que de las necesidades sociales ha hecho su autor, y el tino y desprendimiento con que se disponia á distribuir una gran parte de su fortuna.

He aquí la forma precisa y sencilla en que fué redactada la referida solicitud, que por cierto proporcionó muy gravísimos disgustos al que con tan santos y nobles propósitos la suscribiera:

«Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion

Don José María Muñoz y Bajo de Menjibar, vecino de esta corte, calle Mayor número 36 y 38, cuarto tercero, de sesenta y tres años de edad, según cédula personal que exhibe, acude á V. E. con el debido respeto y expone: Que deseando ejercer algunos actos benéficos permanentes en favor de los pobres del pueblo de su naturaleza, que lo es la villa de Cabezuela, del partido judicial de Plasencia, en la provincia de Cáceres, y considerando necesaria la protección tutelar del Gobierno para que sea legalizada y sostenida la institucion de dichos actos benéficos, según el adjunto documento duplicado, dispone: 1.º La creacion y sostenimiento de dos escuelas completas de instruccion primaria para niños y niñas. 2.º Casa de maternidad, con un torno de niños expósitos, criados, educados y sostenidos hasta la edad de ocho años con todo lo necesario á su bienestar. 3.º Seis dotes de 4.000 reales, de casamiento, por séries de dos en dos años, para las seis jóvenes pobres de mejor instruccion y conducta. 4.º Redencion de la suerte de soldado para los tres jóvenes pobres que mas se distingan por su instruccion y buen comportamiento, por séries de dos en dos años. 5.º Tres carreras constantemente sostenidas, de sacerdote, abogado y médico, para los tres jóvenes pobres mas aplicados y aventajados en instruccion y buena conducta. 6.º Enseñanza de preparacion, exámenes y títulos de maestras de instruccion primaria, por séries de dos en dos años para las tres jóvenes mas pobres que por su aplicacion, honestidad y demás condiciones recomendables se consideren aptas para el magisterio. 7.º

Enseñanza de artes ú oficios para tres niños pobres, aplicados y de buena conducta, por séries de dos en dos años. 8.º Premios en dinero, libros, medallas y estampas á los niños que asistan á las escuelas con más aplicacion y aprovechamiento. 9.º En limosnas á dinero ó socorro á jornaleros enfermos y ancianos necesitados del pueblo, que se hallen impedidos y no puedan trabajar.

»Todo esto es lo que constituye la fundacion de que se trata, segun los detalles que para cada caso se expresan en la misma, que manuscrita y por duplicado, se acompaña, y que ha de cumplir una Junta protectora compuesta del Obispo de Plasencia, de un canónigo de aquella catedral, del cura párroco, Alcalde y tres mayores contribuyentes de buena fama y reputacion, de Cabezuela, la cual se hará cargo con este fin de cinco millones de reales nominales que en titulos de la renta perpétua del 3 por 100 lega y cede el que suscribe para que dicha Junta cubra las obligaciones que llevan consigo las benéficas disposiciones de que se ha hecho mérito.

«Por tanto, y correspondiendo á V. E. la tutela y amparo que aquellas han de menester para que sean respetadas y subsistentes en beneficio de los pobres,

Suplica á V. E. se digne disponer lo conveniente: 1.º Que se expida Real orden autorizando al que suscribe para poner en ejecucion cuanto queda expresado, conforme á las prescripciones establecidas en el documento ó Memoria que se acompaña. Y 2.º Que se pase al Ministerio de Hacienda otra Real orden á fin de que se conviertan en cinco láminas intransferibles de la renta del 3 por 100 los cinco millones citados, que en título de la

Deuda interior, con sus cupones correspondientes, serán presentados con este objeto, que es el de evitar los abusos que con tales valores al portador pudieran cometerse, expresando dichas láminas el destino que se les da, con la referencia de los actos benéficos establecidos, á que única y exclusivamente se aplicará la renta de que se trata, y que sean entregados al que suscribe, quien á su vez los pondrá á disposicion de la Junta protectora, á la cual corresponderá desde entonces su administración, para la realizacion de los fines que se la encomiendan.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid veintiocho de Febrero de mil ochocientos setenta y ocho.— JOSÉ MARIA MUÑOZ.»

Para cerrar este periodo de la vida de D. José Maria Muñoz, voy á consignar un hecho que puede servir de provechosa enseñanza á todo el que tenga un agravio que vengar. Lo refiere en las siguientes líneas uno de sus biógrafos:

«Estando encargado por el jefe político de Barcelona y por el general Prim de dar alojamiento á las tropas que sitiaban y bombardeaban á esta ciudad, sublevada en Setiembre de 1843, se le presentó D. José Gordon con su señora que, huyendo, sin ropas y andando por malos caminos, habían salido huyendo de los peligros que había en dicha capital, en donde residía Gordon como comisionado en Cataluña por su cuñado D. José Salamanca, contratista del ramo estancado de la sal entonces, y dando á Muñoz una tarjeta de recomendacion para lograr alojamiento y amparo

mientras podían sacar de su casa los medios de trasladarse á otra parte. Muñoz le recordó al instante y dijo para sí: «Este es el verdugo que sin piedad fusiló á mi padre, persiguió y encarceló á mi madre y hermanitas;» pero elevándose con su grandeza cristiana, le dijo:

—No hay absolutamente alojamiento para nadie; todo está ocupado por las tropas, y tengo orden de no permitir en Gracia y demás puntos inmediatos la permanencia ni detencion alguna de paisanos y familias procedentes de Barcelona; pero por compasion á esta señora, que viene destrozada y rendida, y por atenciones para con usted, les cedo este mi reducido alojamiento, á fin de que puedan descansar, y ahora mismo les servirán á ustedes el almuerzo que me acaban de preparar, pues yo tengo que hacer y me voy ahora mismo.

Gordon, que aun no había sospechado quien era Muñoz, quedó tranquilo con su familia y almorzaron contentos. Al cabo de dos horas volvió Muñoz á saludar afablemente á sus huéspedes, no sin haberse vencido y hacerse superior á la indignacion desesperada que le produjo la presencia de Gordon, quien, al manifestarse agradecido, significó el deseo de conocer mas á quien debía tan finas y generosas atenciones. Muñoz, un tanto turbada su serenidad, contestó:

—Al hijo de D. Alonso Muñoz.

Gordon palideció al oir este recuerdo de sus crueldades en Plasencia, donde fusiló un número considerable de carlistas, sin respetar á niños ni ancianos, y saludando Muñoz en aquel momento á la señora, que debía ignorar los sucesos horribles que encerraban aquellas frases, se fue á Ma-

taró para no ser presa de los sentimientos de venganza que mas de una vez lucharon con los de su benevolencia.

Despues supo Muñoz que, aguijoneado Gordon, ya fuera por los remordimientos de haber quitado la vida á un hombre honrado y perseguido con la mayor crueldad y puesto en prision á una madre y señora con sus hijas inofensivas despues de perder sus bienes, ó ya porque le impresionara el temor de una justa venganza, se ausentó tambienze Gracia inmediatamente que se fué Muñoz, á quien no conocia Gordon, y por esto, sin duda, llegó á temer lo que aquél no es capaz de hacer a sangre fria, porque cuando no es del caso combatir, sólo se inspira en la doctrina del que murió en el Calvario perdonando á sus verdugos.»

Este noble proceder hace adivinar al hombre que, con motivo de los desastres de 1879, habia de asombrar al mundo con su esplendidez y sus rasgos extraordinarios de piedad.

LA CATÁSTROFE.

Trascurridos largos años de malas cosechas y de escasez y privaciones para los labradores murcianos, alicantinos y almerienses, llegó el estío de 1879, rico en esperanzas para los que viven de los productos que la tierra guarda en su seno, siendo general el regocijo de los habitantes de las laboriosas provincias de Levante, casi seguros, por el aspecto de los campos, de que iban á reponerse de las pérdidas y abatimiento de los años anteriores. Por los anchos cauces brotaban abundantes y reparadoras aguas, alimentando los arbustos, cargando del codiciado fruto la arboleda, ofreciendo hermosa cosecha los sembrados, y alzándose exhuberantes las plantas por las anchurosas y bellísimas huertas. Los inteligentes anunciaban un año de bienestar y

desahogo, y los agricultores se entregaban con alegría al trabajo, seguros de que la naturaleza habia de recompensar con creces su laboriosidad y sus fatigas.

El padre de familia, empeñado por la esterilidad de las pasadas cosechas, recobraba su espíritu abatido por la miseria y sentíase mas vigoroso para la diaria faena, ante la perspectiva de dias mas abundantes y felices para su mujer y sus hijos. La compañera del hombre, tan útil y tan inteligente en las faenas agrícolas, hacia proyectos y edificaba castillos en el aire, soñando con el mejoramiento y felicidad de sus pequeñuelos. Estos, reflejando la satisfacción y el contento de sus padres, corrian como locos por los sembrados y trepaban á los árboles, cantando alegres entre sus ramas, cual cantan dichosos los pajarillos al anunciarse la primavera.

Los habitantes de las provincias desventuradas, que de un momento á otro iban á verse convertidas en mortíferos pantanos y en ruinosos eriales, muy ajenos de que la verdura que los rodeaba iba á ser cubierta por oscuro oleaje primero y despues por

envenenadas capas de fango, durmiéronse tranquilos la noche del 14 de Octubre, sin reflexionar que la desventura se enconde generalmente detrás de la felicidad y que lo que es hoy oasis delicioso, puede convertirse de repente en páramo infecundo y desolado.

Al llegar la media noche, y cual si el ángel del exterminio dispusiera á tender sus alas sobre las provincias de Murcia, Alicante y Almeria, el azulado firmamento se ennegrece; á la brillantez de las estrellas sucede lúgubre y tenebrosa oscuridad; las nubes abren su seno, cayendo el agua sobre la tierra en pesado y asolador torrente; rojas llamaradas encienden á largos intervalos la atmósfera; y el trueno estalla en formidable y terrible detonacion, mientras que los rios se desbordan furiosos, tronchando árboles corpulentos, arrancando de cuajo los caserios, inundando los pueblos á centenares y llevando envueltos en sus ondas espumantes familias enteras, ganados y arbustos, carros y chozas; todo, en fin, lo que constituye el hogar y la vida de los infelices hijos de los campos.

Por los lugares aun no cubiertos por la inundacion corrian despavoridas las gentes anhelosas por ganar las alturas. En los edificios ya casi cubiertos por el agua, muchos infelices se refugiaban en los tejados, dando gritos de angustia, sin que nadie los socorriera, hasta que las paredes se desplomaban ó una oleada fangosa los precipitaba en la corriente. Mas de una madre, asida á un arbol por las aguas arrastrado, hundíase en ellas para no volver á aparecer, abrazando convulsivamente el cadáver de su hijo. Mozos humanitarios y varoniles se lanzaban heróicos entre las olas, luchando hasta perecer por salvar á los ancianos, á las mujeres y á los niños que en ellas se hundian.

¡Cuánto inútil sacrificio! ¡cuánta heroicidad anónima! ¡qué desgarradoras escenas! ¡qué espantosas agonias!

Un pobre viejo, padre de dos mozalvetes, conociendo que le faltaban las fuerzas para ganar el monte cercano y que no podia seguir á sus hijos que corrian delante, les grita, enviándoles cariñoso beso de despedida:

—Hijos míos, corred; yo no puedo más. Tengo la seguridad de ahogarme; pero moriré consolado viendo que vosotros os salváis!

Sobre un pedazo de muro que por un milagro de equilibrio se sostiene en pie, destacase un grupo interesante, formado por dos jóvenes de distinto sexo: ella era simpática y hermosa; él tenía esa belleza ruda y enérgica de los hijos de la huerta, que recordaba la de los árabes; los dos estaban casi desnudos, abrazados estrechamente, y por sus ademanes no parecían tan sobrecoídos como los que habían logrado escalar las ruinas inmediatas. Jóvenes recién casados, no querían convencerse de la inmensidad del peligro; quizás confiaban en sus pocos años y en su serenidad. De repente vacilan, dan un grito desgarrador, y el pedazo de muro y la amante pareja desaparecen en un remolino de agua.

En la margen de uno de los ríos desbordados se sostiene una pequeña casa, en cuyo techo se vé un grupo de personas, compuesto de tres familias. Distínguense dos mujeres, abrazando á los que parecían ser

sus esposos, niños rodeándolos, y una mujer sola, teniendo de la mano una niña como de cuatro años y otra criatura recién nacida en los brazos. Sus compañeros de infortunio hacían señas á esta desventurada para que abandonase el extremo que ocupaba y se acercase á ellos. En el instante en que aquella acongojada mujer abrazaba á la niña mayorcita y besaba á la mas pequeña, estrechando contra su pecho á aquellos dos pedazos de su alma, desplómase la parte de tejado que las sostenia, y las tres caen en la corriente. Durante un momento vióse la luchar con las aguas: la pobre madre, al ahogarse, abrazaba á una de sus hijas, levantaba la otra por encima de su cabeza, y daba un segundo mas de vida á aquella por cuya salvacion lo hubiera dado todo.

Sus compañeros de infortunio dieron un grito de horror al presenciar tan doloroso espectáculo, y al sentir desmoronarse las paredes que los sostenian: pocos instantes despues el abismo tragaba nuevas víctimas y la corriente llevaba cual ligero pedazo de corcho los restos del caserio donde el día

anterior vivian las tres familias tranquilas y venturosas.

En uno de los pueblos invadidos por las aguas, mas de doscientos vecinos, entre hombres, mujeres y niños, se refugian en el local de la escuela recientemente construida. Cuando todos empezaban á cobrar alientos, creyéndose salvados, un gigantesco peñon que arrastraba la corriente, viene á chocar contra la débil fábrica, poniéndola en movimiento oscilante y abriendo enormes grietas por donde penetra el agua. Este contratiempo aumenta la tribulacion de los refugiados, que temen por momentos sucumbir bajo los escombros ó ser arrebatados por el torrente. La agonía de aquellos infelices duró interminable noche, en medio de los lamentos de los unos, el llanto de los niños, y el clamor de las madres: por extraña y dichosa excepcion todos pudieron salvarse al llegar el día.

¡Cuántas madres murieron abrazadas á sus hijos, y qué hermosas heroicidades llevaron á cabo algunas para salvar los pedazos de su corazon!

Hubo infeliz que, llevada por la corrien-

te con el hijo que amamantaba en sus brazos, pasa por una reja, se afianza á ella con la fuerza de la desesperacion, y en actitud tan violenta permanece nueve horas, al cabo de las cuales las aguas descenden y puede ser recogida por los que á sus gritos acuden á la apartada calleja donde se encontraba.

Otra jóven huye de la inundacion con su pequeña hija en los brazos. Al salir de las aguas y agotadas las fuerzas cae á tierra, sufriendo largo desmayo. Cuando recobra el sentido no siente la dulce carga de la niña y se arroja de nuevo al peligro para buscarla. Los que la han auxiliado, recogiendo la niña al caer de sus brazos, consiguen salvarla y calman el vértigo que la enloquece, entregándole la prenda de su alma, que personas piadosas abrigaban con sus propios vestidos.

Estimulados por los heroicos arranques de las mujeres, los hombres dan tambien nobilísimos ejemplos de valor y de serenidad. A la media noche salió de su casa, situada entre Aguilas y Cartagena, un pobre guarda-aguja, llevando en sus brazos

un niño de cinco años y una niña de cuatro: acompañábanle su mujer y su hermana, la primera embarazada de siete meses. Agarrados todos de las manos caminaban por la carretera con el agua hasta el pecho, haciendo grandes esfuerzos por llegar á una casa que sabían estaba cerca, y que era su única salvacion. Cuando ya casi alcanzaban las tapias, elévanse las aguas, poniendo casi á flote á la atribulada familia. Échase el padre á nadar; pero se encuentra solo con los dos niños, pues su esposa y su hermana habían desaparecido. Merced á rápido esfuerzo consigue depositar á sus hijos sobre la cubierta de un carro que encuentra á corto trecho; logra llegar á la puerta de la casa; pregunta si han visto á las mujeres que le acompañaban; dícenle que no, y despues de buscarlas inútilmente, vuelve al sitio donde habia dejado á los niños, viendo con angustia que el carro flotaba ya á merced de la torrentada. Lánzase á él despavorido, y puede recoger á los dos inocentes, dirigiéndose con ellos á otra vivienda, en cuyo terrado divisa algunas personas, y arroja por lo alto á las dos criaturas, que son re-

cibidas por los que arriba estaban, pues no era posible subir con ellos. Luego, con un madero consigue encaramarse, y allí encuentra á su hermana; pero ¡oh fatalidad! algunos momentos despues se desploma la casa. El desgraciado padre busca á los niños entre los escombros, y los encuentra ilesos, por hallarse envueltos en unos rastros: su hermana tampoco habia sufrido grave daño. Coloca una tabla sobre el terrado de la casa inmediata, y cuando con gran dificultad consigue depositar en ella á la familia, observa que el edificio se mueve; y cogiendo nuevamente á las criaturas se hunde la vivienda, y cae el infeliz con sus hijos, recibiendo tremendo golpe que le priva de conocimiento. Cuando recobra el sentido, se encuentra solo con la hermana y el niño, pues la niña habia desaparecido para siempre. Apodérase de un madero, le coloca entre sus piernas, pone á su hermana encima de él, al mismo tiempo que el niño se afianza á su cuello, y se entrega á la clemencia de Dios. Así van largo trecho hasta que llegan á un limonero, que tiene el agua á media copa, de la que rompe par-

te para formar un parapeto, donde sitúa á su hermana y á su hijo, y allí permanecen, casi cubiertos por las aguas hasta que llegan las primeras luces del día. El niño desfallecía de hambre y lloraba pidiendo pan á su padre; éste vuelve á coger el madero y se dirige á una casa que divisa, en cuyo terrado se hallaban dos hombres, los que se arrojan al agua con unos zarzos para favorecer á la atribulada familia. Salvados la hermana y el niño, busca vanamente el guarda-aguja á su mujer y á su hija. Cuando regresa, observa transido de dolor, que el pobre niño se había fracturado una pierna. Este infeliz tenía otra niña de nueve meses, que la estaban criando en el Rincon de Seco, la cual se salvó con su nodriza en lo alto de un árbol.

Una niña de diez años, al ver á sus padres arrastrados por la corriente que inunda su casa, coje á una hermanita suya que solo cuenta algunos meses, y la salva, no se puede explicar cómo, sobre un árbol, donde estuvieron los dos ángeles toda la noche siendo juguetes de las olas que sacudían las ramas bajas.

Una madre lucha anhelosa en medio de las aguas, con dos hijos pequeños en sus brazos. Su marido, luchando tambien por salvarse y no pudiéndose acercar á aquella infeliz, que por momentos se hunde, le grita con desesperacion:

—¡Tira uno!

—¿Y cuál;—contesta la desventurada, oprimiendo á ambas criaturas sobre su corazon.

En aquel instante una oleada fangosa arrastra á la pobre madre y á los niños, precipitándose los tres en un barranco inmediato.

Un matrimonio duerme tranquilamente, tal vez soñando con las caricias y las gracias de su primer hijo, que hacia muy poco tiempo regocijaba el hogar: la cuna estaba pegada al lecho de los padres.

Siéntese de repente llorar al niño; la madre se incorpora, tiende el brazo con cariñosa solicitud, y toca el agua. Levántanse despavoridos. La mujer abre la puerta del patio, y es ahogada por la masa de agua que cae sobre ella. El hombre coge al niño, sale á la calle y arroja la criatura al terra-

do de la casa para salvarla. Súbese despues á un árbol, y algunos minutos despues vé horrorizado sepultarse la casa, y rodar el niño á merced de las aguas.

Interminable sería la descripcion de los cuadros dolorosos á que dieron lugar las inundaciones, y el relato de los actos valerosos y de los esfuerzos desesperados que son conocidos.

Los episodios indicados dan triste idea de lo que fué aquella terrible catástrofe, cuyo recuerdo tardará largos años en borrar-se de la memoria.

DESOLACION.

¿Qué fué de los hermosos valles y de las praderas, regadas por agua purísima y cristalina? ¿Y la huerta exhuberante y rica, llena de verdor y lozanía? ¿Dónde está la arboleda frondosa, prometiendo abundante y sabroso fruto? ¿Y los extensos sembrados? ¿Y las viñas en caprichosa y bella alineación?

Los apiñados caserios, poblados por gentes bulliciosas y trabajadoras, ¿dónde se encuentran? ¿Y las poéticas y tranquilas casas de la ribera? ¿Y las humildes chozas? ¿Qué ha sido de los pueblos, cuyos habitantes se entregaron al reposo, sin presentir que muchos iban á dormir su último sueño?

Ya no bajan por las márgenes de los ríos las cuadrillas de trabajadores que, entonan-

do amorosos cantares, acuden diligentes á su faena de todos los días; ya no se divisa sobre las blancas chimeneas la ténue espiral de humo que delata el calor y el movimiento en los hogares; ni se escuchan los trinos con que los pájaros anuncian el amanecer del nuevo día; ni se vé trepar por las empinadas laderas el ganado que va en busca del codiciado pasto á la vecina sierra; ni la campana convoca á los fieles; ni se observa esa harmoniosa confusion que patetiza la vida de los pueblos y el movimiento de los campesinos.

Todo indica el desfallecimiento, la esterilidad, la muerte.

Los valles y las praderas son extensos y repugnantes pantanos; la anchurosa huerta es un inmenso lodazal; los árboles fueron arrancados de cuajo, y van á merced de la corriente; los sembrados han desaparecido, y con ellos la esperanza de abundante y salvadora cosecha; de los hermosos viñedos no existe una sola cepa.

Los caserios se desplomaron, y bajo sus escombros yacen á centenares sus infelices moradores; las chozas de la ribera flotan

deshechas sobre las aguas; las alegres poblaciones han sido tragadas por los ríos furiosos y desbordados.

Los honrados labriegos que antes iban cantando á ganar el sustento de sus familias, ahora con lágrimas en los ojos, revuelven anhelantes el fango y las piedras de sus viviendas, buscando seres queridos de su corazón; los edificios que no se hundieron, se hallan solitarios y abandonados; las aves han huido de la arrasada comarca; las reses y las blancas ovejas flotan sin vida sobre las oscuras ondas del torrente; los campanarios están en tierra, y si á lo lejos se oye alguna campana, solo toca á rebato ó dobla por los muertos; si alguna voz humana se escucha, únicamente se perciben ayes desesperados, gritos de agonía, ecos de madres que llaman á las prendas de sus almas, niños que lloran por sus padres, pidiendo pan y albergue, extenuados por el hambre y ateridos de frío.

¿Qué será de tanto huérfano, de tanta viuda desolada, de tanto anciano desvalido?

Centenares de familias que ayer libraban

su existencia merced al trabajo y á los recursos del campo, se miran disueltas y vagando sus miembros á la ventura, cual miserables pordioseros.

Muchos que gozaban tranquila y desahogada medianía, han visto desaparecer de repente sus modestas propiedades, fruto de largos afanes y sacrificios, y lloran sobre los escombros de sus casas ó sobre los terrenos arrasados, cuyo cultivo encalleció sus manos y empapó en sudor su frente.

Como si despertaran de funesto sueño, algunos infelices se apartan de los lugares inundados, creyendo reconocer sus viviendas en los edificios que á lo lejos descubren, y sus sembrados en los que fuera de la zona devastada encuentran llenos de verdor y lozania.

Otros, con ilusoria impaciencia, observan como el nivel de las aguas va descendiendo en los pueblos, sin comprender que al penetrar en sus hogares, solo han de adquirir el cruel convencimiento de su ruina y su miseria.

¡Cómo parten el corazon los gemidos de la madre que contempla vacia la cuna del

hijo que la ola embravecida le arrancó de sus propios brazos!

¡Qué sagrado respeto inspira el viejo hortelano que besa arrodillado sobre el fangoso suelo el cuerpo del hijo querido, sosten de su ancianidad, ahogado en el furioso aluvion!

¡Cuántas lágrimas se agolpan á los ojos al contemplar en las lindes de los caminos, en las puertas de las iglesias y en toda la extension de las inundadas llanuras, bandadas de niños harapientos, que llaman á sus padres, sin que estos puedan apartar la mortaja de barro ó de agua cenagosa que los sujeta, y correr en auxilio de las abandonadas criaturas!

Donde pocas horas antes todo era actividad, vida y alegría, solo se ven escenas desgarradoras, luto, ruina y esterilidad. Ayer familias dichosas, poblando vegas y valles de abundosa y espléndida vegetacion; hoy seres desventurados que lamentan la pérdida de su fortuna, llorando la muerte del padre, del hermano, del hijo querido.

Al acostarse, risueñas esperanzas en el porvenir, pan y vestidos con que alimentar

y cubrir los cuerpos; al despertar, ni mas alimentacion, ni mas ropas, ni mas amparo que el que la caridad pueda proporcionarles.

¡Qué espantosa desolacion!

¿Tendrán consuelo tantos y tan acerbos dolores? ¿Se satisfará tanta hambre? ¿Llegarán á enjugarse tantas lágrimas?

Cuando las viudas enlutadas, y los viejos decrepitos, y los abandonados huérfanitos llamen á las puertas de los que estén en condiciones de hacer el bien... ¿serán escuchados?

Preciso es que la inmensidad de la catástrofe rompa el hielo y haga latir los corazones de los que, viviendo en la abundancia y en la dicha, no comprenden ó no quieren comprender los infortunios de sus semejantes. Preciso es que el hombre no se desentienda de sus obligaciones para con los desgraciados, y en estas oscuras y amargas horas deje que al sentimiento egoísta y calculador se sobrepongan los arranques generosos y desinteresados del alma.

Cuando los pueblos y las familias se ven tan cruelmente azotados,—no por la mano

airada y vengativa de Dios, como el fanatismo y la impiedad supone, sino por los bruseos, regulares ó caprichosos movimientos de la naturaleza,—fuerza es que las conciencias despierten y que todos se afañen por gozar la satisfaccion del deber cumplido, tendiendo su mano al que cae en los abismos de la mas justificada y tremenda desesperacion; que ese es el mejor medio para que la ley del progreso se cumpla, y así es como ha de llegarse al perfeccionamiento de las costumbres, á suavizar las asperezas entre los que son venturosos en la abundancia y los que agonizan en la escasez, á que haya un momento de tregua en el eterno batallar del rico con el pobre, y en ese instante de simpatias y de fraternal confusion, broten luces benditas que iluminen los espíritus, y se pacte humanitaria y estrecha alianza entre las clases superiores y las infelices clases desheredadas.

UN HOMBRE.

Han pasado algunos años y aun no ha podido fijarse el número exacto de los infelices que perecieron con motivo de las inundaciones ocurridas en las provincias de Levante. Cuéntanse por centenares las familias que quedaron completamente arruinadas. Las pérdidas en ganados ascendieron á algunos millones. Miles y miles de edificios quedaron reducidos á escombros ó fueron arrastrados por las aguas. Extensas y fértiles comarcas convirtiéronse en infelices eriales, y casi todas las ricas huertas que embellecían los pueblos murcianos y alicantinos fueron tragadas por los ríos desbordados y furiosos.

La noticia de la catástrofe conmovió á toda España, y el relato de lo ocurrido despertó en los pechos el generoso deseo de

acudir en auxilio de los que, habiendo sobrevivido á la hecatombe, se encontraban en la mas angustiosa y desesperada situacion. Todas las miradas se fijaron en las alturas, esperando que desde arriba partiesen los ejemplos llamados á encender el fuego de la caridad en las muchedumbres. Y con efecto, el gobierno apresuróse á crear una Junta de Socorros, decretando que se abriese una suscripcion pública. La lista de donativos para remediar la mas grande é imponente de las calamidades que se han conocido en la época moderna, fué encabezada en la siguiente forma:

El Rey..	50.000	pesetas.
La Princesa de Astúrias.	25.000	»
El Presidente del Consejo de Ministros.. . . .	2.500	»
Cada uno de los Ministros.	500	»

A la familia real y á los señores que formaban el gabinete seguian los nombres de algunos banqueros y títulos de Castilla, cuya fortuna es fabulosa, y que se suscribian por dos ó tres mil pesetas, el que mas por cinco mil.

Cuando tantos y tantos millones se necesitaban para remediar en parte los estragos de la inundacion y para socorrer á sus numerosas víctimas, creo inútil decir el deplorable efecto que en la opinion produjo la suscripcion iniciada en la forma que acabamos de apuntar; y no es aventurado suponer que sin el arranque generoso de un hombre que, impresionado por las noticias que hasta él llegaban se dejó llevar por sublime entusiasmo, no hubiera llegado á ser lo que fué el movimiento de cariño y de piedad que en pocos dias se extendió por todas partes, estimulando las conciencias y haciendo comprender á todos que era preciso acudir en socorro de las innumerables criaturas que habian quedado sin albergue y sin pan.

Un anciano enfermo, ante las lágrimas de los que considera sus hermanos, olvida sus propios dolores, y con el sentido práctico que le distingue, comprende que es necesario llevar á cabo un acto que estimule á los poderosos y aliente á los pobres. Medita algunos momentos; toma la pluma y traza rápidamente algunas líneas; dispone

que llamen á un amigo de toda su confianza; indícale á éste en breves palabras su pensamiento, y concluye diciéndole al mismo tiempo que pone en sus manos la carta que acaba de escribir:

—Ese papel es para el Gobernador, y deseo que se lo entregue usted en este momento.

La persona que recibe tan gratísimo encargo, obedece conmovido, y sin perder instante pone en manos del Sr. D. Ricardo Puente y Brañas el documento que acababa de recibir, donde estaban escritas estas sencillas y humanitarias palabras, que tan prodigioso efecto habian de causar tanto en España como en el extranjero:

«Alicante, 20 de Octubre de 1879.

Sr. D. Ricardo Puente y Brañas, gobernador civil de la provincia de Alicante.

Muy señor mío y de toda mi consideracion: al leer en los periódicos los horribles desastres causados por la inundacion habida en Murcia y Orihuela, se inundaron tambien mis arrugadas mejillas con lágrimas que sólo arrancan las desdichas humanas, y al ver tanta desolacion y desventura para millares de familias laboriosas que repentinamente pasaron del bienestar á sufrir el inmenso dolor de no poder salvar á seres queridos ni los frutos de sus trabajos de toda la

vida, arrebatados instantáneamente por las corrientes desoladoras, me apresuro á dirigirme á V. S. manifestándole que ya que no sea posible enjugar su llanto por tanta desventura, contribuyamos á cubrir la desnudez y á satisfacer el hambre que á la inclemencia sufren desde que desapareció el hogar, la propiedad, el ganado, ropas y cuanto tenían.

Por mi parte ofrezco á las cien familias de Orihuela y su huerta que estén mas necesitadas y empobrecidas por la inundacion, dos millones de reales nominales en títulos de la renta perpétua exterior del 3 por 100, y tres millones trescientos diez y seis mil de igual modo á las ciento cincuenta familias de Murcia y su huerta que se hallen en el mismo caso á juicio de las respectivas juntas de socorro, previa aprobacion de los señores Gobernadores civiles. Los expresados valores comprendidos en un solo resguardo de la Caja general de Depósitos en concepto de depósito voluntario, los pondré á disposicion de V. S. y del señor Gobernador de Murcia, inmediatamente que me designe la persona que merezca su confianza á fin de endosarlos á su favor y que haga efectivo su importe al precio de cotizacion; pues yo por mi delicado estado de salud no puedo por ahora salir de mi casa.

Pero este donativo lleva consigo una precisa condicion sin la cual no tendrá efecto; y consiste en que, entendiéndose V. S. con el Gobernador de Murcia y las juntas de socorro de aquella ciudad y de la de Orihuela, dispongan sin pérdida de tiempo lo conveniente para que se distribuya lo que ofrezco á las doscientas cincuenta familias de que formarán listas dichas comisiones, cuya dis-

tribucion tendrá lugar el día 27 del corriente en Orihuela bajo la presidencia de V. S. y el 28 en Murcia, presidida por aquel Gobernador.

El reparto de este donativo se hará independientemente de cualquier suscripcion, ya sea general, ya particular, sin involucrarlo con ninguna otra, y á pesar de mi delicado estado de salud he de asistir á dicho acto, acompañado del diputado provincial D. Antonio Blanquer, por cuyo conducto tengo el gusto de remitir á V. S. esta carta, por haber acompañado á V. S. á todas partes con riesgo de su vida durante su peligrosa y salvadora estancia en Orihuela.

He creído conveniente fijar las citadas fechas, porque con la prontitud son eficaces los socorros, y sin ella la miseria aumentaria las victimas que están demandando amparo y proteccion.

Como V. S. tiene celo, actividad y corazon que siente como el mio las desdichas humanas, no dudo que empleará los medios de que dispone su autoridad tutelar para que se cumplan mis deseos.

Soy de V. S. con la mayor consideracion su más atento y S. S. Q. B. S. M.—JOSÉ MARÍA MUÑOZ.»

El hombre generoso que acababa de suscribir las anteriores líneas, era ya respetado y querido por el pueblo de Alicante, donde tenia su residencia, no solo por lo digno y caballeresco de su carácter, por la pureza de sus costumbres y por la modestia en que vivia, sino por la facilidad con que en toda ocasion se apresuraba á abrir

sus arcas para el necesitado, y por los auxilios que personalmente llevaba donde quiera que habia un infortunio ó una desgracia que remediar.

La carta en que el Sr. D. José Maria Muñoz hacia tan considerable donativo, merecia digna contestacion, y el Sr. Puente y Brañas se la dió en las siguientes líneas:

«Sr. D. José Maria Muñoz.

Alicante, 20 Octubre 1879.

Muy Sr. mio y de mi consideracion más distinguida: he recibido con la mayor satisfaccion su muy grata carta, fecha de hoy, ofreciendo un donativo de cinco millones trescientos diez y seis mil reales nominales en titulos del 3 por 100 exterior, para socorro de las doscientas cincuenta familias mas empobrecidas por las últimas inundaciones en Orihuela, Murcia y sus huertas.

Inmediatamente trasmiti por telégrafo su contenido á los Excmos. Sres. Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Gobernacion, encajenciando sus grandes y repetidos ejemplos de beneficencia, tan acreedores á la distincion que el Gobierno considere oportuna. Igualmente di conocimiento de los deseos de V. al Sr. Gobernador civil de la provincia de Murcia, y al Alcalde de Orihuela, presidente de aquella Junta de Socorros.

Temo empañar con mis elogios el brillo del sentimiento de caridad que tan puro resplandece en el acto magnánimo que V. se dispone á reali-

zar. Por eso me limito á participar á V. en consecuencia de su indicacion, que una de las personas de mi confianza, á favor de quien puede endosar desde luego el resguardo de la Caja general de Depósitos, es el diputado provincial D. Antonio Blanquer. Efectivamente, como V. dice, me ha acompañado á todas partes durante mi estancia en Orihuela, donde yo al menos, no hice otra cosa que procurar cumplir con los ineludibles deberes de mi autoridad, y dar una leve muestra del cariño que profeso á la provincia cuyo mando me ha confiado el gobierno de S. M.

Anticipo á V. en su nombre y en el de tantos infortunados las debidas gracias, y dándoselas tambien muy espresivas por las lisonjeras frases, que en su carta me dedica, ofrezco á V. el testimonio de consideración de su afectisimo S. S. Q. B. S. M.—RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.»

En esta época utilitaria y egoísta, el desprendimiento del Sr. Muñoz, es un acto que sorprende y hace reflexionar.

Esparcida la noticia por el telégrafo y comentada por la prensa, la figura del anciano venerable agigantóse y su nombre fué bendecido por todas las gentes honradas. Los maliciosos y malvados sonrieron irónicamente, incapacitados para comprender tanta grandeza de alma; pero los buenos admiraron el ejemplo y procuraron seguirle en la medida de sus fuerzas. Muchos

indiferentes se interesaron por la suerte de los infelices que demandaban el amparo de la nacion. Los poderosos que vacilaban sintieron el espolazo, y el tipo de los donativos fué elevándose. El pueblo que siente y se contagia con las acciones que se apartan de lo natural y corriente en la vida, dió suelta á su piedad y á su entusiasmo, y entonces empezó aquella larga serie de episodios conmovedores y espresivos, que vinieron á patentizar que los españoles son capaces de todos los sacrificios, cuando se les estimula y se les enseña el camino de la generosidad y del amor.

HOMENAJES.

Impresionados todos los espíritus con las noticias y detalles que llegaban de las desgracias ocurridas con motivo de las inundaciones; acongojadas todas las almas por la suerte que esperaba á los innumerables infelices que habian quedado sin albergue y sin pan, la determinacion generosa de D. José Maria Muñoz, produjo en todas partes indescriptible sensacion, y todos los pechos se abrieron á la esperanza, pues sin duda alguna tan espléndido ejemplo de caridad debia influir, como en efecto influyó, para que se acentuase el movimiento de compasion y de simpatias que ya se habia iniciado en favor de las desventuradas víctimas de la catástrofe.

Las primeras muestras de admiracion y reconocimiento recibíólas el Sr. Muñoz del

pueblo Alicantino que, como era natural, orgulloso de tener en su seno á un hombre de sus condiciones, apresuróse á hacer en su honra espresiva y entusiasta demostracion.

Al ser conocida la carta que habia recibido el gobernador Sr. Puente y Brañas, documento que no tiene semejante, pues en los anales históricos de los pasados siglos no se registran rasgos de esta naturaleza é importancia, todas las corporaciones, sociedades y personas que representaban determinadas clases, seguidas del pueblo en masa, apresuráronse á patentizar su respeto y su cariño al anciano generoso que no solamente entregaba gran parte de su fortuna para socorrer á los que en una hora tremenda habian visto desaparecer todo cuanto tenian, sino que ofrecíase, débil y enfermo como se encontraba, á recorrer los lugares devastados para llevar á cabo la penosa y difícil tarea de distribuir el donativo, prestando al mismo tiempo toda clase de auxilios personales á los que en su inmenso duelo demandaban, al par que recursos materiales, la asistencia, el consue-

lo y los consejos de que tanto necesitan los que se hallan en trances angustiosos y supremos.

El Casino de Valencia acordó por unanimidad nombrarle su presidente honorario, lo mismo que muchas importantes asociaciones. Todas las bandas de música, recorrieron las calles seguidas de entusiasmada muchedumbre que acudió á la morada del Sr. Muñoz, aturdiendo los oídos de aquel hombre sencillo y modesto con sinceras y expresivas aclamaciones.

Sin perder momento espidiéronse telegramas, comunicando el suceso á las poblaciones donde la inundacion habia hecho mayores estragos, y al mismo tiempo se suplicaba al Gobierno que concediese al señor Muñoz la gran cruz de Beneficencia. A los ayuntamientos de todos los pueblos pertenecientes á la zona inundada, indicábaseles la conveniencia de que declarasen al gran bienhechor su hijo adoptivo.

Toda la prensa alicantina publicó la carta del Sr. Muñoz, encabezándola con artículos cariñosísimos que no creo necesario copiar, porque fueron reproducidos y co-

mentados dignamente por todos los periódicos de España y del extranjero. Para recordar su sentido entusiasta y expresivo, limítome á copiar las siguientes líneas de *La Union democrática* y *El Constitucional*:

«Si, apreciables lectores, hay momentos en la vida, hay instantes supremos en que detenerse á buscar flores de efecto seria una falta; porque cuando el corazon quiere romper la estrecha cárcel que le aprisiona, la mente se conturba, el pulso tiembla á impulso de la emocion, y la pluma corre veloz sobre el papel trazando caracteres que representan otras tantas expansiones del alma.

Si, apreciabilisimos lectores, todos recordareis al gran Quijano llevando el consuelo y la resignacion y aun la vida á muchos hogares; el recuerdo de sus grandes virtudes vivirá eternamente en el corazon de los buenos, y su nombre lo enseñaremos á nuestros hijos con el respeto que siempre inspiran los héroes de la caridad. Pues bien, hoy nos encontramos con un varon insigne, con un corazon que goza con el bien y por el bien vive. Ese ser bienhechor ya lo habreis adivinado; es D. José Maria Muñoz.

¡Hombres honrados, saludad con respeto ese nombre querido!

Conmovido por los terribles estragos que la inundacion del Segura ha causado en Orihuela y Murcia, ofrece la respetable suma de 40.000 duros de su bolsillo particular para remediar tal desgracia; fija un brevisimo plazo para hacer el re-

parto de esa cantidad, porque contando que si el auxilio viene tarde no es tal auxilio, y secundado por nuestra dignísima primera autoridad de la provincia y diputado provincial Sr. Blanquer, se convierte en una segunda providencia para el que sufre los rigores del hambre, del frío y de la miseria.»

«Los rasgos de munificencia de nuestro respetable y queridísimo amigo el Sr. D. José María Muñoz, son inagotables.

Su modestia los oculta cuidadosamente; pero nuestra gratitud está obligada á investigarlos para hacerlos públicos, y no pasa día sin que descubramos en él una de esas acciones generosas que redundan en bien de sus semejantes.

Dispénsenos el distinguido patricio que hoy tiene el privilegio de fijar la atención pública no solo en Alicante, sino en toda España, si mortificamos su a'ma pudorosa encomiando sus virtudes; pero ya que tan generoso es, ya que tan acostumbrado está á hacer grandes sacrificios en pró de sus semejantes, permítanos que nosotros cumplamos con el deber sagrado de patentizar la gratitud que sienten en estos momentos miles de seres que mañana tendrán pan, vestidos con que cubrir sus carnes y hogares en que guarecerse de la intemperie, gracias al último de sus generosos rasgos.

Alicante, como digimos ayer, conocía el gran corazón del Sr. Muñoz: él fué el filantrópico incógnito que ofreció dotar con cien camas un hospital de ciertas condiciones; él fué el que mas tarde entregó doce mil reales a la sociedad «El Fomento» para dar seis premios á la virtud. El fué

en fin, el que proporcionó los recursos necesarios para terminar el edificio destinado por la sociedad de señoras de la Virgen de los Remedios a recoger los niños pobres cuyas madres se ven en la dura necesidad de dejarlos solos para dedicarse al trabajo.

Pero como si todo esto no bastase, como si la caridad fuese una pasión insaciable de su alma, apenas supo que miles de infelices eran víctimas de uno de esos cataclismos que anonadan á los pueblos, apenas reflexionó que cerca de él había madres que estrechaban sobre su pecho desnudo a sus hijuelos desnudos también y tiritando de frío; apenas pensó en la desesperación del honrado campesino que en un solo punto vió desaparecer entre las rugientes olas, su cabaña, sus aperos y la cuna de sus hijos, la imagen que heredó de su madre, su modesta fortuna ganada con tantos afanes, en el trascurso de toda su vida, sintió que la caridad le rebosaba en el alma y sin dar importancia alguna a su resolución, sin aparato fastuoso, modestamente, entregó a sus hermanos que lloraban CUARENTA MIL DUROS, una fortuna respetable.

La humanidad debe grabar en su alma con caracteres indelebles, el nombre de D. José María Muñoz.

Todas las corporaciones de la capital dirigiéronse al Sr. Muñoz, comunicándole sus acuerdos en los términos mas honrosos para el ilustre filántropo.

Hé aquí la forma en que el Casinode Ali-

cante le participaba su nombramiento de socio de mérito y presidente honorario:

«Un hecho glorioso hasta lo inverosímil del que en estos momentos se ocupa Alicante entero, y que claramente revela la grandeza de alma y nobilísimos sentimientos que a V. adornan, ha producido en todos los individuos de esta sociedad el mas natural y legítimo de los entusiasmos.

El Casino de Alicante que no puede ser indiferente ante rasgos de esta naturaleza y que se apresura á enaltecerlos y recompensarlos por los medios que estan á su alcance, ha acordado por aclamacion nombrar á V. Socio de Mérito y Presidente Honorario de este círculo, como debil prueba de la admiracion y alta estima en que traduce el hecho benéfico por V. realizado.

Si esta recompensa, modesta como es en sí, llena en algo las aspiraciones de un corazon honrado, sírvale á V. de satisfaccion nuestro humilde obsequio y la distinguida consideracion con que se ofrece de V. á nombre de todos los individuos de este Casino, la Junta directiva del mismo que en su representacion suscribe.

Dios guarde á V. muchos años —Alicante 20 de Octubre de 1879.—El Presidente, ENRIQUE BUSHELL.
—El Secretario, ELÍAS GUIMBEU.»

Este atento oficio obtuvo la siguiente delicada contestacion:

«Me siento conmovido por la lectura del escrito que V. me ha dirigido el 20 del corriente, con motivo del donativo de cuarenta mil duros efectivos, que he dedicado á las 250 familias de Orihuela y Murcia mas empobrecidas por la desastrosa inun-

dacion, y no puedo contestar como quisiera a las lisonjeras frases que se me dirigen, sin merecerlo, por cuanto se trata de un acto de caridad que en tales ocasiones debe practicar todo hombre honrado y cristiano, que pueda practicarlo.

El nombramiento que por aclamacion se ha hecho á mi favor de Sócio de Mérito y Presidente Honorario del Casino de Alicante, me llena de satisfaccion, y mi gratitud por esta distincion, durará tanto como mi vida. Asi, pues, ruego a la Junta directiva, tenga a bien recibir la espresion de mis afectuosos y enternecidos sentimientos, con las debidas gracias que con el corazon doy a todos, y cada uno de los señores que han tomado parte en el acuerdo con que me han favorecido.

Dios guarde a usted muchos años. —Alicante 22 de Octubre de 1879. —JOSÉ MARÍA MUÑOZ »

En representacion de la ciudad, el presidente del Ayuntamiento escribió al Sr. Muñoz una finísima carta de reconocimiento, dándole gracias por su esplendidez y anunciándole que en el primer cabildo que se celebrara seria nombrado hijo adoptivo de Alicante.

Hela aquí:

«Alicante, 21 Octubre 1879.

Sr. D. José Maria Muñoz.

Muy señor mio y de mi mas distinguida consideracion: Creeria faltar a un deber de conciencia, si no manifestara a V. en mi nombre y en el del Ayuntamiento que accidentalmente tengo la honra de presidir, mi admiracion por el rasgo subli-

me de caridad que Alicante todo conoce hoy y mañana conocerá España entera.

Hechos anteriores tales como el donativo para premios a la virtud y otros de todos conocidos habían conquistado a V. un nombre esclarecido y la gratitud de este pueblo; hoy esta gratitud se acrece y agiganta: y las provincias de Murcia y Alicante no olvidaran nunca a su bienhechor que de una manera tan admirable ha sabido enjugar las lagrimas de sus hijos.

El Ayuntamiento de Alicante no puede permanecer, no permanecerá indiferente ante la gratitud y admiración general y pienso en la primer sesión que celebre, proponerle nombre a V. hijo adoptivo de Alicante, con la seguridad de que este acuerdo será adoptado por unanimidad.

Acepte V. el testimonio de la mas distinguida consideración de su afectísimo S. S. Q. B. S. M.—
M. A. MINGOT.»

La contestación del Sr. Muñoz fué la siguiente:

«Alicante 22 de Octubre 1879.

Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Alicante.

Muy señor mio y de toda mi consideración: Con el mayor gusto he recibido la carta que en su nombre y en el del Ayuntamiento me ha dirigido con fecha 21 del corriente, para significarme el aprecio que esa digna corporación hace de mis donativos en favor de los pobres, del asilo de niños, premios a la virtud y socorro de cuarenta mil duros efectivos que acabo de hacer, en títulos de la renta perpetua exterior del 3 por 100 que me han costado ochenta mil, á las 250 familias mas

desamparadas y pobres por la desastrosa inundacion que tantas desdichas ha causado en Orihuela y Múrcia, honrandome por tales actos de la caridad que siente mi alma desde niño, con la distincion de nombrarme hijo adoptivo de Alicante en la primera sesion pública que se celebre. Me afecto ante tanto honor como se me dispensa por V. S., por el Ayuntamiento que dignamente preside y por el pueblo de Alicante, sin merecerlo; pues creo que lo que hago es lo que todo hombre honrado y cristiano debe de hacer en tales casos, pudiendo hacerlo; y sin palabras que contesten dignamente a tantas y tan lisonjeras frases como se me dirigen, me permitirá V. S. le diga solamente que mi agradecimiento por esa honrosa distincion, será tan vivo y duradero como mi existencia, y que las demostraciones de entusiasmo, de adhesion y de simpatias que personalmente se me han hecho por todas las clases sin distincion, concurriendo á mi casa para darme mil enternecidos abrazos, que aun me conmueven, siendo el primero en darme esta prueba de cariño el dignísimo Gobernador de la provincia D. Ricardo Puente y Brañas, quien despues de los inapreciables servicios que prestó á los desgraciados que gemian entre los peligros y riesgos de muerte, que ofrecia la horrible inundacion en Orihuela, ha gestionado cuanto ha sido necesario para vencer dificultades que se oponian á que mi donativo se distribuyese tan pronto como yo deseaba, lo cual así se verificara bajo su presidencia, en los dias 27 y 28 del corriente en Orihuela y Múrcia respectivamente.

Como V. S. habla tambien en nombre del pueblo que representa y tenga yo el grato deber de darle

las gracias por las indicadas demostraciones con que me ha favorecido, así como á las tres músicas que espontáneamente, con entusiasmo y sin querer admitir ningun emolumento en obsequio, me dieron brillante serenata y muy principalmente a los cinco periódicos políticos de esta capital, que tanta propaganda han hecho y hacen para allegar socorros a los desgraciados y qué tanto han dicho para enaltecerme por los rasgos de caridad de que se trata, creo que aprovechando esta ocasion debo regar a V. S. como el mas legítimo representante de cuantos quedan aludidos, se sirva darles a conocer el sentimiento de mi eterna gratitud y dar publicidad a esta carta si en ello no tuviere inconveniente.

Soy de V. S. con la mayor consideracion su muy atento S. S. Q. B. S. M.—JOSÉ MARÍA MUÑOZ.»

Al constituirse en Alicante la Junta de Socorros, fué concedida su presidencia al Sr. D. José Maria Muñoz, comprendiéndose por todos que nadie podia tener mas méritos y mas condiciones para desempeñar aquel puesto que exigia gran actividad y honradez.

En una de las primeras sesiones que celebró la Junta, se trató aunque incidentalmente, de un asunto de inmensa importancia para una buena parte de aquella provincia. Los pueblos de la huerta estaban hacía mucho tiempo sufriendo una cala-

midad, que si no tan desastrosa como la sufrida por la region inundada por el Segura, era de resultados aun mas funestos, puesto que la desdicha que se lamentaba era un mal crónico que acabaria por aniquilar completamente á muchos pueblos, si no se buscaba pronto remedio á su miseria.

Al hablarse de la antigua y constante sequía, en la referida reunion se expusieron innumerables razones para probar cuán urgente era tender una mano bienhechora á los miles de braceros que generalmente se alimentaban con raices y algarrobas, cuando les era imposibles emigrar á las costas de Africa.

Estos horrorosos detalles impresionaron tanto al Sr. Muñoz, que le hicieron pensar en el medio de proporcionar algun alivio á los infelices que perecian por falta de agua, asi como lo habia proporcionado á los que fueron víctimas de la inundacion.

Inspirándose en un elevado sentimiento de equidad, pronto halló el Sr. Muñoz medio de realizar otra accion benéfica. Su propósito al saber los horrores de la inundacion, fué distribuir cuarenta mil duros entre dos-

cientas cincuenta familias de Murcia y Orihuela, y como los títulos de la renta perpetua del 3 por 100 que dedicaba á su donativo importaron, con arreglo al tipo de cotizacion del día, cuarenta y dos mil quinientos duros, pudo señalar dos mil quinientos para el alivio de los pobres trabajadores, cuya suma entendió que podia servir de base para allegar recursos con que se emprendiera alguna obra de utilidad pública, que proporcionase ocupacion á los braceros.

Hé aquí la carta en que el Sr. Muñoz expresaba su deseo de que alcanzase á los habitantes de la agostada huerta alicantina su generoso donativo:

«Alicante 24 Octubre 1879.

Sr. D. Rafael Campos y Vasallo, Secretario de la Comision de Socorros de Alicante.

Mi querido y distinguido amigo: Sabe V. que en la última sesion que celebró la Junta de socorros de que tengo el honor de ser presidente, y de la cual es V. digno secretario, se acordó si mal no recuerdo á propuesta del Sr. Corradi, despues de escogitados y establecidos los medios de arbitrar recursos que allegar con prontitud á nuestros hermanos de Orihuela victimas de la inundacion, que continuase subsistente la Junta para proporcionar con otra suscripcion ó con los mismos ú

otros medios, recursos que han de menester tanto ó mas las victimas de la sequia de la huerta de Alicante. Pues bien, las familias de esos colonos ó arrendatarios que hace cuatro años que trabajan sin fruto porque no llueve y sufren la mayor miseria con cristiana resignacion, esperando siempre la lluvia benéfica que nunca viene, van desapareciendo porque el hambre los aleja de la casa y huerta que les niega todo sustento, llevándolas al suelo africano, único recurso para el que tiene cuarenta reales que cuesta el viaje, por mas que no siempre encuentra el trabajo que busca para comer el pedazo de pan que necesita.

Marchandose unos á Africa y otros á otras partes, empujados por la necesidad de comer, y rotos los lazos de amor que apiñaba y unia a esas desdichadas familias en la casa querida de la huerta, se descomponen con dolor profundo y se deshacen como el humo, lo cual es una desgracia inmensa para ellas y una pérdida no menos inmensa para la patria.

Yo he visto en la huerta esos cuadros de desolacion y los hombres mas robustos abatidos, macilentos, descoloridos y secos como los arboles que cuidaban, pedir una limosna que yo con el corazon enternecido les he dado y tambien les veo continuamente con lágrimas en los ojos desde los balcones de mi casa, embarcarse para Africa con sus pequeños hijos y sus miserables ajuares. ¡Dios mio, me decia y digo, y no hay amparo y proteccion para estas laboriosas y honradas familias desheredadas tambien por la ley que al conceder beneficios por las inundaciones y otras calamidades, se ha olvidado de las sequias que son tambien calamidades aun mas horribles porque dañan el

terruño y matan las plantas, como mata el veneno lento, y nada dispone para remediarlas, ni para aliviar de los tributos á las tierras y campos desolados ó improductivos con tal motivo, lo cual es una atroz injusticia que no tiene esplicacion y quiera Dios que el Gobierno fije en esto su atencion!

Nosotros, que tenemos corazon para sentir y valor para llenar las piadosas tareas que gustosos y con entusiasmo nos impusimos, despues de terminar como ya puede decirse terminada la adopcion de medios con qué socorrer á las victimas de la inundacion, faltando solamente acabar de practicarlos como con celo y actividad los practican y remesan diariamente á Orihuela las secciones respectivas, estamos en el caso de empezar la otra nobilísima tarea de amparar igualmente á las familias de la huerta de esta capital y evitar que de esteril y desierta con los socorros que espero sean pronto y eficaces y que arbitraremos contando principalmente con los propietarios ó terratenientes de la misma y con la caridad de esta poblacion tan noble y laboriosa que acaba de darnos pruebas de su generosidad, respondiendo y superando á nuestro llamamiento y á las esperanzas concebidas.

Pero como la empresa de arbitrar estos recursos no puede ser de realizacion tan inmediata como yo desearia y exige la apurada situacion de la huerta, sin perjuicio de que la emprendamos mas tarde con el empeño que desde luego nos inspira, me propongo lo siguiente:

Mi ánimo fué socorrer á los inundados de Orihuela y Murcia, con la suma de 40.000 duros, y al efecto dirigí al señor Gobernador titulos cuyo va-

lor calculé en dicha suma, en virtud del precio de cotización que supuse teníamos en aquella fecha.

Afortunadamente los valores se han elevado, y como este aumento producirá un exceso de cincuenta mil reales próximamente sobre los cuarenta mil duros que me propuse dar, ofrezco desde luego este exceso ó el que resultare de la venta, á las familias mas pobres de la huerta de Alicante, que desearia repartir tambien el dia 16 del próximo Noviembre, y con tal objeto y el de tratar de dichos socorros, he convocado á junta extraordinaria para hoy á las cuatro de la tarde que tendra lugar en el Casino bajo mi presidencia.

Suyo afectisimo y S. S. Q. B. S. M.—JOSÉ MARIA MUÑOZ.»

Esta nueva prueba de justicia y prevision fué recibida por el pueblo alicantino con la mayor alegría, pues ella patentizaba la preocupacion del Sr. Muñoz por todo cuanto afectar pudiese al porvenir de pueblos é individuos, y hacia presentir hasta qué punto iba á llegar, como en efecto llegó segun mas adelante veremos, su esplendidez y largueza.

Indicadas muy á la ligera las demostraciones de gratitud que en los primeros instantes tributaron los alicantinos al Sr. Muñoz, en el capítulo que sigue me ocuparé del efecto que sus rasgo generoso produjo en

toda España y en el extranjero, y muy particularmente en las poblaciones objeto de su caridad, que iban á deberle su vida y su regeneracion.

GRATITUD NACIONAL.

Despertando en todas partes sentimientos de gratitud y admiración, el telégrafo y la prensa extendió en poco tiempo la noticia del importante donativo que el señor D. José María Muñoz destinaba para socorrer á las víctimas de las inundaciones. Asombrados quedaron los pueblos, y el nombre del anciano bondadoso que daba tan oportuno ejemplo de esplendidez y caridad, corrió de boca en boca, comentándose entre generales aplausos su noble desprendimiento.

Las gentes acaudaladas y los grandes banqueros y hombres de negocios, discutían sobre el caso en los círculos madrileños, y no acertaban á explicarse como se podían hacer limosnas de tan extraordinaria importancia. Cada cual comentaba á su

manera la noble conducta del Sr. Muñoz, y despues de discutirse largamente, sobre el particular y de hacerse por unos y por otros las mas desatinadas suposiciones, concluian por convenir en que sin duda debia estar loco, el que se hallaba dispuesto á repartir miles de duros con la misma facilidad que ellos repartian monedas de cinco céntimos á los pobres de su parroquia los sábados á medio dia.

Los hombres pensadores, que sin tener recursos de que disponer, han meditado sobre las miserias populares, y cuando ocurre alguna calamidad sufren inmensa tortura al ver que su modesta posicion no les permite socorrer con largueza á los necesitados, sintiéronse profundamente conmovidos y convirtieron sus ojos hácia Alicante, diciendo muchos de ellos: «Allí hay un hombre de corazon.» Reflexionando sobre los problemas sociales que hoy preocupan á cuantos se interesan por el porvenir de la desventurada nacion española, los hombres de buena voluntad y claro criterio, comprendieron cuán facilmente podria conjurarse el conflicto siempre pendiente entre

los ricos y los pobres, si hubiera algunas docenas de bienhechores de la humanidad que, imitando al Sr. Muñoz, marcaran la senda á todos los que estuviesen en condiciones de levantar á los caidos, fundando cierta necesaria solidaridad entre los hombres, para que las pasiones se templen, y se apaguen los rencores, estableciéndose corrientes de mútuas y fraternales simpatías.

Convencidos de que la humanidad necesita en sus amarguras grandes caractéres que la alienten y la ayuden á soportar la pesada cruz que sobre sus hombros lleva, fueron muchos los hombres ilustrados que en telegramas espresivos y por medio de sentidas cartas, felicitaron al noble filántropo, no solo por cumplir gratas exigencias de la conciencia, sino tambien por alentarle en sus generosos propósitos y presentarle como digno modelo á los que estuviesen en situacion de imitar su conducta patriótica y humanitaria.

Muchos de aquellos escritos son dignos de estudio y merecen reproducirse en estas páginas. Pena me cuesta no publicar los que

cenozco; pero seria tarea interminable copiarlos todos, y me limito á dar á conocer algunos de ellos, tomándolos al azar, pues todos por igual merecen ser leídos y conservados.

Una de la primeras cartas que recibió el Sr. Muñoz fué la siguiente, publicada en *El Diario de Murcia* y escrita por su director Sr. Tornel:

«Sr. D. José Maria Muñoz.

Alicante.

Corazon generoso, alma grande, reciba V. el saludo entusiasta de un murciano. V. es el que ha donado expresamente para la ciudad de Murcia 3.315,000 rs. en títulos del 3 por 100, equivalentes á mas de 26,000 duros, V. que no tiene en esta ciudad ni tierras perdidas ni colonos empobrecidos, V. que obra solamente por el sentimiento de humanidad, es V. hoy la gran personificación de la caridad con que España entera acude al socorro de Murcia.

Los hombres como V. son gigantes, faros luminosos, estrellas esplendorosas, que guían y alumbran á la humanidad en el azaroso camino de sus desdichas: los hombres como usted son testimonios vivos de la omnipotencia de Dios, que si por la ley fatal de las causas físicas, permite esas inmensas desgracias que llevan la desolacion á los pueblos; por las sublimes y misteriosas leyes de amor y de caridad, que recibieron su eterna sancion en la cumbre del Calvario, se manifiesta todavía mas grande en los corazones, en los espiri-

tus levantados que, como el de V., arrojan una fortuna á los harapos de la miseria.

¡Grande es Dios en el Sinaí, grande es Dios en el Calvario, pero qué grande y qué poderoso es creando almas tan sublimes como las de V. en las que sin duda ha derramado alguna gota del infinito amor que tiene por el hombre!

Preguntando por V. he sabido que se trata de un bienhechor de la humanidad, de un hombre inmensamente rico, que construye hospitales y eleva palacios á los desgraciados. ¡Oh, qué inmensa satisfaccion! Su nombre de V. no nos era conocido, ni en los héroes de la política, ni en las notabilidades de la banca, ni entre los títulos aristocráticos; pero hoy tiene V. conquistado el cariño de un pueblo y la admiracion de una ciudad. Hoy se pronuncia en esta ciudad su nombre con respeto, se le ensalza hasta los cielos y se le tienden los brazos con amor.

Los sacrificios que por todas partes se hacen por esta ciudad, las dádivas que espléndidamente se le ofrecen, los consuelos que de todas partes recibe, han llegado á su colmo en el rasgo increíble de V., que ha suscitado en nuestros corazones una explosion de entusiasmo.

Múrcia en su adversidad tiene infinito que agradecer, desde el Monarca que la visita hasta el modesto obrero de Madrid, que le envia parte de su jornal: para todos tendrá una memoria, para todos tendrá un agradecimiento, para todos tendrá dispuesta hasta la vida de sus generosos hijos, pero para V., seguramente, tendrá una página de su gloriosa historia.

Reciba V., pues, un abrazo de un hijo de Múrcia

del presente, y el anuncio de su eterna memoria en la posteridad.»

En un importante periódico se publicó el siguiente artículo, sobre el cual llamo la atencion de los lectores, por su oportunidad é intencion:

«Soy admirador perpétuo y entusiasta de todas las grandes acciones. Envidio los triunfos de los sábios, que por la virtud de la inteligencia y el estudio, arrancan a la naturaleza sus fecundos secretos, y con ellos los adelantos de la civilización y del progreso.

Envidio la gloria de los artistas, que dan vida a los lienzos, y que a ellos transmiten, con bizarro colorido y sublime entonacion todos los misterios y poéticos encantos de la espléndida naturaleza.

Pero lo que sobre todo, envidio, es la riqueza, no como elemento de goce en nuestra atribulada existencia, sino como recurso eficaz y directo de la caridad y del bien.

Matar la miseria, ser rico, para enjugar lágrimas, para remediar privaciones, y para ser en la tierra la venturosa providencia de los desgraciados, es alcanzar el mas puro é inefable de los goces, es realizar la mas santa y noble de las aspiraciones, es casi dar un paso por los dinteles del cielo!...

Por eso he admirado, por eso envidio la gloria de D. José Maria Muñoz, que filósofo y cristiano, é inspirado en la doctrina incomparable del Crucificado, ha comprendido los secretos maravillosos de la virtud, buscando en el ejercicio de la caridad, la dicha y la tranquilidad de su alma.

Enjugar las lágrimas, y dar pan y abrigo á trescientas familias, librandolas de la desnudez, en un momento de amargo desconsuelo y horrorosa desesperacion, es la mayor y mas grande de las humanas felicidades.

Por eso envidio la riqueza del Sr. Muñoz, por eso aplaudo su generosidad pasmosa.

Y al divulgarse en los pueblos la noticia de su gigantesco donativo, y queriendo como penetrar, los arcanos recónditos de su corazon, pero omitiendo en sus reflexiones toda especie de alabanza, secamente dijeron algunos:

Ó locura ó santidad.

Semejante inconcebible rasgo, solo puede ser inspirado por una imaginacion enferma. *Ó locura ó santidad*; pues yo acepto la idea sin corregirla en punto ni en coma, y la escribo gozoso entre las hojas de la hermosa corona que la fama universal ha ceñido á la frente del Sr. Muñoz.

Si es *locura*, yo bendigo la insensatez de ese demente que al oir los tristes quejidos de la miseria, y los gritos de espanto que lanzan miles de desgraciados próximos á sucumbir entre las aguas cenagosas del irritado aluvión, de tal manera se impresiona ante la idea del sufrimiento ajeno, que tranquilo, sin vacilar, lleno de sublime abnegacion, entrega á las autoridades la enorme suma de cincuenta mil duros.

Si es *santidad*, yo bendigo la mano de ese elegido de Dios, señalado en el eterno juicio para enjugar con su aliento verdaderamente sobrehumano las lágrimas de tantos infelices.

¡Un millon! Suma fabulosa, que solo se obtiene, ó por una ganancia casualisima y casi imposible en el juego de la loteria, por el fruto del ahorro,



en el afortunado y próspero ejercicio de una profesión, ó, por el trabajo perseverante de una industria durante veinticinco ó treinta años!»

¡Un millon! En Madrid, capital bastante para vivir con la holgura de los ricos: en una provincia, fortuna que basta para arrastrar coche. Pero el Sr. Muñoz, en medio de su generosidad verdaderamente fabulosa, ni aun alcanzara siquiera la vanidad póstuma que conseguían los antiguos fundadores de mayorazgos, al vincular sus rentas y que erigían en potentado al primogénito, á costa de la indigencia de sus demas afines, ó los que al instituir rentas piadosas ó al edificar conventos, adquirían también el privilegio de que en sus iglesias se les erigiesen sepulcros ostentosos de bruñidos mármoles, imponiendo en cambio á las comunidades ó á las cofradías la cristiana obligación de que tales mercedes fuesen pagadas con sufragios y aniversarios. No; á nada de eso puede ni debe aspirar la caridad del Sr. Muñoz, que ha sido pura y simplemente el ejercicio de esa virtud á la moderna, forma que aunque sencilla y modesta, opino que ha de ser de grata complacencia y olor suavísimo para el Eterno inspirador de todas las acciones santas y meritorias de la vida cristiana.—C.»

Numerosas comisiones acudieron á Alicante, deseosas de ofrecer al Sr. D. José Maria Muñoz el testimonio de su reconocimiento y su cariño, llevando mensajes de las mas importantes corporaciones y sociedades, y teniendo lugar con este motivo es-

cenos tan espresivas como conmovedoras.

La *Union Agrícola Orcelitana*, le envió por medio de sus representantes, la siguiente comunicacion, tan espresiva como todas las que se redactaron con objeto de dar cuenta al respetable anciano, de los acuerdos que en su honor se tomaban:

«La grandeza de alma con que desprendiéndose V. de una parte de su fortuna, ha derramado el dulce balsamo de la caridad sobre pueblos atribulados y afligidos ha impresionado vivamente á la Junta directiva de esta sociedad que tanto se preocupa del estado precario á que ha quedado reducida nuestra vega, y bajo la impresion consoladora de este acto de generosidad que está llamado á enjugar muchas lágrimas, ha acordado en sesion de 21 del actual: 1.º Conceder á V. el título de Sócio Honorario. 2.º Nombrar una comision de su seno compuesta de los señores D. Diego Roca de Togores, D. Luis Nogués y Roselló y D. Federico Torres, Vice-presidente, vocal segundo y Secretario primero respectivamente de esta Junta que haga á V. entrega de dicho título de sócio y ofrezca á V. verbalmente el sentimiento de la mas viva gratitud, en nombre de la Junta, en nombre de la Union Agrícola y en nombre del infortunio y de la desgracia. 3.º Hacer colocar en la sala de juntas generales de esta Sociedad el mejor retrato de V. que pueda obtenerse, y como quiera que ningun artista será capaz de reproducir exactamente los rasgos característicos de esa gran fisonomia moral y que solo su carta de 20 de

Octubre dirigida al señor Gobernador de la provincia, es la que retrata fielmente su grandeza de alma y caritativos sentimientos, ha acordado que una copia de dicha carta litografiada y de gran tamaño colocada en un cuadro que diga *Retrato de D. José María Muñoz*, se ponga en la sala de las juntas generales, por ser el mejor y mas parecido que ha podido concebir la direccion, y que seguramente hallarán exactos cuantos lo vean. 4.º En lo que valga la modesta voz de esta sociedad, elevar al Gobierno de S. M., una reverente exposicion en solicitud de que se otorgue la recompensa pública de que es merecedor, al noble patricio que desde hoy es honra de su país.

Lo que tiene esta Junta el honor de poner en conocimiento de V.—Dios guarde á V. muchos años.—Orihuela 21 de Octubre de 1879.

El presidente, Carlos Coig O'Donnell —El vicepresidente, Diego Roca de Togores —El primer vocal, Vicente Rodriguez.—El segundo vocal, Luis Nogués.—El tercer vocal, José Romero Tovillas.—El tesorero, José Díe Pesceto.—El secretario primero, Federico Torres.—El secretario segundo. José Ballesteros »

El decano de los periodistas malagueños, D. Santiago Casilari, con quien me unian los mas estrechos vínculos y cuya pérdida aun lamentan todos los amigos de los hombres de bien y de talento, dirigió al señor Muñoz la carta que á continuación se copia, digna de ser leida y coleccionada:

«Sr. D. José María Muñoz.

Muy señor mío y de mi mayor respeto y consideracion: Dificil me es espresar como lo siento, el placer que he tenido al entregarme mi amigo el Sr. Leon, el retrato de V. Ninguna prueba de afecto podia V. haberme dado superior á la recibida; y aumenta su valia el considerar cuan poco acreedor soy á favor tan señalado, y por lo tanto cuan grande es la bondad de V. Es un nuevo lazo que me une a V., independiente del que con su inmensa caridad me tenia ya ligado. Ese retrato ocupara un lugar preferente entre los de seres queridos, y mas de una vez gozaré contemplando las nobles facciones del esclarecido patricio que tantas y tan repetidas pruebas lleva dadas del tesoro de amor y caridad que contiene su pecho, para prodigarlo a todos los que sufren y lloran.

Comprendo a V., por mas que no esté en estado de imitarle. Por el placer que experimento cuando me es dado enjugar una sola lagrima, tributar un leve consuelo, comprendo el inefable que debe proporcionar hacer el bien en la escala superior que V. lo hace; y no se me alcanza como hay hombres que pudiendo, no saben ó no quieren procurarse igual dicha. Ni aun saben ser egoistas los que así obran, pues si una de las fases del egoismo es la de proporcionarse el mayor cúmulo de satisfacciones, ¿dónde encontrarlas mas puras y mayores que prodigando el bien?

Aunque mi posicion es bien modesta, pues solo he sido y continuo siendo un hijo del trabajo, jamás, ni aun en la edad en que podia tener aspiraciones mas ó menos justificadas, han logrado impresionarme riquezas, honores ni distinciones, al punto de olvidar por obtenerlas lo que todo hom-

bre que se precia da honrado se debe a si propio; pero, en cambio, siempre que ha llegado a mi noticia alguno de esos notables rasgos de abnegacion, de caridad, algunas de esas acciones generosas consumadas en bien de una parte cualquiera de la humanidad doliente y afligida, no he podido librarme de la tentacion, y he llegado a envidiar a todos los grandes bienhechores dispensadores del bien, en cuyo número no he podido contarme. Ciertó es que todo es relativo y que a los ojos de la Divina Providencia tanto vale el óbolo del pobre como el donativo espléndido del rico; pero ¡cuanta distancia entre socorrer una miseria a ir en auxilio de millares de ellas; entre calmar un dolor a aliviar mil dolores, entre enjugar una lagrima a secar torrentes de llanto!..

No hay sentimiento más digno, mas santo, ni que mas enaltezca al hombre, que el sentimiento de la caridad. La caridad, ó el amor, en sus inagotables manifestaciones, es el grande y poderoso agente de la ley del progreso de la humanidad; ley divina dictada por el Supremo Hacedor de los mundos y de la vida, y á cuyo cumplimiento en vano pondrán obstáculos las malas pasiones humanas.

Tengo para mi que los bienhechores, en todos sentidos de la humanidad, que todos cuantos al servicio de la misma han puesto sus fortunas, sus talentos y conocimientos, dispensando alimento al cuerpo y pasto al espíritu, aliviando desdichas y prodigando consuelos, disipando las tinieblas de la ignorancia con los mágicos resplandores de la educacion, anatematizando la mentira, patentizando una verdad nueva, inventando medios para mejor soportar y combatir las penalidades de la

vida, para mejor prevenir sus contingencias y azares, para proporcionar un mayor bienestar material y moral, una suma mayor de goces legítimos, una nueva satisfacción á las necesidades del cuerpo, á las inmensas aspiraciones del espíritu; tengo para mí, repito, que al dedicar esos grandes hombres sus vigilias, trabajos y fatigas al bien, lo han hecho impulsados por el sentimiento de la caridad, por amor á sus semejantes, aunque á veces no hayan sabido darse exacta cuenta de ese sentimiento, confundiéndolo acaso con el del amor á la ciencia, á los descubrimientos que perseguían, á los nuevos ideales que han vislumbrado en los espléndidos horizontes abiertos á sus privilegiadas inteligencias.

Por fortuna de tantos y tantos seres desgraciados, V. es uno de esos hombres escogidos para desempeñar en esta tierra una parte del papel que en la vida de los mundos se ha asignado la Suma Providencia; y dando toda su alma al amor, á la caridad, eleva ese sentimiento á grande altura en cuantas manifestaciones es dado alcanzar á su noble inteligencia, y á los medios materiales de que puede V. disponer para bien de sus hermanos los desvalidos.

V. lo ha dicho, y mejor lo ha sentido y siente: la caridad ira limpiando de malezas y de abrojos el aspero sendero de la vida, facilitando la marcha de la humanidad hacia el progreso hasta alcanzar la plenitud de los tiempos, de esos tiempos tan anhelados y alejados aun, en que todo ser humano tenga pan con que calmar su hambre, ropa con que cubrir su desnudez, un techo bajo el cual pueda albergarse, una instruccion, un consejo, un consuelo, un alivio á sus dolores, un refugio, un

amparo en su orfandad, un apoyo en su vejez, el amor, en fin, la caridad de los demas'seres. Y esos tiempos, llegaran a no dudario, que el hombre no ha de ser de peor condicion que las aves del aire, que los peces del mar, que los animales todos de la creacion, respecto a tener medios para satisfacer sus mas apremiantes necesidades, y en esos tiempos tambien, la ley de la muerte por la vida, no traspasara los limites impuestos por la naturaleza, limites que la soberbia, la avaricia, el egoismo, la ignorancia y toda clase de concupiscencias, de fanatismos y de tiranias han ido atropellando hasta dar a la ley de la muerte una estension, un poderio que jamas hubiera tenido, si el amor, si la caridad se hubieran repartido desde un principio el dominio de las almas.

Noto al llegar aqui, que invisiblemente voy dando proporciones de discurso, a lo que solo debe ser una carta para significar a V. el testimonio de mi gratitud. Mas antes de soltar la pluma, permitame V. que le espresé mi deseo de saber que esta ha llegado a sus manos, y el ruego de que me cuente en el número de sus mas sinceros y cariñosos admiradores. Y si no pecara de molesto tambien solicitaria de la bondad de V. un ejemplar mas de su retrato para el Sr. D. Joaquin M. Verdugo, Director del periódico *Las Noticias*, consocio de mi hermano politico D. Antonio Luis Carrion, sugeto que tambien ha contribuido a la buena obra como uno de los secretarios de la Junta de Socorros. Ansia poseer su retrato, y verdad sea dicha, son muchos los que alimentan igual deseo.

Ojala que todo el bien que ha dispensado V. y continúe haciendo, caiga sobre V. y sobre su fa-

milia, y uniendo mis bendiciones a las de sus favorecidos, y a las de todos los hombres de recto juicio y de corazón sano, se ofrece de V. S. S. Q. B. S. M.—SANTIAGO CASILA¹ L.»

Esta otra carta de un norte-americano es muy notable por su originalidad.—Fué escrita en inglés y fechada en Nueva-York:

«Señor Muñoz:

Con todo mi respecto debo deciros que creia yo ser el primer hombre de caridad y al ver que me habeis ganado, me declaro vencido ante vos y tengo a mucho honor deciros que participo de las impresiones de este país, que os quiere mucho mas que el vuestro, y ya teneis alguna prueba de ello, por lo que habeis hecho en favor de los inundados por el diluvio de esas provincias de levante y por vuestra historia anterior que han publicado estos periódicos.

Debierais ser dichoso, pero no lo sereis y os compadezco, porque los hombres que se distinguen levantandose del suelo fangoso en que se revoloca la humanidad, son admirados, si; pero tambien sacrificados por la envidia y por el egoismo, émulos que imperan y maltratan a los que ejercen la caridad como nosotros.

Yo vine a este hospitalario y ejemplar país, huyendo de los disgustos que me ocasionaba la practica del bien y vivo tranquilo y porque os amo aunque seais Católico Apostólico Romano, quiero que vengais a tener sosiego en mi Hotel que es cómodo con buen parterre y seis carruajes, todo lo que por mitad, sera vuestro y esta carta es la credencial hasta la formalizacion cuando vengais, con la

condicion de que hemos de vivir solos con criados, estar siempre juntos y comer de mi cuenta porque ya sé que habeis dado a los desdichados vuestra fortuna, y solamente nos separaremos para dormir, porque yo ronco mucho, y no es justo molestaros.

No vacileis, venios pronto. que pronto desca estrecharos con abrazos de sinceridad.—EDUARDO WHITE.»

Si las corporaciones y sociedades, y las personas ilustradas y humanitarias, no solo de España sino del extranjero, manifestaban al Sr. Muñoz sus sentimientos de gratitud de manera tan espresiva, puede imaginar el lector hasta donde llegaría el entusiasmo y la veneracion de las clases populares, mas impresionables que ninguna otra, y sobre todo las primeras interesadas en venerar y enaltecer á los que se preocupan por el porvenir de los desheredados y les tienden mano bienhechora en sus grandes tribulaciones. El nombre del anciano generoso fué mil veces bendito por los hijos del pueblo, muy particularmente en las comarcas inundadas, que iban á recibir pronto y eficaz auxilio.

Una de las poblaciones que recibieron con mayor regocijo la noticia de los esplén-

didos donativos que estaba haciendo el señor D. José María Muñoz, fué Cabezuela, pueblo de su naturaleza, que con justa razón se mostraba orgullosa de que uno de sus hijos hubiera dado á España tan notable ejemplo de abnegacion y caridad. Las corporaciones de Cabezuela y casi todos sus vecinos, firmaron y dirigieron al Rey una exposicion redactada en los siguientes términos:

«Las corporaciones e individuos que suscriben, acuden muy respetuosamente á V. M. que siempre ha sabido recompensar con justicia las virtudes, el talento y los actos de abnegacion, para que por un momento se fije vuestra vista en un hecho grandioso, en un hombre cuya caridad inagotable ha sembrado de beneficios, primero este país donde nació, y últimamente las provincias de Levante, recientemente desoladas por los terribles efectos de una inundacion nunca conocida. Este hombre, modelo de virtudes y de caridad, es D. José María Muñoz y Bajo de Menjibar, el cual ha estado gran parte de su vida dedicado á las buenas obras, amparando y socorriendo al desvalido, consolando á la desgracia, fundando hospitales, escuelas y asilos; actos que le han valido la inmortalidad que su nombre ha conquistado en este país. Pero últimamente, incansable en su caritativa conducta, ha consagrado el resto de su respetable fortuna á las víctimas de la inundacion de Murcia y Alicante, a las cuales ha distribuido

recientemente algunos millones de reales..

Su donativo solo, ha importado tanto casi, como el producto de lo entregado por millares de buenos corazones que en toda España y fuera de ella, han acudido tan espontáneamente á socorrer y remediar males tan terribles como los que aquejan á nuestros hermanos de Levante.

La escesiva modestia del Sr. Muñoz, ese gran hombre cuya caridad admira el mundo, es tanta, que siempre ha deseado mantener en el secreto sus buenas obras; pero deseando este pueblo que le vió nacer y tantos bienes le debe, así como todos los que asociados al pensamiento firman esta exposicion, que no pase desapercibido y sirva de ejemplo la grandeza de corazon y de virtud del hijo predilecto de Cabezuela;

Acudimos a V. M. seguros de que premiara los hechos referidos, concediendo a dicho señor una recompensa que immortalice su nombre y honre mas aun a este pais y a tantos miles de personas como tiene amparadas el señor Muñoz, bajo el manto de su inestinguible caridad, permitiendonos rogar a V. M., que esa recompensa sea un titulo del Reino que lleve la denominacion de su pueblo natal.»

Esta exposicion y otras muchas análogas que suscribieron distintas ciudades, no fueron atendidas por los altos poderes, que sin duda juzgaron suficientemente recompensado al Sr. Muñoz con la gran cruz de Beneficencia que le fué otorgada. Y á fé que el respetable anciano no perdió nada por

que dejara de concedérsele un título nobiliario, que su modestia y austeridad no hubiera recibido.

A los que piensan y proceden como el señor Muñoz, no les halagan ciertas vanidades, premio en muchas ocasiones de serviles bajezas ó consecuencia de una inmoral cotizacion, pues todos sabemos como han pasado ciertos plebeyos á títulos del reino, sacrificando algunos miles de pesetas.

Una larga vida consagrada á hacer el bien, repartiendo entre los necesitados el producto de muchos años de laboriosidad y de fatigas; arranques tan espontáneos y dignos como los del Sr. Muñoz, no se recompensan con un título de conde ó de marqués, que nada vale y que nada significa en la época presente. Rasgos como el suyo solo encuentran adecuado premio en la satisfaccion de la propia conciencia, en el aplauso de los hombres honrados y cultos, y en las bendiciones de las agradecidas muchedumbres.

EL BRAZO DE LA CARIDAD.

Quien entregaba una gran parte de su fortuna para socorrer á las víctimas de las inundaciones, y estaba dispuesto á sacrificar su reposo y su salud, con el fin de que las muchas familias que habian quedado en el mayor desamparo recibiesen oportunos y pronto auxilios, naturalmente habia de ser el llamado á desempeñar importantísimas y gratas misiones, siendo el depositario de la confianza y el intérprete de los deseos de innumerables sociedades y particulares.

Al tenerse noticia de la inmensidad de la desgracia, y al conocerse el arranque caritativo del Sr. D. José Maria Muñoz, se despertaron nobles estímulos, organizándose en muchas partes comisiones para acudir en ayuda de los que habian quedado sin hogar

y sin pan, llevándose á cabo suscripciones que produjeron respetables sumas, y haciéndose colectas para reunir ropas y efectos con destino á los que en una hora de desolacion habian visto desaparecer, al par que los seres mas queridos, cuanto constituia sus modestos hogares.

Muchos de los que iniciaron en sus respectivas localidades la humanitaria cruzada, donde tantos ejemplos de abnegacion y de entusiasmo se dieron, deseosos de que el producto de su noble tarea fuese dignamente empleado, se dirigieron al Sr. Muñoz, suplicándole que se hiciera cargo de recibir los fondos y las prendas reunidas y de hacer en representacion de los donantes equitativo y acertado reparto.

Las primeras que indicaron este medio de hacer efectivo el esfuerzo de todos los que contribuian á la buena obra, fueron varias señoritas de Santander que reunidas en casa de la Sra. Viuda de Redon, acordaron hacer un donativo de ropas de cama para los infelices inundados, las cuales se dirigieron al respetable anciano, rogándole les dijera si aceptaría la mision de repartir cierto nú-

mero de sábanas y almohadas que acababan de confeccionar.

El Sr. Muñoz aceptó el encargo, y contestó con el siguiente telegrama:

«Con gratitud inmensa y conmovida mi alma con la caridad de las señoras de Santander y el honor que me hacen con su confianza, acepto gustosísimo su encargo de recibir y repartir inmediatamente á las familias mas desgraciadas por efecto de la inundacion, sus ochenta sábanas y setenta y dos almohadas, pues hay muchas familias desnudas y hambrientas á la intemperie que las recibirán con lágrimas de gratitud.—Benditas sean las señoritas santanderinas.—Reciban la expresion de mi reconocimiento, cariño y admiracion, con las gracias que les doy en nombre de las victimas de las inundaciones.

¡León y gloria eterna para las hijas de Santander, que tan bien saben practicar y enaltecer la primera de las virtudes, la caridad!—José María Muñoz.»

A este ofrecimiento, hecho de modo tan delicado como galante, las referidas señoritas contestaron remitiendo los efectos por ellas confeccionados, con la siguiente discretísima carta:

«Sr. D. José María Muñoz.

Muy señor nuestro y de nuestra distinguida consideracion: Por respuesta al telegrama de usted de las 9-45 de la mañana de ayer, adjunto acompañamos con esta carta un talon del ferro-

carril que servirá á V. para recoger de esa estacion una caja conteniendo ochenta sábanas y setenta y dos almohadas nuevas, adquiridas y confeccionadas por nosotras mismas y sin alguna asalariada intervencion; y lo consignamos así, porque si algun mérito tiene nuestro acto, estriba en que el importe de este pequeño donativo representa acaso la privacion de algun capricho, y porque la confeccion nos ha servido de motivo para mas especialmente pensar en la desdicha inmensa que aflige á nuestros hermanos de esas provincias inundadas.

Recíbanlas, pues, aquellos necesitados con la expresion del sentimiento que impulsó nuestro caritativo propósito, y vean en esto insignificante donativo la manifestacion del dolor que sus desgracias nos inspiran, y que en esas prendas que les enviamos tal vez se apereiben las lágrimas que su desdicha nos ha hecho verter.

Y aquí terminaríamos nuestra misiva, porque acaso es ya de mas lo que llevamos escrito para la ninguna importancia que nuestra accion tiene en si; pero si de nosotras, que nada merecemos, hemos hablado ya bastante, no sucede lo mismo por lo que respecta á V., que lo merece todo, y de quien no hemos dicho aun nuestra primera palabra. ¡Bendito sea Dios que concedió á V. una fortuna! ¡Y aun mas bendito sea por haber dado á usted un corazon tan sensible a las desgracias ajenas! Si la caridad es la primera de las virtudes, y el amor al prójimo el primero de los preceptos del Decálogo, y si una y otro son en su ejercicio la mejor recomendacion de la criatura para con su Creador, pocos hombres, ninguno tal vez en los tiempos modernos, merecen la complacencia de

Dios con tanta justicia como usted, ni como usted tiene asegurado el premio que el Señor ofrece á los que le sirven y le aman.

Si V. fuera solamente rico; si V. se limitase á desprenderse de sus riquezas en cuanto exceden á sus necesidades, no haria mas que cumplir la santa máxima de que nadie debe disfrutar de lo superfluo mientras hay quien carece de lo necesario; y al observar este deber religioso y hasta social, daria V. á lo sumo, una elocuente leccion á los muchos que, siendo como V. ricos, no son como V., caritativos; pero esto,—que es relativamente meritorio,—no es lo que principalmente ha de estimarse en V., ni lo que á España hoy, y al mundo entero mañana causa admiracion.

No, señor D. José María Muñoz: lo digno de estimar, lo que principalmente acredita á V. ante la consideracion de propios y extraños, es que V. mismo, á pesar de su delicada salud, y de las mil consideraciones que acompañan a las altas posiciones sociales, V. mismo lleva los socorros á los necesitados, V. los alienta con su buen consejo, V. los anima con su cariñosa palabra y los rodea de consoladora uncion, acompañándolos en sus tribulaciones con la expresion de sus sentimientos, de cuya belleza y tornura es una digna muestra el telegrama que a nosotras ha dirigido. Quien como V. piensa y como V. obra, lleva la recompensa de sus actos en la satisfaccion de su propia conciencia, y seguramente que usted se sentirá orgulloso de su manera de obrar; pero esto que para la mas completa tranquilidad de usted basta, no basta a los deseos de los que miran en V. un bienhechor y á los de los que admiramos en V. a la primera figura que se destaca, con no-

table gran relieve, en el cuadro de la caridad, que con desgarradores gritos han excitado nuestros infelices hermanos de esas provincias de Levante.

Las bendiciones de todos esos pueblos siguen los pasos de V., elevando a los cielos un himno de gratitud con sus lagrimas, ecos que tienen su resonancia en todos los corazones: el país entero ensalza a V. y le envidia a un tiempo; y el gobierno, personificación del Estado, distinguirá a usted con uno de esos títulos que son para otros símbolos de vanidad, inmerecidos las mas veces, y que para V. será un dictado de la mas alta consideración, que V. llevará con orgullo, y lo legará a sus sucesores con altiva dignidad, porque ciertamente tiene razón para ser altivo quien como V. se conduce en estos momentos de aflicción y de quebrantos.

Padre de los pobres, cumplidor del Evangelio, Providencia de los necesitados; con estos y otros calificativos distinguen á V. aque'los desdichados á quienes la inundación ha reducido a la miseria, y á los cuales V. atiende con su riqueza y su solitud: estos mismos honrosos distintivos sirvan á nosotras para dirigirnos á V. en estos momentos, por respuesta á su atento telegrama de ayer.

Y para concluir, porque esta carta va tomando grandes proporciones, solo añadiremos á lo ya dicho, que si un día la desgracia llama á nuestras puertas, V. será la primera persona a quien nos dirigiremos en demanda de consuelo y de socorro, porque creemos que este es el medio de reconocer a V. el servicio que en esta ocasión nos presta, y porque así interpretaremos los sentimientos de V. conforme a sus deseos.

Entre tanto, y muy reconocidas a la galanteria con que nos distingue, aprovechamos esta ocasion para presentarle nuestro homenaje y respetos, como sus afectisimas S. S. Q. B. S. M.—Josefa Redon.—Luisa de Iturriaga.—Zeila de Iturriaga.—Pilar Helguera.—Dolores Cayul.—Marina Regato.—Carmen Bedias.—Celiade Gavilea.—Rogelia de la Parte.—Folisa Ruiz.—Eusebia Diaz.—Maria del Pilar Olivan.—Tomas Acual —Cristina Leiba.—Juana Alonso.—Pascuala Ceballos.»

A los pocos dias contestaba desde Lorca el Sr. Muñoz con la siguiente carta que, por intransigencias que no nos esplicamos, fué censurada por el clero de Santander:

«Señoritas:

La comision que por vuestra atenta carta me habeis confiado de distribuir vuestro donativo de sabanas y almohadas entre los infelices inundados de las provincias de Levante, esta cumplida, como vereis por los adjuntos estados. Yo tendré una satisfaccion verdadera si quedais contentas del desempeño de mi cometido, que consideré desde el primer momento como una gran recompensa de mis afanes por la obra de la Caridad, y como lenitivo a las amarguras que hasta para hacer el bien se sienten en la tierra.

Pero todo lo merecen nuestros pobres hermanos, que enfermos, desnudos y sin hogar, nos llaman en su auxilio como agentes de esa Providencia que se cuida hasta de las flores silvestres, y yo os aseguro que jamas he sentido satisfaccion mas cumplida que cuando he enjugado las lagrimas del que llora y satisfecho al hambriento y

menesteroso. ¡Dichosas mil veces vosotras que en la primavera de la vida os ejercitais en tan meritoria obra! Yo viejo y achacoso siento profundamente que son ya pocos mis días y menguados mis recursos para atender á tantos desvalidos; y hasta la tranquilidad que el ejercicio de la caridad me produce, sería bien poca cosa sin la idea que en mi despierta vuestro sacrificio, y el espíritu que hoy vivifica el mundo.

El gran milagro de unir á los hombres en una sola familia, de hacer confraternizar á los pueblos, y constituir una humanidad digna de su destino, solo la Caridad puede cumplirlo y bien lo testifica la influencia de vuestros sacrificios y de cuantos hoy se imponen casi todos los pueblos para ejercer la caridad en las provincias inundadas. Mas tened entendido que la mujer tiene una parte muy principal en tan prodigiosa obra. La influencia de la mujer en la familia es muy poderosa, y es la familia el primer elemento de toda sociedad, dependiendo de su educacion el bienestar de los pueblos.

Cuando acariciéis á vuestros hijos; cuando en vuestros brazos recibais á vuestros esposos, fatigados por sus afanes; cuando os dediquéis en fin á las faenas y á los quehaceres del hogar, pensad que formais el porvenir; que teneis en vuestro regazo á la Sociedad del presente, y que vuestra gran responsabilidad os obliga siempre, sin preocupaciones que os degradan y sin supersticiones que os envilecen, á infundir en el corazon de los seres de vuestro cariño, los sentimientos de caridad que en todos innatos, mueren las mas veces sofocados por el egoismo y las malas pasiones.

Si así lo haceis, señoritas, podeis pronosticar muchas venturas para los tiempos venideros, y alguna vez, pensando en mí, bendecireis la memoria de este pobre viejo, que os quiere entrañablemente y se os ofrece vuestro más atento y S. S. Q. V. P. B.—JOSÉ MARÍA MUÑOZ.»

La sociedad humorística «El Cencerro» establecida también en Santander, se dirigió al Sr. Muñoz en los siguientes términos:

«Sr. D. José María Muñoz.

Muy señor nuestro y de toda nuestra consideración: No pueden nunca sepultarse en el panteón del olvido los actos que, como el que V. ha realizado recientemente en favor de los desgraciados de las provincias de Levante, revelan evidentemente los nobles y elevados sentimientos que á V. distinguen y la impresión que las desgracias de sus hermanos causan en su ánimo.

Si acto de tal desprendimiento y generosidad, tuviera ejemplo, las desgracias dejarían de ser desgracias, y el sufrimiento tendría una existencia bien efímera.

Los que suscriben, individuos de la Sociedad «El Cencerro» á quienes ha impresionado hondamente el infortunio de sus hermanos, han creído de su deber coadyuvar en cuanto les fuese dable para enjugar aquella desgracia, y dar así una pequeña prueba de la participación que en ella toman.

Insignificantes son nuestros medios, grande nuestra voluntad, y auxiliada ésta por la cooperación que hemos encontrado en los habitantes

de esta ciudad y su prensa, podemos hoy poner á su disposicion, como desde luego los hacemos, la cantidad de Rvon. 2.924 en la letra que le acompañamos á cargo de D. Antonio Dubois, de Murcia, para que la distribuya entre los que han sufrido las horrorosas consecuencias de la inundacion de la manera que mejor estime y sin que nunca pueda dar lugar á observacion alguna la distribucion que V. se sirva hacer, pues la amplia facultad que para todo le concedemos, á ello le autoriza, y asi lo exige el acto que V. ha ejecutado, fiel expresion del interés que le inspiran los lamentables sucesos de las provincias de Levante.

Rogamos á V. se sirva aceptar la cantidad que con el objeto citado le remitimos, y obrar en la forma que le plazca, aprovechando gustosos esta ocasion para ofrecer á V. los sentimientos de nuestra mas distinguida y respetuosa consideracion personal.

Suyos atentos S. S. Q. B. S. M.—Mauricio Huerta.—Luis Aldey Ferrer.—Benito Ferrer Regatillo.—P. Camareo—B. R.—José Reguero.—Mariano G. del Moral.—Andrés Alba.—Ruperto G. Escontría.—Gerardo Reguero.—Ricardo G. del Moral.—Federico Villa.—José Pérez Molino.—Ángel Ace-ro Crespo.—Pedro Alóres.—José Torres.—José V. de la Lastra.—Telesforo Martínez.»

Con tanta actividad y eficacia desempeñaba el Sr. Muñoz estas gratas comisiones, que diariamente recibia nuevos encargos, no solo de España sino de corporaciones y particulares de América y del extranjero.

El gobernador civil de Málaga comisio-

nole para que invirtiese en una casa, para alguna de las familias víctimas de las inundaciones, 5.000 reales que habia producido un concierto dado por el Circulo Mercantil de esta ciudad. Al poco tiempo D. José María Muñoz escribió á la citada autoridad, manifestándole que el deseo de los donantes se habia realizado en la forma indicada, y que con la cantidad remitida habia adquirido y entregado á Ramon Figueras y á su familia, una casa de buen aspecto y cómoda, situada en el pueblo de Nonduermas y en el mejor paraje del *Barrio de Muñoz*. En ella espresábale que con arreglo á sus indicaciones, se habia colocado en la fachada de dicha casa una lápida con la inscripcion siguiente: «Donada por el Circulo Mercantil de Málaga, con intervencion del Excmo. Sr. D. José Maria Muñoz.»

Tambien los artistas malagueños depositaron su confianza en el héroe de la caridad, enviándole los fondos que habian logrado reunir. No tardó mucho el Sr. Muñoz en dar cuenta de su cometido, que desempeñó con gran acierto, como puede verse

por la carta que dirigió á mi buen amigo el Presidente de la Comision que constituyeron los artistas, y que fué redactada en la siguiente forma:

«Sr. D. Antonio Gutierrez de Leon.

Muy señor mio y estimado amigo: Consecuente con lo que dije á usted en 31 de Enero último, tengo el gusto de participarle que están cumplidos los deseos de la Comision de los Artistas de esa ciudad, de que es usted digno presidente, y de las señoras y señoritas que tan piadosamente contribuyeron al socorro de las familias victimas de la inundacion del 14 de Octubre de 1879; pues que, como verá usted en la adjunta cuenta publicada en el periódico *El Constitucional* de esta capital, para satisfaccion de los donantes que nos han honrado con su confianza, resulta cargada y donada la cantidad de 22.690 reales que se sirvió usted remitirme con fecha 29 de Enero último, como donativo procedente de esa Comision; y con el fin de que sepa la misma la aplicacion detallada que se ha dado, debo manifestarle que en el centro de la *calle de Muñoz* del barrio de Nonduermas de Murcia, en donde tantas desgracias ocurrieron y no quedó una casa, se ha construido una de dos cuerpos con todas las reglas del arte, para la seguridad y comodidad de una familia numerosa, contigua a otra donada por el Circulo Mercantil de Malaga, y sobre cuya fachada principal se ha colocado una lapida de marmol que dice: «Donada por los Artistas de Malaga, con intervencion del excelentísimo Sr. D. José Maria Muñoz, a favor de Fuensanta Marin.»

En la *calle de Floridablanca*, del barrio de San

Bonito, se ha construido otra, con inscripcion igual a la anterior, donada a favor de Felipe Hernandez Pérez.

En el mismo barrio y calle se ha construido otra, con la misma inscripcion, a favor de Antonio Hernandez Beigante.

En la ciudad de Orihuela, y su *calle de Muñoz*, antes de la *Mancebería*, y la que mas sufrió por la inundacion, se ha construido a favor de Juan Gómez Peral otra casa, en cuya fachada se ha colocado una lapida de marmol en que esta grabada la siguiente leyenda: «Donada por la Sociedad de Artistas de Malaga y D. José Maria Muñoz.»

Tambien se han repartido por cuenta de la citada cantidad en re diversas familias 6.500 reales, segun las relaciones justificadas que obran en las cuentas.

Las inserpeicones de que se ha hecho mérito, y la posesion, garantizan suficientemente la propiedad a favor de las personas agraciadas.

Réstame decir a usted que he procurado hacer las obras con mas esmero que si hubieran de ser para mí, y que así es como he creído debia corresponder a la confianza con que usted y sus compañeros me honraron; y que el poner en la casa donada a Juan Gomez Peral, de Orihuela, por la Sociedad de Artistas de Malaga y D. José Maria Muñoz, es porque a la masa de la cantidad repartible, puse de mi peculio particular lo que se expresa al final de la cuenta.

Sírvase usted dar relacion de esta carta a sus compañeros para su conocimiento, y que tengan la bondad de decirme si es de su aprobacion el proceder de que hago merito, ajustado en cuanto me ha sido posible a sus benéficos deseos, repli-

tiéndome de usted y de todos ellos como su afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.,—JOSÉ MARÍA MUÑOZ.»

Los artistas de Málaga, en vista de carta tan delicada y del modo como el Sr. Muñoz había sabido interpretar sus deseos, acordaron por unanimidad significarle su reconocimiento, enviándole espresivo voto de gracias.

Idénticas demostraciones de aprobacion y reconocimiento recibió el Sr. Muñoz de todos los que á él se dirijieron para realizar nobles y humanitarios propósitos. Su accion fué tan rápida como exigian las perentorias necesidades de los infelices que iban á ser socorridos, y no solo procuró que el reparto fuera equitativo y ventajosas las adquisiciones, sino que en mas de una ocasion, agregó algunas sumas á las que para su reparto se les remitian, llevado del deseo de que su nombre figurara al lado de los que lo distinguian con su afecto y su consideracion.

Quede consignado al cerrar este capítulo, que cuantos buscaron la intervencion del Sr. Muñoz para llevar á cabo las construc-

ciones que deseaban ó distribuir el producto de las suscripciones que se hicieron, quedaron altamente sastifechos de la diligencia y escrupulosidad con que el honrado anciano supo corresponder á las distinciones y preferencias de que fué objeto, dando detalladas y minuciosas cuentas de cuantos fondos se le confiaron; conducta que contrasta con el abandono y falta de equidad y de justicia que tantas censuras valió á las comisiones oficiales que tuvieron á su cargo el reparto de la suscripcion nacional, tan perezosa y desdichadamente distribuida.

LA CAMPAÑA DE LA CARIDAD.

Invítame V. á que le apunte detalles de las gloriosas expediciones llevadas á cabo por mi antiguo y querido amigo D. José Maria Muñoz, con el fin de facilitar recursos y consuelos á las desventuradas víctimas de las inundaciones de Levante, y á fé que he de corresponder á sus deseos, si no con bellas y galanas formas, con gusto extraordinario y ciñéndome estrictamente á la verdad. Testigo de cuanto ocurrió en aquellos hermosos dias, por haber acompañado al Sr. Muñoz en las visitas que hizo á las provincias de Murcia, Alicante y Almeria, aunque ya ha pasado algun tiempo conservo frescas en mi memoria las impresiones recibidas, y creo que sin gran esfuerzo podré resumir en algunas epístolas

todo lo mas notable que ocurrió en los distintos viajes emprendidos por las comarcas desoladas.

La primera expedicion fué á Orihuela y Murcia, en cuyas poblaciones se debia distribuir el donativo de 40.000 duros hecho por mi generoso amigo. Este salió de Alicante, acompañado de las autoridades de la provincia y de otras varias personas admiradoras de los sentimientos humanitarios del espléndido donante.

La muchedumbre, reunida en las inmediaciones de la sucursal del Banco de España, de donde partió el convoy, llevando los fondos, saludó al Sr. Muñoz con vítores y aplausos y le acompañó hasta las afueras de la ciudad, despidiéndole con bendiciones, que patentizaban su reconocimiento y su amor hácia el padre de los pobres, como le llamaban aquellas sencillas gentes. El elemento mas culto y distinguido de la capital tambien hizo digna despedida á nuestro amigo, disputándose los hombres el honor de estrechar la mano del ilustre anciano y agitando sus pañuelos las señoras, desde los balcones, donde se apiñaban de-

seosas de ver pasar á la simpática y humanitaria comitiva.

Verdaderamente no pudo darse espectáculo mas nuevo ni mas generoso, como ha dicho un discreto biógrafo, y si el Sr. Muñoz debió experimentar el inefable placer de enjugar lágrimas y labrar la felicidad de muchos infelices, la ciudad de Alicante debió sentirse orgullosa por haber visto realizado en su seno uno de los actos mas grandiosos que registran los fastos de la caridad.

Enmedio de entusiastas aclamaciones y entre salvas de aplausos, hizo su entrada nuestro héroe en Orihuela, y sin procurarse momento de descanso, á pesar del delicadísimo estado de su salud, impaciente por auxiliar á los que tan necesitados se hallaban de socorro, procuró que se verificara inmediatamente el reparto de 15.000 duros entre las familias del pueblo y de su huer-ta que mayores pérdidas acababan de experimentar.

El acto fué solemne y conmovedor, asistiendo las autoridades, comisiones de diferentes círculos, representantes de la prensa

y una concurrencia numerosa, que se extendia por la plaza de la Constitucion. El alcalde presentó al pueblo al Sr. Muñoz, dándole gracias por su benéfica solicitud. Este contestó modesta y discretamente; dijo oportunas y sentidas frases, las cuales fueron directas al corazon de los pobres que le escuchaban derramando lágrimas de reconocimiento y de alegría. La palabra del orador fué ahogada en mas de una ocasion por vivas atronadores que salian de aquellas almas reconocidas.

Cien familias fueron socorridas, con 3.000 reales cada una, cantidad que significaba para los infelices inundados importante fortuna, dada la situacion angustiosa en que se encontraban y la miseria en que se veian sumidos.

Hecha la distribucion de los lotes, el alcalde entregó al Sr. Muñoz un acta redactada en los siguientes términos:

«Don Francisco Moreno Tovillas, Abogado de los Tribunales Nacionales y Secretario del Ilustre Ayuntamiento Constitucional de esta ciudad.—Certifico: Que en la sesion celebrada por esta Ilustre Municipalidad el dia 23 del actual, entre otros, se halla el siguiente particular: El Sr. Al-

calde presidente manifestó que el Ayuntamiento ha sido enterado, por telegrama que acaba de leerse, de que el Sr. D. José María Muñoz y Bajo de Menjíbar, residente en Alicante, al tener noticia del siniestro ocurrido en esta ciudad en los días 15 y 13 del actual, con un desprendimiento de que no hay ejemplo, ha puesto a disposición de esta Junta de Socorros dos millones de reales nominales en títulos del 3 por 100, para las cien familias de Orihuela y su huerta mas empobrecidas por la inundacion. Un rasgo de caridad tan extraordinario merece una recompensa especial que lo perpetúe, y era de opinion que el Ayuntamiento, que es representante de esta ciudad, debiera hacerlo constar en sus actas, tomando lossiguientes acuerdos:

Declarar hijo adoptivo de esta ciudad á D José María Muñoz y Bajo de Menjíbar, y que la calle de la Mancebería, que es la que mas ha sufrido con la inundacion, lleve en lo sucesivo el nombre de tan esclarecido patricio, á quien los pobres de esta ciudad deben tan gran reconocimiento. El Ayuntamiento, unánimemente y por aclamacion, aprobó cuanto su digno presidente deja propuesto, acordando ademas que una certificacion de este particular se remita al expresado Sr. Muñoz para su conocimiento.

Así aparece del libro de actas de este Ilustre Municipio á que me refiero; y en virtud de lo acordado, y de precepto del señor Alcalde presidente, libro la presente con su *visto bueno* que firmo en Orihuela á 25 de Octubre de 1879.—*Francisco Moreno.*—V.^o B.^o, *Matías Rebagliato.*»

Tiernamente impresionado por las mues-

tras de respeto y de cariño que acababa de recibir, y gozando de antemano con el consuelo que se disponia á llevar á los desventurados hijos de Múrcia, que con tanta impaciencia le esperaban, nuestro piadoso amigo salió de Orihuela, dejando en todos los corazones gratísimo recuerdo.

La despedida fué aun mas entusiasta que el recibimiento; y al estrechar la mano del alcalde del pueblo que tan espléndidamente habia socorrido, como testimonio de sus sentimientos, entrególe una atenta comunicacion, dando gracias al ayuntamiento y á todos los habitantes de Orihuela por las demostraciones de respeto y de amor de que habia sido objeto.

Lo que ocurrió en Murcia á la llegada del Sr. Muñoz, no ha de espresarlo mi pluma, á pesar de mis deseos de complacerle, pues seria pálido y frio cuanto escribiera acerca de aquel importante suceso.

Un ilustrado redactor del periódico *El Noticiero* ocupóse del acontecimiento en términos tan adecuados á los fines que V. se propone al publicar su libro, que creo estimará ese trabajo mas que la descripcion

que yo pudiera hacerle, y en esa seguridad lo copio al pié de la letra de un periódico que conservo como grata memoria de la humanitaria expedicion.

Dice así:

«El lunes á las 8 de la noche llegó á Murcia don José María Muñoz, que bien merece el título de espléndido filántropo. Su figura es arrogante, venerable su cara, su espresion como sus actos; hay algo de magestad en su frente y en su actitud; lleva además la aureola de un hecho extraordinario, muy semejante al brillo de la victoria, y al rayo de la heroicidad. D. José María Muñoz, ha admirado á España. Pervertidos todós los animos por el golpear de tanto clamor; llamada la nacion á salvar á Murcia, como antiguamente llamaban los sacerdotes y los reyes cristianos á redimir el sepulcro de su Dios; en medio de esta conflagracion de filantropia y humanidad, un español se levanta sobre esas masas de donativos, de lagrimas y desconuelos, y les supera á todos. El sólo, sin compañeros, sin ayuda de nadie, levanta del abismo de la miseria á 150 familias y les restituye su bienestar.

Como todo lo extraordinario no tiene explicacion por las reglas comunes de conducta ó por los criterios aplicados á la práctica de la vida; como todo lo extraordinario salva los límites de la esfera en que vivimos y proviene de ese infinito insondable, siempre presente y siempre desconocido, este hecho tras de la primera sorpresa que produjo, ha agitado la curiosidad de todos, y no ha habido quien le de satisfactoria explicacion.

Ya en el campo de lo extraordinario, las imagines han llegado á caer en lo absurdo, por encima de lo cual, pasamos sin mirar siquiera, para proclamar que D. José Muñoz es un héroe de caridad, un modelo exaltado de beneficencia. Sacrificar nuestro ser ó sus expansiones por una causa noble, aceptando los dolores ó las privaciones del sacrificio, esta es la accion heróica. D. José Muñoz ha sacrificado un capital aceptando las privaciones que le siguen. La mayoría de los hombres hubieran guardado ese capital como fuerza y baluarte en esa campaña perpétua del individuo contra la sociedad; lo hubieran guardado como billete de entrada al reservado de muchos goces y como un seguro contra los innumerables siniestros de la vida; el lo ha entregado á la desgracia para que la desgracia se consuele, lo ha entregado al hambre y al desnudo, para que no tengan hambre y desnudez. Con esa accion magnánima se ha opuesto á la suerte y ha vencido su fatalidad en 150 familias, que entre todas bien podian constituir un pueblo entero. Hay cosas indiscutibles, y ésta es una de ellas. Discutir acciones de este género, es pervertir el sentido moral, es negar á la humanidad sus Cristos, sus Scévolas, sus Régulos, Cides y Guzmanes.

En la puerta de Orihuela esperaban al Sr. Muñoz las autoridades murcianas y el pueblo. Se hospedó en la casa del Sr. Marqués de Pinares. En aquella misma noche, la banda de la Misericordia, cuyo Director merece muchos elogios, celebró la bienvenida, tocando á la puerta de dicho hospedaje un paso doble, una danza, una schotis, una pieza, otra danza y otro paso doble. Era un contraste elocuente; los hijos de la caridad obsequiaban al

padre de ella. ¿Con qué? con la música, con ese don del cielo, invento de los dioses, fiesta eterna de los ángeles bajo el trono de la divinidad. Eran niños los que daban al espacio aquellos torrentes de armonía; niños sin familia y hogar, como pájaros sin alas, como flores sin jardín; niños que tienen por padre a la humanidad y que no tienen mas mesa que la mesa de la beneficencia. El señor Muñoz sentiría en el alma corrientes inexplicables movidas por aquellos sonidos que brotaban de sesenta pechos infantiles.

Al día siguiente martes, conforme estaba anunciado, se distribuyó en el salón de sesiones del Ayuntamiento, el exorbitante donativo del señor Muñoz. Ciento cincuenta familias a 3.320 rs. La casa consistorial estaba impenetrable; el gentío cegaba sus puertas y todos los pasos. Sobre la mesa de la presidencia estaba el dinero dividido en lotes. Deslumbraba aquella capa de oro, con el que hubiera podido darse la vuelta al mundo. ¡Quien sabe si servirá á su dueño para dar la vuelta al cielo!

Presidia el Sr. Obispo de la diócesis, que inauguró el acto con sentidas palabras de loor y agradecimiento en nombre de Murcia y de los labradores. Habló el Sr. Gobernador, anunciando la forma del repartimiento, y dando á conocer los trabajos que se habian hecho para asegurarse de la equidad. El Sr. Muñoz estaba de pié en una esquina de la mesa, esperando á los que él venia buscando, á los pobres, á los que gimen en la desolacion, á los que lloran en su luto y en su ruina. Llegaban uno á uno conforme eran nombrados y relatados sus circunstancias por el Sr. Gobernador que quiso hacer este oficio. D. José María

Muñoz, pues, empezó á dar puñados de oro.

Los daba sin afectacion, sin alarde, como quien hace lo que le es familiar. La multitud le miraba de hito en hito, y se preguntaba á qué fenómeno psicológico y moral podria corresponder aquel raro desprendimiento. Nos es muy violento reconocer la superioridad moral de un individuo, así como estamos mas pronto á confesar la intelectual ó la de cualquier otro orden. Ley es ésta que no tiene cabida en sistemas de cierta incredulidad, algun tanto puesta en moda.

El hecho de que venimos ocupándonos no debe ser llamado á examen. ¿Querriais sentar en el banquillo de la prueba al sol que esparce el calor y la luz sobre los espacios de la vida? Dejemos ahora esa filosofía invasora que ha calado su sonda en el océano del alma, y estrujando el corazon, lo enseña á la humanidad diciendo: «sólo gotea sangre.» El Sr. Muñoz triunfó de todo: de la filosofía, del examen, de la ruindad —Se presenta á recibir la dádiva una viuda con luto en las ropas y lágrimas en los ojos; llevaba en sus brazos un niño de algunos meses que dormía dos sueños distintos, el de la reparacion y el de la edad. El señor Muñoz lo tomó en sus manos, lo acercó á sus labios y le dió dos besos. A esto llamamos triunfo; y triunfos fueron tambien los consejos que prodigaba al repartir su fortuna; las palabras afectuosas con que sazonaba su obra, los dulces consuelos que manaban de su pecho al mismo tiempo que el oro manaba de sus manos. Aceptemos esa doctrina que una religion llama *Comunion de los Santos*. Los héroes, los génios, los mártires y los santos son frutos de ese gran árbol llamado humanidad, del cual tambien hemos brotado todos

los hombres. No examinemos tanto, sintamos mas, no probemos todos los dias de nuestra vida la fruta vedada á Adán. El pensamiento y la accion que saltan de lo terrenal y penetran en lo infinito, ya no pertenecen á nuestros juicios, pertenecen al juicio de Dios.

Continuó el acto; las víctimas de la inundacion se presentaban por partidos, con sus alcaldes pedáneos. Aquellos nombres de Aljucer, Nonduermas, el Barrio y tantos otros, simbolizaban la desolacion mas triste que ha presenciado esta ciudad. La memorable noche con todos sus horrores, resucitaba en nuestra imaginacion; y al relato de las circunstancias parecia que los espíritus de los muertos cruzaban aquel largo salon, acompañando á los que lograron sobrevivir.

Mientras tanto los niños de la Misericordia solemnizaban el acto con su banda de música desde el pátio del Ayuntamiento. Entre estos pequeños músicos y los desgraciados de nuestra huerta existe el parentesco del infortunio. ¡Qué parentesco espiritual, llamémosle celeste, entre todos ellos y el Sr. Muñoz! Gran familia se ha creado este héroe de la caridad, la familia infinita de los desgraciados.

Terminó el acto bendiciendo el Sr. Obispo al admirable bienhechor, y el Sr. Gobernador y el señor Alcalde le dieron las gracias en nombre de Murcia. En tales momentos el señor Diaz Cassou pronunció un breve discurso en que á mas de su natural elocuencia se destacaban la emocion y el entusiasmo. El público vitoreó al héroe, y le siguió hasta la puerta de su hospedaje. Las autoridades y representantes habian llenado los diva-

nes que ocupa el Ayuntamiento en sus sesiones, y tambien le acompañaron.

Se habia agotado el dinero estendido sobre la mesa, el dinero del donativo; pero no se habia agotado la caridad de D. José Maria Muñoz; vació sus bolsillos, y repartió hasta la última moneda. ¿Hubo en esto momento algo de transfiguracion en su ser? Vimos contraerse los siglos y las distancias; vimos rasgarse un velo y surgir la Galilea, la falda del monte, el pueblo agrupado, y todo un Dios anunciando las bienaventuranzas

El Sr. Muñoz, despues de consumir su magnánima obra, dormirá sobre lecho de flores y rodeado de espiritus bendicientes. El alma humana se crea el mundo en que vive: el infierno y la gloria; los ángeles malos que atormentan, y los ángeles buenos que cantan y glorifican, son una verdad de propia experiencia. Todo eso se encuentra en el seno de cada conciencia. La del Sr. Muñoz debe ser un cielo esplendente.»

Poco puedo añadir á lo que tan sentidamente espresan las anteriores líneas; mas para completar la narracion reproduzco la siguientes palabras del jóven D. Pedro Diaz Cassou, el cual al darse por concluido el acto, dijo:

«Un momento, señores. Este acto no debe terminar sin que haga oir la voz de la gratitud del pueblo murciano. Yo quiero expresarla; yo me he levantado á decir algo, y ahora no sé qué decir. Es que hombres como el Sr. D. José Maria Muñoz se admiran, pero no se elogian; acciones como la suya se sienten, no se alaban; es que la gratitud

no tiene mejor lenguaje que el conmovedor lenguaje de las lágrimas. (Grandes aplausos.) No sé qué decir, señores: no encuentro frases dignas de la grandeza de la obra, de la solemnidad de esta ceremonia. Se me ocurre suplicar á las autoridades, que, al terminarla, pidan para el Sr. Muñoz, en nombre de Murcia reconocida, la distincion mas alta que por servicios a la humanidad pueda conceder el Soberano.

¡Ah! Me parece poco, señores. ¿Qué es un título y una cruz, cuando tanto se prodigan los títulos y las cruces? Vale mas, mucho mas la gratitud de los favorecidos, el reconocimiento de cien mil murcianos, el aprecio de los hombres de bien de España, el aprecio y la admiracion de los hombres de bien de Europa entera, y el ver su nombre inscrito en una de estas lápidas de la Sala Capitular, en que la generacion presente legue su agradecimiento a las generaciones venideras. Todo esto vale mas que un título ó una cruz, y es todavia poco. El acto del Sr. Muñoz es tan raro, que no se tiene para el una recompensa, que no se sabe pagarlo. Pague Dios lo que no pueden pagar los hombres; paguelo, Aquel que dijo: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres»; y que dijo tambien: «El que da en la tierra atesora en el cielo.» ¡Paguele Dios, señores!

El pueblo, que llenaba las casas consistoriales, acogió estas palabras con frenéticos aplausos, victoreando á D. José Maria Muñoz y aclamándole como héroe de la caridad y administrador del Evangelio.

El tránsito hasta su alojamiento fué una

continuada ovacion, no dejando de recibir visitas y felicitaciones hasta que nos dispusimos á regresar á Alicante.

Durante el camino, como viese triste y pensativo á nuestro amigo, le pregunté:

—¿No va V. satisfecho de los actos que ha realizado?

—Voy reconocido á las distinciones de que he sido objeto, y nunca olvidaré las muestras de gratitud que me han dado los infelices á quienes hemos socorrido por el momento; pero llevo partido el corazón ante el cuadro de las desolaciones que se han ofrecido á nuestra vista y la ruina en que han quedado esas pobres gentes. Los datos que he conocido y lo que se cuenta de muchos pueblos de esta provincia y de la de Almería acongoja el espíritu.

—¡Qué inmensa catástrofe!

—¿Dónde encontrar recursos para remediar tantas necesidades y tanta desolación?

—Si todos hicieran lo que usted...

—Yo creí hacer algo con mis 40.000 duros, y veo que no tenemos para empezar,—contestóme el Sr. Muñoz y volvió á su silencio y á sus meditaciones.

Al llegar á Alicante el generoso anciano, que se encontraba dispuesto á repartir toda su fortuna entre los pobres, escribió y remitió á su destino la siguiente carta:

«Excmo. Sr. D. Mariano Castillo, dignísimo Gobernador civil de Murcia.

Alicante 31 de Octubre de 1879.

Muy señor mío y de mi mas distinguida consideracion: Despues de repartido mi donativo en esa capital, con la justicia y acierto que V. E. con su actividad y sobre todo con los hermosos sentimientos de caridad que abriga en su corazon y con que supo solemnizar ese acto, el mas sublime y conmovedor que se haya visto, me dijo V. E. que de las desgracias que tambien ocasionó la inundacion en Lorca, Almeria y Aguilas, que eran muchas y muy graves, apenas se hablaba de ellas.

Mi contestacion se redujo a decir que las sentia en mi alma como to'as, por cuanto creo desde niño y asi lo he venido practicando desde que he tenido uso de razon y medios de qué disponer sin perjuicio de mi familia, ni de nadie, en razon de que todos los desgraciados necesitados sean los que fuesen, son mis hermanos y tienen derecho al socorro que yo pueda y deba darles como honrado y como cristiano, y no teniendo allí el cuaderno de mi cuenta corriente con el Banco de España, no pude responder otra cosa ni obedecer en aquel momento a los impulsos de mi alma, pero ardía en deseos de regresar a esta su casa para cortar y remitir a V. E. como lo verifico sin per-

der tiempo con seguro de correo, dos talones que pagara a la vista el Banco de España, uno de cinco mil duros que destino a las ciencuenta familias que hayan sufrido mayor desgracia y esten mas necesitadas y empobrecidas por la inundacion de Lorca y su huerta, y otro de diez mil duros para las familias que se encuentren en el mismo caso de Almeria, Aguilas, y demas puntos de esa provincia, en que debamos enjugar las lagrimas de la desolacion y miseria causadas por la inundacion, rogando a V. E. se sirva dar conocimiento de estos donativos a las autoridades de Lorca y su junta de socorros asi como al Sr. Gobernador de Almeria a quien no escribo por falta de tiempo, a fin de que haga lo propio, suplicando a unos y otros en mi nombre firmen y justifiquen como V. E. hizo las listas de los que deban ser socorridos por mi mano en los dias 8 y 10 del próximo Noviembre respectivamente.

Sin poder continuar porque me ahogan las dulces emociones y porque tengo una fuerte irritacion a la vista, concluyo reiterandome de V. E. como su mas atento S. S. Q. B. S. M.—JOSÉ MARÍA MUÑOZ.»

Así daba suelta á sus sentimientos nuestro buen amigo, haciendo con estos arranques que no se apartaran de él los ojos de todas las gentes humanitarias, y que todos los corazones se identificaran con el suyo. Si hay algo que halague al hombre, despues de la satisfaccion de su propia conciencia, el Sr. Muñoz debió sentirse orgu-

lloso de haber conquistado en esta su primera expedicion tantas simpatias, tanto cariño y tanto respeto.

Mas el bondadoso anciano, estimando su conducta la mas natural del mundo, y como si nada extraordinario hiciera, sentíase agobiado por los homenajes que se le tributaban, y decia sencillamente á los que le rodeabamos:

—¿Pero qué hago yo, al repartir lo que no necesito, para que me distingan con tales demostraciones?

NUEVAS EXPEDICIONES.

Apenas repuesto el Sr. Muñoz de las fatigas de su primera expedición, decidióse á acudir en socorro de los infelices que mayores pérdidas habian experimentado en Lorca, Aguilas y Cuevas.

La inundacion pasó por aquellas comarcas tremenda y asoladora, sembrando el estrago y la muerte: nuestro amigo ardia en impaciencia por pasar por los atribulados pueblos, repartiendo la esperanza y el amor. Lastúrbias aguas arrastraron en su corriente el pan y el asilo de los pobres: él se consideraba dichoso devolviendo á los pobres el pan y el hogar perdidos. El relámpago brilló en el espacio y las nubes rompieron su hinchado seno, desatando sobre la tierra inmensa catarata: en la conciencia de nues-

tro noble amigo prendió una chispa divina y de sus labios y de sus manos brotaron palabras de consuelo y espléndidos donativos que alentaron á los que desfallecian, infundiendo fé en el porvenir á muchas familias hundidas en negra desesperacion.

Cuando todavia nos faltaba mas de una legua para llegar á Lorca, una numerosa comision compuesta de las autoridades y de los individuos que formaban la Junta de Socorros, salió impaciente y afectuosa al encuentro del Sr. Muñoz, mientras que millares de personas le aguardaban á la entrada de la ciudad, deseosas de conocer al que la fama proclamaba padre de los pobres. El eco de las aclamaciones que llegaban hasta nosotros, indicaba el entusiasmo que su aproximacion despertaba en las anhelosas muchedumbres.

No tardamos en dar vista á las primeras calles, que se hallaban llenas de gente, como todas las del tránsito, hasta la casa donde debia hospedarse el Sr. Muñoz, tanto, que los coches de la comitiva apenas podian moverse, y eran detenidos á cada paso por el pueblo que hacia las mas espresivas de-

mostraciones de reconocimiento y de cariño á su bienhechor.

Aquella misma noche celebróse una reunion en las casas consistoriales, con el objeto de que el alcalde hiciese la presentacion del Sr. D. José Maria Muñoz á la Junta de Socorros y al público que llenaba el salon de sesiones.

El presidente del Ayuntamiento dió las gracias á nuestro amigo por la visita con que honraba á Lorca y por el auxilio que á su gran infortunio se hallaba dispuesto á prestar; el Sr. Arcipreste encareció la alteza de la caridad que el Sr. Muñoz representaba en este acto, y para el cual, sin duda, prevenia Dios recompensas inmortales; el Sr. Gayon encomió la conducta del señor Muñoz, que no solo donaba á las victimas de la inundacion una gran parte de su fortuna, sino que impulsado por su amor al prógimo, venia á enjugar personalmente las lágrimas de los desgraciados; el señor Campoy puso en parangon las grandezas humanas, haciendo ver que el ilustre filántropo habia conquistado la mas imperecedera de ellas, la de la caridad, que le

daba derecho al afecto de los hombres y á la recompensa de Dios; el Sr. Mata felicitó al Sr. Muñoz por su llegada á Lorca, y á nombre de los pobres de la villa de Aguilas, le dió gracias por su caridad inagotable; los Sres. Mira y Lopez leyeron composiciones poéticas, inspiradas en el hermoso espectáculo que presenciaban; y todos los corazones latieron conmovidos y un sentimiento tan respetuoso como entusiasta dominó á todos los concurrentes, sentimiento que rompió sus diques en unánime aplauso, cuando el noble anciano, hondamente impresionado por tanta deferencia, pronunció estas dignas palabras, nacidas de su corazón generoso: «El deber de todo hombre honrado, es socorrer el infortunio de sus hermanos, y yo, que me precio de serlo, solo cumplo con mi deber.»

Terminado este acto conmovedor y entusiasta, el Sr. Muñoz fué acompañado por la Junta de Socorros y el pueblo á su alojamiento, donde, infatigable en su humanitaria tarea, estuvo enterándose de las necesidades de los pueblos que se proponía socorrer, mientras una banda de música

instalada á la puerta, le significaba el regocijo de la muchedumbre agradecida.

En la mañana del día siguiente tuvo lugar la distribucion del donativo, acudiendo al teatro lo mas escogido de la sociedad lorquina. El pueblo, que no cabia materialmente en el local, llenó los pasillos, el vestíbulo y la gran plaza, respondiendo desde allí á las aclamaciones que continuamente resonaban dentro del salon.

Teniendo á la vista el expediente donde constaban las informaciones practicadas, con las debidas certificaciones, el Sr. Muñoz, con solicitud paternal, puso en manos de los pobres su donativo, teniendo para todos palabras de consuelo y de cariño. Todavía, amigo mio, me siento dulcemente impresionado al recordar como aquellos infelices, enternecidos por tanta bondad, besaban la mano del Sr. Muñoz y se abrazaban á su cuello, derramando lágrimas de alegría que espresaban su agradecimiento, uniéndose á estas demostraciones el pueblo con repetidos vivas y aplausos.

El Sr. Muñoz repartió los siguientes lotes:

Once, de 2.520 reales cada uno.

Noventa y dos, de 1.260.

Dos de 1.000, para el hospital y los pobres.

Otros dos de 500, á dos pobres no incluidos en la lista.

Además entregó diferentes cantidades á determinadas personas, demostrando su discrecion y oportunidad.

Terminada la distribucion de donativos, los Sres. Gayon, Campoy y Miras, manifestaron al Sr. Muñoz el inmenso agradecimiento de Lorca, por el acto que acababa de realizar. Los Sres. Miras y Lopez leyeron poesias alusivas al acto; y antes de proceder á la distribucion del donativo del pueblo de Aguilas, cuatro linda niñas, que, como el Sr. Muñoz decia, se asemejaban á los ángeles de la Caridad, ciñeron la frente de éste con una blanca corona, símbolo del agradecimiento y afecto del pueblo de Lorca hacia el Sr. Muñoz.

Por la noche tuvo lugar, en las salas capitulares, una velada literaria y artística. Las Srtas. D.^a Melchora y D.^a Ascension Gomez lucieron en ella sus dotes admira-

bles para el canto; la Srta. D.^a Carmen Cánovas, arrancó acordes melodiosos al piano; leyéronse bellas poesias por los Sres. Lopez (D. José Maria), Mencion, Lopez (don Mariano), Gabaldon y Sanchez; el Sr. Moscardó leyó una sentida melodía oriental; otro artículo sobre la Beneficencia en España el Sr. Leonés, é hicieron uso de la palabra los Sres. Gayon, Diaz Cassou y Baleriola. Estos dos últimos, que acompañaban al Sr. Muñoz, como individuos de la Junta de Socorros de Murcia, el primero, y redactor del *El Imparcial*, el segundo, obtuvieron entusiastas y merecidos aplausos.

A la mañana del día siguiente, el señor Muñoz, acompañado de los Sres. Ayuso y Baleriola y de los alcaldes de Cuevas, partió para dicha ciudad, donde le aguardaban impacientes, como el ángel consolador de las desventuras.

He aquí los términos en que describió su entrada un periódico de la localidad:

«El hombre grande á quien España conmovida admira, pisó el domingo 9 de noviembre de 1879 el suelo de nuestra culta y hospitalaria ciudad.

Una comision compuesta de distinguidos patrios, le acompañó desde Lorca, y el pueblo todo

precedido del Ayuntamiento, salió á esperarle á dos leguas de la poblacion.

Nada mas espontaneo, ni recibimiento igual se hizo á personaje alguno. Los edificios públicos y las casas particulares se engalanaron con vistosas colgaduras: la música esparcía sus armoniosos sonidos por todas partes; versos, flores y palomas con vistosos lazos le arrojaban desde los balcones las mas bellas hijas de este pueblo, á su entrada triunfal, rodeado por el inmenso gentio que, henchido de gratitud y de entusiasmo, obstruía la carrera. El Ilustre Prelado, que le acompañaba desde Huercal-Overa, con su presencia daba mas brillantez á este acto.

D. José Maria Muñoz, antes de pasar al alojamiento que se le tenia preparado en la suntuosa casa de nuestro ilustrado y querido amigo el joven abogado D. Alfonso Gonzalez Grano de Oro Ponce, visitó las salas capitulares en donde en sentidas frases manifestó el caritativo objeto de su santa mision, en medio de las lagrimas de enternecimiento y júbilo de los concurrentes.

Por la noche estuvo iluminada toda la poblacion: se dió al Sr. Muñoz una magnífica serenata, durante la cual el numeroso público, que ocupaba todas las avenidas de su hospedaje, lo hizo salir varias veces al balcon en medio de los mas entusiastas vivas; despues estuvo en el Casino principal, donde se le obsequió, si no de la manera que á sus altos merecimientos cumple, con la adhesion mas grande, mas sincera y leal de un pueblo reconocido.

Los salones del Casino estuvieron concurridísimos, y los Sres. D. Gabriel Baleriola, correspon-

sal del ilustrado periódico de Madrid *El Imparcial*, y D. Adolfo Aycso, de Murcia, lucieron ante la sociedad sus dotes oratorias, como igualmente su númen poético nuestro estimado paisano y colaborador el joven abogado D. Pedro Flores Gomez con la lectura de la magnífica oda que insertamos á la cabeza de este número.

Los sócios del Casino acompañaron hasta su casa al Sr. Muñoz.»

Al día siguiente y en el teatro de Ayala verificóse la distribucion de 100.800 reales, en lotes de 2.520 y 1.260, prodigando nuestro amigo las mas afectuosas palabras de consuelo á los infelices cuyos dolores mitigaba, teniendo lugar interesantes y conmovedoras escenas.

Los palcos del coliseo estaban ocupados por numerosas señoras y en las demas localidades se apiñaban las personas mas distinguidas de la poblacion, las cuales descubiertas, en pié y con prolongados aplausos y entusiastas vítores, habian recibido al señor Muñoz á su entrada en el local.

Abierta la sesion, se fueron llamando por lista las personas agraciadas, siéndolo primeramente los huérfanos de padre y madre, Leonor Carrasco Garcia, niña de dos años de edad, y sus dos hermanos, Luis y

Andrés, de trece y diez respectivamente; y fué tal la impresion que produjo al Sr. Muñoz la angelical presencia de la niña, que conmovido exclamó:

—Esta niña, la menor de estos tres hermanos, perdió padre y madre... sí... pero encuentra en este momento otro padre, y siendo ya hija mia, me la llevo á mi casa de Alicante.

Y tomándola entre sus brazos la besó cariñosamente.

Este arranque generoso llegó al corazon del público, que prorrumpió en entusiastas aclamaciones, distinguiéndose las señoras, que agitaban sus pañuelos con regocijo, mientras que por las mejillas de todos los concurrentes corrian lágrimas de admiracion y de respeto hácia el hombre singular, todo espíritu y todo amor para sus semejantes.

Sucesivamente fueron presentándose los demás individuos que debían ser socorridos á los que el Sr. Muñoz les decia:

—Recibid en nombre de Dios esta cantidad, para que remedieis en parte vuestra desgracia.

Los pobres recibían sus donativos con asombro, y abrazaban y besaban las manos á su bienhechor.

Hecha la distribucion, los concurrentes pusieron de pié, y todas las señoritas subieron al escenario para colocar en la encanecida y venerable cabeza del Sr. Muñoz una elegante corona de flores, en cuyas cintas se leía la siguiente inscripcion: «Al angel de la caridad, las señoritas de Cuevas.»

Uno de los presentes, el Sr. Baleriola, hizo un oportuno discurso, enalteciendo los sentimientos caritativos del Sr. Muñoz y de cuantos le ayudaban en su noble empresa, y seguidamente el alcalde entregó al secretario del ayuntamiento, para que lo leyera, el acuerdo tomado aquella misma mañana, del que resultaba que la municipalidad habia declarado á nuestro amigo hijo adoptivo de la ciudad, decidiendo que en el salon de sesiones se colocara una lápida conmemorativa de su generoso rasgo y visita á aquella poblacion, y que se solicitase del rey concediera al Sr. D. José Maria Muñoz el título de Marqués de la Caridad, á que

se habia hecho merecedor por su humanitaria conducta.

A ruegos de varios de sus amigos, el presbítero D. Miguel Molina recitó un bellísimo soneto, que fué justamente aplaudido; y el Sr. Obispo, que presidia el acto, resumiendo todo lo que en aquella solemnidad habia ocurrido, hizo el elogio de la caridad representada en el Sr. Muñoz, dándose por terminada la sesion entre los videntes de la concurrencia, que acompañó al héroe á su hospedaje.

Olvidábame consignar uno de los mas bellos rasgos del hermoso corazon de nuestro amigo. Preparado todo lo necesario para llevarse á su hija adoptiva Leonor Carrasco, notó el Sr. Muñoz en los rostros de los tiernos hermanos de aquella, Andrés y Luis, el profundo sentimiento que tal separacion les producía, sin que pudieran consolarles las diferentes personas que presenciaban tan sentimental escena, y en uno de esos movimientos propios de las almas buenas y sensibles, dijo el virtuoso anciano:

—No cansarse, señores, estos niños que en tan temprana edad dan esas patentes

muestras de su grande y profundo fraterno cariño, no deben separarse de su hermana, y en la imposibilidad de dejarles á mi Leonor, me llevo á los tres, que desde este momento adopto y abrazo como hijos míos.

Aquellos niños, que no podían comprender la sublimidad de tales palabras, ni la importancia de tan noble determinación, impulsados sin duda por misterioso espíritu, estrecharon las rodillas de su nuevo padre y besaron con regocijo al ángel protector que la Providencia les había enviado; mientras todos cuantos presenciaban episodio tan patético, lloraban enternecidos, victoreando al Sr. Muñoz cuando se lo permitían los sollozos.

Por la noche celebróse una velada literaria en honor del popular filántropo, reuniéndose numerosa y escogida concurrencia en los salones de Valparaíso; y al día siguiente tuvo lugar la partida del señor Muñoz.

Si conmovedora fué su permanencia en Cuevas, aun mas entusiasta fué su despedida, pues el pueblo todo concurrió á dar el

último adios al varon respetable, cuya presencia habia enjugado tantas lágrimas y hecho renacer en el ánimo de los pobres consoladoras esperanzas.

En el camino de Vera dió el Sr. Muñoz el abrazo de despedida á cuantos le rodeaban; y el Sr. Obispo, haciendo latir en todas las almas los sentimientos mas puros, bendijo á los tres desgraciados huérfanos que nuestro buen amigo habia adoptado como hijos, y exclamó con voz grave y solemne: «Estos tres pobres huérfanos de la desgracia, que han encontrado una mano cariñosa que les sostenga en su desventura, representan la inundacion de las tres comarcas de Murcia, Alicante y Almeria, sobre los cuales recaerá la bendicion del cielo; pues si les arrebató sus padres la violencia del torbellino, Dios les dá un padre caritativo, tierno y bondadoso.»

El Sr. Muñoz y el Sr. Obispo se confundieron en largo y estrechísimo abrazo, y emprendieron la marcha seguidos á larga distancia por la entusiasmada muchedumbre, que al fin los vió desaparecer á lo lejos, vertiendo lágrimas de emocion y consuelo.

Estos hermosos espectáculos y estos sublimes actos de piedad, son los que forman el corazon de los infelices hijos del pueblo, desarmando sus pasiones y encaminándolas por la senda de la honradez y la moralidad.

EN ALICANTE.

Gratamente impresionados por las pruebas de afecto recibidas en los diferentes pueblos visitados en nuestra última expedición, regresamos á esta ciudad, siendo el Sr. Muñoz recibido por los alicantinos tan cariñosamente como cuando volvió de recorrer por primera vez las comarcas inundadas. La presencia de los tres huérfanos que acababa de adoptar, ganóle nuevas y mas intimas simpatías, mereciendo su resolución unánimes y entusiastas elogios.

Apenas instalado en su casa empezó á recibir cariñosas visitas y felicitaciones de lo mas distinguido de la capital, y muy expresivas cartas en que le demostraban su devoción y su gratitud muchas personas de las poblaciones por él auxiliadas con tanta oportunidad y largueza. Entre las comuni-

caciones y epístolas que diariamente llegaban á manos de nuestro amigo, merece ser leída la siguiente, suscrita por el Sr. Fernandez Rodriguez, que tantos actos heróicos llevó á cabo en Murcia, salvando con notable arrojo y grave peligro de su vida, la de muchos infelices arrastrados por las furiosas aguas del Segura. Creo que la estimará V. digna de figurar en su obra, y dice así:

«Sr. D. José Maria Muñoz.

Muy señor mio y distinguido amigo. Grande ha sido mi satisfaccion al saber por telegrama su feliz llegada y la de sus hijos adoptivos; no esperaba menos del pueblo de Alicante al recibir á ustedes con las consideraciones de que son dignos; ese bendito pais que hoy tiene la gloria de que bajo su hermoso cielo viva el hombre que ha dado ejemplo al mundo con su infinita caridad: Alicante solo era acreedor á añadir á sus glorias otra mas, al contar en el número de sus habitantes á D. José Maria Muñoz, en quien Europa entera reconoce al ser privilegiado que imagen perfecta del Hacedor, salva á sus semejantes de la miseria, cubre sus desnudas carnes, aunque reciba como aquel divino Maestro la execracion y el ultrage del pueblo ignorante que no comprende tan sublime obra. Este pueblo que á V. puede calificar ligeramente, no es el pueblo del trabajo, no es el pueblo del corazon; no es el artista honrado, ni el infeliz labriego; es sí, parte de esa aristocracia envilecida que

aspirando los perfumes de suntuosos palacios envueltos en rica seda y gozando á su manera, no miran las desgracias de sus hermanos; los califican de seres abyectos indignos de su conmiseracion, no se dignan ni aun dirigirles el mas grave saludo: se creen rebajados al bajar á la morada del pobre á escuchar sus penas y calmar sus aflicciones; son esplendidos en sus festines; miserables como su corazon en su prodigalidad para el pobre: si algun dia hacen una obra meritoria á los ojos del mundo, es por vana ostentacion y aunque hay algunas excepciones en esta clase que no puedo por menos de reconocer, en su generalidad fotografió sus instintos y pongo á V. de relieve sus naturales condiciones: este es el mundo, querido Muñoz; este es el mundo, querido hermano, donde V. se ha lanzado á llevar los consuelos á los desgraciados de estas provincias, á derramar el oro que constituia su fortuna ganado con el trabajo y la laboriosidad, aminorar sus necesidades mas precisas, careciendo tal vez de lo necesario para aliviar las penas de sus semejante, echando sobre sus hombros la pesada carga de la educacion de tres niños huérfanos que la Providencia á usted ha confiado; pero no se arrede; Dios que de sus alturas vé el corazon de los hombres, sus instintos y condiciones, velará por esos infelices huérfanos é iluminará su clara imaginacion, para que complete su empezada obra, y este ejemplo no conocido hasta el dia hará comprender á todas las clases sociales que el mundo camina rápidamente á su perfeccion, destruyendo las rancias preocupaciones de nuestros antepasados, y llevándonos impulsados por la imperiosa necesidad de la perfeccion humana, á consumir la obra de

Dios, esplicada en sus palabras de «sed hermanos, amaos los unos á los otros;» lo cual ha de cumplirse llevando siempre por lema esa caridad santa, que V. practica y que ha de ser la semilla que fructifique en esta tierra digna de mejor suerte.

Le suplico haga extensivos mis afectuosos recuerdos á sus amigos que lo son míos y á mis hermanos del pueblo de Alicante á quienes tendré el gusto de visitar en breve, y con besos á nuestros queridos niños, recuerdos de mi familia toda, se repite como siempre su afectísimo amigo y hermano, Q. B. S. M.—RAFAEL FERNANDEZ.»

Estimulado por las repetidas demostraciones de que era objeto y por el aplauso universal que su conducta merecia; al par que impulsado por los movimientos de su alma compasiva y generosa, el Sr. Muñoz cerró por completo su voluntad á toda solitud egoista ó de personal interés, y olvidando las exigencias del porvenir y las necesidades que apremiarle pudieran en los últimos dias de su delicadísima y enferma existencia, no escuchó mas voz ni mas consejo que el de su austera conciencia, y afirmóse mas y mas en su propósito de repartir su fortuna entre los menesterosos y consagrar todos los dias de su vida á la práctica del bien y de la caridad.

Hastiábanle las horas que trascurrian

sin dedicarlas á la realizacion de algun acto benéfico, y consideraba dia perdido aquel en que no enjugaba alguna lágrima ó ponía remedio á alguna apremiante necesidad. Solo dormía tranquilo y satisfecho cuando, á solas con su espíritu, repasaba en su memoria los beneficios que habia dispensado en las últimas veinticuatro horas, y combinaba en su imaginacion, ya debilitada por el sueño y la fatiga, el programa de las acciones benéficas que habia de llevar á cabo al despuntar la nueva aurora.

Dominado por esta santa mania, y mientras organizaba nuevas expediciones para llevar auxilios materiales y piadosos consuelos á las inundadas comarcas, decidióse nuestro amigo á distribuir el donativo que tenia hecho para aliviar la suerte de los pobres de la huerta de Alicante, cuyo campos estaban yermos y agostados.

Debian repartirse 60.000 reales entre las doscientas familias mas necesitadas; y en verdad que me faltan palabras para expresar las emociones experimentadas ante el hermoso espectáculo que ofrecian los anchos salones de nuestra casa consistorial, inva-

didos por la multitud que deseaba con avidez presenciar cómo se enjugaban las lágrimas del infortunio por la mano benéfica de la caridad.

Leíase en la faz macilenta de todos los socorridos un mundo de privaciones y de amarguras, y muchos de aquellos infelices, al tocar en sus manos encallecidas por el trabajo los 300 reales que les correspondían, juzgaban que era una ficción de su deseo; mas no era ilusoria su alegría, pues allí, simpática y bondadosa, estaba la persona de su bienhechor, que les sonreía y les alentaba con palabras fraternales, mientras colocaba en sus manos el socorro que había de remediar por el pronto el hambre de sus pequeñuelos.

El acto fué presidido por el gobernador de la provincia, y en él dióse lectura á la carta que á la referida autoridad dirigió el donante, y los acuerdos adoptados por la digna Junta constituida para cumplimentar equitativa y formalmente el pensamiento de nuestro caritativo amigo, el cual indicó su propósito de hacer extensivos sus beneficios á muchos otros infelices braceros

que no habian recibido socorro, por no haberse formado por los alcaldes pedáneos y curas respectivos las necesarias listas.

La reunion dióse por terminada, dedicándose por muchos de los concurrentes afectuosas palabras al Sr. Muñoz, y recibiendo éste las bendiciones de los padres de familia que acababa de socorrer y alentar para que sufriesen resignados la escasez que los agobiaba hasta que, calmados los rigores de la naturaleza, volvieran á encontrar en el trabajo la abundancia y el bienestar de sus hogares.

Como en mi carta anterior y en esta me he referido á los tres huérfanos que nuestro amigo adoptó en su visita á Cuevas, creo oportuno cerrar mi epístola de hoy copiando las siguientes líneas, en que el Sr. Muñoz, dirigiéndose á D. Pedro Díaz Cassou, le daba algunas noticias referentes á aquellas interesantes criaturas:

«Sr. D. Pedro Díaz Cassou.

Alicante 23 de Noviembre de 1879.

Mi querido é inolvidable amigo: hasta ahora que acabamos de repartir solemnemente mi último donativo de tres mil duros á los infelices de esta huerta, no he podido dedicar un momento á mis

amigos y tengo el gusto de participarle hicimos el viaje de regreso felizmente entre aplausos y ovaciones entusiastas. Los chicos huérfanos que traje, ya están vestidos elegantemente y uno irá mañana al colegio de Santo Domingo de Orihuela, á cargo de su ilustrado y benéfico Rector; el otro seguirá á mi lado y ya asiste al colegio, y la niña ha sido prohibida por un matrimonio bien acomodado sin hijos que la quiere con delirio; de modo que estos niños ya están bien acomodados y mi satisfaccion por ello es inmensa como inmenso es el plaacer de mi alma y la alegría de mi corazon siempre que tengo ocasion de hacer algun bien.

He sido invitado á ir á la gran solemnidad que se prepara en Paris á favor de las víctimas de la inundacion y se me ha pedido retrato y biografia que inédita remitiré, porque las publicadas son inexactas y sin mi conocimiento.

Si el tiempo y la salud lo permiten es posible que vaya, pues ando delicado y en Paris hace mucho frio.

Sin otra cosa y con un abrazo para su señor padre se repite suyo afectisimo y agradecido amigo—JOSÉ MARÍA MUÑOZ.»

OTRA EXPEDICION.

Grato recuerdo conservaba nuestro amigo de Huércal-Overa, á pesar de no haberse detenido en ese pueblo mas que breves momentos, á su paso para otras poblaciones que demandaban urgentísimos socorros. En su deseo de complacer á las innumerables personas que solicitaban su visita, y propuesto á hacer algo en favor de la desventurada comarca, en seguida que terminó el reparto de su donativo entre los pobres de la huerta de Alicante, remitió una carta al director de *El Horizonte*, anunciándole su próxima llegada.

Inmediatamente constituyóse en sesion permanente la Junta de Socorros, acordándose entre otros particulares, nombrar una comision presidida por el alcalde, que saliera á recibirle al limite de la jurisdiccion; y

desde las primeras horas del día señalado para nuestra llegada, pues yo le acompañaba como en las anteriores expediciones, una inmensa concurrencia invadía las calles que desembocan á la carretera de Lorca, extendiéndose por ella á mas de un kilómetro de la poblacion. En los semblantes de todos se retrataba el júbilo y la impaciencia de que se hallaban poseidos.

A las tres de la tarde, una aclamacion general y los acordes de la música anunció al pueblo la aparicion del deseado huésped, el cual mucho antes de llegar á las primeras casas tuvo que apearse del carruage, siendo conducido en triunfo hasta el alojamiento que le tenian preparado.

Fórmese V. idea del recibimiento por las siguientes líneas que copio del artículo que un periódico de la localidad escribió con motivo del fausto suceso:

«Jamás hemos presenciado una ovacion comparable con la verificada á D. Jose Maria Muñoz en Huércal-Overa. Si quisiéramos condensar las ideas que se ago'pan á nuestra mente y los mil y mil detalles que presenciarnos, seria tarea ardua para nosotros y la pluma se nos declararia impotente para describirlos.

Cuando un pueblo siente, no pueden transmitir

se al papel sus emociones; es preciso tocarlas para comprenderlas.

¿Cómo nuestra modesta pluma ha de poder reseñar, aun cuando sea a la ligera, los encontrados episodios que á cada paso se sucedían? ¿Quién es capaz de trasladar al papel las lágrimas que abundantes se derramaban por las víctimas de la inundacion que solo cifraban su consuelo en don José Maria Muñoz? ¿Quién podría describir un cuadro de lágrimas por acá, vítores por allá; y que hasta las personas mas indiferentes se conmovían?»

Instalado el generoso anciano en casa del alcalde, y constituida en sesion la Junta de Socorros, el Presidente expuso la conveniencia de atender, como primera necesidad, á los reparos del cauce en construccion para las aguas potables que habian de abastecer al vecindario y que por las pasadas inundaciones se encontraba en ruina.

Uno de los presentes, el Sr. Mena, llamó la atencion de D. José Maria Muñoz sobre la utilidad de este proyecto, añadiendo que con él se podría socorrer á los que por la inundacion habian quedado reducidos á la condicion de tristes braceros, sin otro auxilio que la caridad pública, y de ese modo encontrarían ocupacion y el vecindario recibiría inmensas ventajas, poseyendo un

elemento de que carecia en absoluto y sería el medio mas equitativo de distribuir su limosna.

El Sr. Muñoz hizo presente su deseo de reconocer personalmente las obras, idea que fué aceptada con júbilo; y sin descansar ni temer á lo desapacible de la tarde, marchó con una comision de la Junta, reconociendo un gran trayecto.

A su regreso, que fué bien entrada la noche, se acordó distribuir una limosna de 2.000 reales entre las familias mas necesitadas, entregando nuestro amigo á la Junta quinientos duros, para que con ellos y con lo que se recaudase por la suscripcion pública iniciada, se procediera á la reparacion y continuacion del cauce.

En vista del interés demostrado por el Sr. Muñoz, por unanimidad se le eligió presidente honorario de la comision encargada de dirigir los trabajos, quedando á su propuesta reorganizada la Junta de Socorros de manera que pudiera llenar cumplidamente su delicadísimo y difícil cometido.

Resueltos varios particulares de impor-

tancia, el Sr. Muñoz despidióse hasta dentro de pocos dias, y acompañado de la poblacion en masa dirigióse á la carretera, donde le esperaba el carruaje para conducirlo á Cuevas; siendo saludado al partir con las mas entusiastas aclamaciones.

La Junta de Socorros, interin regresaba el que tanto se hallaba dispuesto á hacer en favor de Huércal-Overa, acordó por unanimidad: que al cauce para la conduccion de aguas á la poblacion se le llamase *Canal de Muñoz*; que á la plaza de la Iglesia se le pusiera *Plaza de Muñoz*; que se le erigiese una estatua por suscripcion popular en la dicha plaza; que se grabara una lápida conmemorativa de su humanitaria visita, y que el dia que se colocara se declarase fiesta popular; que se extendiese acta por el Ayuntamiento, asociados y Junta de Socorros, nombrando á D. José Maria Muñoz hijo adoptivo de Huércal-Overa; que tanto el Círculo como los dos casinos, le remitieran el título de socio honorario; que las fuentes que debian construirse tuvieran una inscripcion alusiva al objeto, llamándose la principal de ellas *Fuente de Mu-*

ño; y por último, que se le diera un testimonio público de reconocimiento, en la forma que se estimara mas conveniente. La redaccion del periódico *El Horizonte*, como tributo á la caridad del espléndido anciano, le nombró su director honorario, decidiendo que así se consignara en adelante á la cabeza de todos sus números.

Pontualmente cumplió su ofrecimiento el Sr. Muñoz. A los dos dias entraba de nuevo en Huércal-Overa, siendo recibido con delirante entusiasmo. La poblacion entera salió á esperarle á larga distancia, patentizándole su respeto y su cariño.

Por las calles del tránsito fué vivamente aclamado, arrojándosele desde los balcones poesias, palomas, flores y coronas por las señoritas y sócios de los casinos: las casas hallábanse adornadas con colgaduras y luciendo vistosas iluminaciones. La redaccion de *El Horizonte* habia levantado un arco en la calle de la Iglesia, al desembocar á la plaza hoy de Muñoz, adornado con follaje, guirnaldas, banderas y gallardetes, y la comision de Socorros otro, á la entra-

da de la calle de Jesus, tambien dirigido con esquisito gusto.

Casi sin descansar nuestro amigo, constituyóse en junta la Comision de Socorros, que presidía, tomándose oportunos acuerdos relacionados con la inauguracion de los trabajos del cauce, cuya ceremonia virificóse al dia siguiente, colocándose la primera piedra por el Sr. Muñoz, que con este motivo hizo un breve pero elocuentísimo discurso, á cuya conclusion le fué ofrecida una corona por el Sr. Sanchez Rubio, á nombre de la ciudad. Al regreso del acto le presentaron otra varias niñas, en representacion de la juventud.

Los pobres mas necesitados fueron socorridos con algunas cantidades; y la esperanza renació entre los braceros, al ver que la presencia del Sr. Muñoz contribuia á vencer los obstáculos que se oponian á la realizacion de una obra de tanta utilidad y en la que iban á encontrar ocupacion muchos infelices anhelosos por trabajar.

Para facilitar los medios de reunir todos los fondos necesarios, acordóse emitir acciones al tipo de doscientos reales cada una,

estimulando á todos el Sr. Muñoz que encabezó esta suscripcion cubriendo cincuenta acciones.

Con el fin de constituir en propietarios á muchos pobres, decidióse que de todas las acciones se hicieran láminas intransferibles y reintegrables con un seis por ciento, cuando las aguas fueran produciendo, y se les entregaran á los cabezas de familia que mas hubiesen sufrido por efecto de la inundacion.

Instalado nuestro amigo en la casa del alcalde, fué obsequiado con una serenata, y el público inmenso que obstruia la calle, pidió entre aplausos que salieran á los balcones D. José Maria Muñoz y algunos de los señores que les acompañaban, á lo que accedieron, pronunciándose muy sentidos discursos. El del Sr. Muñoz electrizó á la muchedumbre. Hé aqui lo que dijo, sacando su alma á los labios:

«Con justicia y entusiasmo habeis aplaudido á los que con tanta elocuencia y oportunidad acababan de hablar, y quereis que yo os dirija la palabra sin tener costumbre de hablar en público y sin saber lo que he de decir, cuando estoy emocionado por la presencia de las victimas de la

inundacion y de toda la ciudad, que ha venido á honrarme con festejos y aclamaciones que nunca olvidaré.

El reparto hecho en este dia de mis donativos y la religiosa coremonia con que hemos comenzado los trabajos del canal y depósito de aguas potables de que careceis en absoluto, son ciertamente motivos para que tengais esa alegria frenetica por tan fausto suceso, conque demostrais tambien el aprecio de mis actos, encaminados al logro de lo mas necesario á esta poblacion.

Es tan grato para mí, como para vosotros, que esas familias desamparadas y perdidas por la mas desastrosa y horrible inundacion, vuelvan desde mañana, á la vida activa y saludable del trabajo; toda vez que para ello, han recibido tanta cantidad en dinero, como valian los bienes que han perdido y porque despues de esto, veis tambien lo que no esperabais, lo que mas os importa, y es, que por mi afortunada mediacion, se han vencido todas las dificultades que contrariaban los esfuerzos de un siglo que hace se proyectaron diversos trabajos para traer de tan lejana distancia las riquisimas aguas que seguramente vereis correr dentro de tres ó cuatro años en las fuentes de vuestras calles y plazas; pues antes que se acaben los fondos que para este importantisimo propósito os dejo, vendrán otros de las suscripciones que ya promueve la caridad, y no lo dudeis, todos haremos cuantos sacrificios, gestiones y diligencias sean necesarias, dentro y fuera del país, para traer recursos con que sostener las obras por mis manos hoy comenzadas, lo cual como ya he indicado, es el suceso que determina el mayor de los beneficios necesarios, a la dicha de este pueblo.

Tambien dejo algunos fondos a favor de los enfermos que ha causado la inundacion, para que no carezcan de lo necesario a su asistencia y con lo cual quedan satisfechos los piadosos deseos de las señoras que componen la Junta de Beneficencia, a quienes rindo desde este balcon el mas sincero testimonio de consideracion y el mas rendido homenaje, por su caridad y tierna solicitud en favor de los pobres enfermos. Al virtuoso párroco de Santa Maria he dejado asimismo socorros para las muchas familias de obreros enfermos, que gimen por la miseria y el hambre en los inmundos rincones de sus hogares, desde que a consecuencia de la catástrofe que lamentamos, carecen de trabajo y jornal.

Me despido de todos vosotros desde aquí, despues de haber cump'ido la mision que me impuse y me ha traído a este pueblo, y al dejarlo llevo gozoso mi corazon por las satisfacciones que me proporciona el bien que he podido hacerla; satisfacciones que colman todas mis aspiraciones, que no son otras que las de ser útil a los desgraciados, y solamente llevo que sentir, el llanto de los que han perdido seres queridos, que arrastrados por el torbellino de las aguas, fueron a la gran sepultura del mar! Ese dolor cesará con el tiempo, por que el tiempo es el que alivia y consuela a los que lloran por tales desdichas.

Restame dar las gracias mas espresivas a la poblacion entera que me escucha y me ha honrado con su presencia, en los actos de que se ha hecho mérito.»

Los aplausos y demostraciones que se hicieron para que volviera el Sr. Muñoz á

salir al balcon, le obligaron á presentarse, manifestando que á lo dicho nada tenia que añadir y que por hallarse fatigado se le permitiera retirarse á descansar. Mas, se repitieron las aclamaciones, y presentándose algunas señoras en comision, con el empeño de que se ocupara de los actos benéficos que en otros pueblos la fama le atribuia, resignose y dijo:

«Voy á hablar sin saber de qué, solo por complacer á las señoras que son las que mas lo desean y las que mas derecho tienen á mis atenciones y consideraciones, porque siendo mas sensibles y piadosos sus corazones que los nuestros, á ellas llega primero el eco de los lamentos de la desgracia; pero no espereis el relato de mis actos benéficos como quereis, ni de los sucesos que van en pos de una vida tan accidentada y aventurera como la mia; pues no solo se oponen á ello miramientos decorosos, sino que para manifestarlos seria necesario mucho tiempo, y por otra parte son algunos de aquellos tan raros, que apenas serian creidos, y por la idea de que se dude de lo que diga, que jamas he faltado á la verdad ni cometido ningun acto indigno, guardaré silencio sobre mis hechos privadamente, y solo hablaré de los que son de actualidad, empezando por dar al aire desde aqui ciertas quejas que me entristecen por la injusticia que las motiva, pero que no me acobardan.

Dia vendrá y no está lejano, en que se pueda decir lo que ahora debo callar; mas diré lo bas-

tante para demostrar, que tambien sobre mí habia de venir el aguijon venenoso de la fatalidad, que parece determina la ingratitud humana para ser siempre injusta y cruel con sus bienhechores, a quienes tarde ó despues de años y siglos suele recordarlos y bendecirlos.

No tengo méritos ni pretendo alistarme entre esos heroes sacrificados por hacer el bien de socorrer, ilustrar, guiar, aliviar los males y aflixiones y de salvar a sus semejantes de las tiranias de que son esclavos; pero he sufrido, por lo poco que yo haya hecho en favor de los desgraciados tales disgustos, que mas de una vez han comprometido mi existencia, dimanados únicamente de la caridad a pesar de haberla practicado siempre que he podido, sin perjuicio de nadie y sin otro movil que el de obedecer a los impulsos de mi corazon y a los ideales que sustentan mi espíritu. Y cuando mas hago en alivio de las desdichas humanas, como sucede ahora con las víctimas de la inundacion, mas se aumentan esas agresiones y disgustos, lo cual os parecerá increíble.

Pero nada mas cierto que esto y que sea injuriado y calumniado por la envidia y por los miserrables que despues de estafarme, aprovechando la ocasion con que les brinda la mision que mi voluntad me impuso y traigo a los países inundados, abusando de mi confianza en la informacion, notas y listas que les he pedido de aquellos desgraciados y de habermo molestado con exigencias no satisfechas por indebidas, me han delatado a las autoridades de palabra y con anónimos fundados en que mas que a los inundados, reparto el oro de mis donativos a ciertas gentes que alborotan y producen el entusiasmo con que soy recibido

en las poblaciones por donde paso, con el siniestro objeto de preparar y llevar a cabo, la realizacion de fines politicos, perturbadores; y por esto se me vigila como sospechoso, complaciéndose en ello los bribones y egoistas a quienes incomodan y avergüenzan mis ejemplos de pura y sincera caridad, en vez de aplaudirlos como vosotros y de estimarlos como a ello están obligados, pues manda Dios que demos a los necesitados lo que tengamos de superfluo.

Esto es lo que yo hice siempre y hago ahora, ya lo veis; pero esos hombres cuya conciencia está envilecida y pervertido su corazon, no son capaces de dar un pedazo de pan a los que mueren de hambre y solo tienen valor para calumniar y dañar segun se há dicho, al hombre honrado que abraza sentimientos de humanidad y no explota como ellos a las clases menesterosas, en vez de ampararlas en sus infortunios.

Ahora comprendereis el motivo que tuve para decir cuando pasábamos hoy por los arcos de cintas y flores, que no me querian bien los que confundian ó mezclaban mi nombré con vivas y aclamaciones de carácter político, rogándoles se abstuviesen de repetirlos, para evitar medidas desagradables para mi y tal vez para ellos, y que tuviesen entendido que mis propósitos de siempre al practicar el bien, tenian por objeto único, llenar el deber de socorrer a los desgraciados, que sean los que fueren y vengan de donde vinieren, son nuestros hermanos todos los individuos de nuestra especie y tienen derecho a esto y a cuanto tengamos de supérfluo segun la doctrina cristiana; y no es hombre de bien el que teniendo medios sobrados para sí, desatiende sin remordi-

mientos a sus semejantes pobres, hambrientos y enfermos.

He dicho en otras poblaciones y lo repito aquí, ya que es oportuno, que no pertenezco a ninguna sociedad secreta, ni a ningún partido político, desde que por fortuna de España, tuvo lugar el convenio de Vergara, que puso fin a la mas terrible y cruel de las guerras civiles. Hasta entonces fui partidario de la causa de D. Carlos y estuve en los campos de Navarra defendiendola siete años, bien a mi pesar, no solo por haber perdido en ella al mejor de los padres y a otros seres de mi familia y derramado muchas veces mi sangre, sino porque los horrores de esa guerra sin cuartel ni tregua, hasta 1835 que se hizo el tratado de los Eliot, para respetar la vida a los prisioneros. Entonces cambiaron por completo mis ideas y creo que nadie tiene derecho para convertir al hombre en instrumento ó causante de esos horrores, que solo aprovechan a los que yo llamo verdugos de la humanidad.

Allí vi con claridad, cómo se forman, y lo que son, las instituciones que nacen de tales horrores, ó lo que es lo mismo, diezmando a sangre y fuego a la pobre humanidad. ¿Pero qué y para qué? Pues para que despues de subyugada por las tiranias de los vencedores, dar éstos satisfacion a la soberbia, al orgullo, a las ambiciones y toda clase de concupiscencias, haciendo suyo el fruto de los que trabajan.

Al ver que los tiranos promueven esas guerras, que derraman a torrentes la sangre humana en provecho suyo, sin sentir un dolor ni exponer su vida, mi razon me separó para siempre del antiguo régimen; y para que sepais mi modo de ver

en política, ya que así lo deseais, diré, que la institución que sostenga el imperio de la justicia que tanto echo de menos, sea cual fuere su forma, esa es la de mi gusto; pero sin que nadie por ningún motivo ni pretesto pueda quebrantarla, pues la justicia debe estar sobre todos los organismos sociales y sobre la voluntad y facultades de los hombres sin excepcion alguna, y solo así, es como debe entenderse y practicarse la justicia, para lograr el bien posible de todos.

Esta enseñanza me la han dado las batallas, las emigraciones, las miserias, los trabajos concernientes a mis negocios y empresas industriales a que he consagrado mas de cuarenta años, mis desvelos para obtener beneficios, las contiendas políticas, y por último la historia de los sucesos humanos, que es el libro que mas y mejor instruye acerca de lo que en alta voz acabo de manifestar, para que se sepan mis opiniones y para desmentir a los que han propapalado, que mi caridad para con los inundados de las provincias de Levante implica fines políticos, segun unos en sentido Republicano y segun otros Socialista, acaso esto último porque he dado a los obreros del trabajo material, el consejo de que se asocien para aprovecharse de lo que producen y socorrerse en sus conflictos, como lo hacen los ricos y demas clases privilegiadas, cuya asociacion debe servirles de enseñanza para imitarlas y con ella alcanzar el remedio de sus males.

Tambien encontrarán testimonios que determinan la sinceridad con que he venido ejerciendo la caridad, en las casas de socorro y Juntas parroquiales de Madrid, en mi pueblo, y en todos los demas en que haya tenido residencia de cuarenta

años, a esta parte; y al propio tiempo indicaré que a nadie he molestado ni significado aspiraciones de ningún género, y que mi protección en favor de las clases pobres que trabajan, es justa y necesaria, por la utilidad que prestan a la sociedad, hasta ahora sin la debida recompensa.

Así pues, los hombres superiores por sus talentos, por sus virtudes y por sus riquezas deben servirnos de guía y encaminarnos por los senderos de la justicia y de la caridad, toda vez que estriba en esto, el bien y la dignidad de todos los individuos de nuestra especie, ya sean blancos ó negros y sean las que fueren sus opiniones y creencias religiosas.

Réstame hacer constar que los bienes que poseo, vienen del trabajo honradamente por mí empleado en la explotación de minas de estaño en las cuencas del Duero de Bermillo de Sayago, provincia de Zamora; en la fundición de hierro dulce con forja a la catalana en fábrica por mí construída de nueva planta en San Pedro de la Nave; en la compra y venta de acciones de las minas Ricas de Plata de Huelmo de la Encina; en la compra y venta de harinas y tabacos de regalía en Madrid, Barcelona y Cadiz; en la compra y venta de terrenos de la montaña del Príncipe Pío y Fuente Castellana de Madrid; en la compra de solares y casas viejas de Madrid para reformar unas, levantar otras de nueva planta y venderlas despues; en la compra de fincas rústicas y censos de bienes nacionales para venderlos fraccionados; en la compra de créditos contra el Estado para liquidarlos en la Deuda pública, principalmente los respectivos a indemnizaciones por daños causados durante la guerra civil de los siete años, y en

la contratacion en Bolsa de efectos públicos. He aquí cómo y en dónde he adquirido los bienes que poseo y de que vengo disponiendo.»

Estos arranques de sinceridad y estos gritos que la injusticia de los envidiosos y de los malvados arrancaban á un corazon noble y compasivo, fueron sofocados por las bendiciones y los aplausos de la muchedumbre conmovida, que en el acento de verdad, en la mirada franca del orador y en la energia que presta la razon, veia por entero el pensamiento y las aspiraciones de aquel honradísimo anciano, y se identificaba con la pureza de su conciencia y lo elevado de su espíritu.

Inútil creo decirle á V., que despues de haber abierto nuestro amigo su alma á los habitantes de Huérca-Overa, éstos correspondieron á su franqueza y lealtad, haciéndole una despedida tan tierna y tan entusiasta como no he presenciado otra en ninguno de los pueblos recorridos.

¡MAS DE DOS MILLONES!

Por iniciativa de la prensa malagueña y con la cooperacion de varias distinguidas persona á quienes alentaba el patriotismo y el mas profundo reconocimiento hácia Francia, por su noble y humanitaria conducta en favor de los inundados de Levante, celebrese un banquete en honor de la colonia francesa residente en Málaga, la cual aceptó el fraternal homenaje, asistiendo en masa presidida por su cónsul. A esta demostracion se asociaron las autoridades y representantes de todos los círculos y corporaciones, revistiendo el acto extraordinaria importancia.

Al llegar la hora de los brindis, se pronunciaron oportunos y elocuentes discursos por el Sr. obispo, por los gobernadores civil y militar, por el decano de los periodis-

tas malagueños D. Santiago Casilari, por el comandante de marina, por el cónsul de Francia, por el Sr. Loubére y algunos otros de sus compatriotas, por los Sres. Saz, Muñoz Cerissola, Souviron, Verdugo, Jerez Perchet, Diaz de Escovar, marqués de la Paniega y Abela, patentizando todos sus sentimientos humanitarios y sus simpatías por la nación generosa que tanto se interesaba en nuestras desgracias.

El autor de este libro, que como periodista habia sido uno de los organizadores del banquete, en el momento de mayor entusiasmo levantóse y dijo:

«Toda vez que se trata de manifestaciones de reconocimiento, y de pagar deudas sagradas, yo reclamo vuestra atencion, rogándoos que atendais mi súplica, y acudamos esta noche al cumplimiento de un deber que la conciencia impone á toda la España humanitaria.

Existe en nuestra patria un anciano, cuyo nombre hace latir todos los corazones, y despierta todas las simpatías, y ha adquirido en poco tiempo inmensa y honrosa celebridad.

A su paso, las gentes distinguidas le saludan respetuosamente, las muchedumbres le admiran, los viejos le bendicen, y los niños le tienden los brazos y le envían sus angelicales besos.

Cuando entra en una poblacion, las campanas anuncian su llegada, las músicas le reciben con

sus himnos, la gratitud le victorea, las damas agitan sus pañuelos desde los balcones, las hijas del pueblo echan flores en el suelo que ha de pisar, y los huérfanos le llaman padre, y mujeres enlutadas corren a besarle las manos, dejando en ellas lagrimas que simbolizan su regocijo por llegar á conocerle y su agradecimiento por el beneficio recibido.

¿Quién es este hombre extraordinario? ¿Es acaso guerrero victorioso, que vuelve entre los suyos cargado de coronas y de banderas enemigas? ¿Es el pintor ó el poeta, vencedor en los palenques del genio, que recoge las ovaciones conquistadas por su talento y su inspiracion? ¿Es el popular tribuno, que enardece y levanta los espíritus con la magia arrebatadora de su palabra? ¿Es, en fin, arrogante monarca que visita los dóciles pueblos de su imperio?

No.—Ese anciano, tan respetado y tan querido, ni es el guerrero triunfante, ni el artista laureado, ni el ardiente tribuno, ni el orgulloso emperador. Ese anciano, es un hombre que siente, un alma, una conciencia, un caracter: tal vez una protesta al egoísmo y a la indiferencia de los que, pudiendo imitarle, necesitan para descorrer los apretados cerrojos de sus repletas arcas, que les estimule la espuela del ejemplo ó que cruja sobre sus cabezas el látigo de la critica. Ese anciano á que me refiero, es el héroe de la Caridad, como le llaman los murcianos y los alicantinos.

Señores: toda vez que esta reunion, donde rendimos culto a la nobleza del pueblo francés, es una consecuencia de las catástrofes de Levante, dediquemos un recuerdo a la figura mas grande que se ha levantado en España enfrente de las de-

solaciones de la naturaleza; enviemos un aplauso y un fraternal saludo á D. José María Muñoz, al héroe de la Caridad.»

Recibidas estas palabras con general benevolencia, no por el mérito que ellas tuvieran, sino por la intencion que las inspiraba, se acordó por unanimidad enviar un testimonio de afecto al Sr. Muñoz, redactándose el siguiente telegrama:

«Alicante.

D. José María Muñoz.

Reunida la prensa malagueña con autoridades y representantes de varias corporaciones y muchas otras perronas amigas de Francia, celebrando banquete de gratitud dedicado al Cónsul y colonia francesa, con motivo brindis Carrion acordose unánimemente enviaros un aplauso y un fraternal saludo, proclamandoos héroe de la Caridad.—Presidente comision, *Santiago Casilari.*»

Dispensen los lectores que haya copiado de algun periódico de la época frases y conceptos que no merecen la reproduccion; pero al consagrar estas páginas al héroe dé la Caridad no he querido que pasase desapercibida la demostracion que los mas autorizados representantes del pueblo de Málaga le hicieron, y para ello he tenido que dar á conocer el brindis que motivó el anterior telegrama.

Ademas, en mis palabras de aquella noche se condensa el efecto que la presencia del Sr. Muñoz producía en los pueblos que iba recorriendo, y esto facilita mi relato; pues una vez dada cuenta de sus primeras expediciones á las comarcas inundadas, con la publicacion de las cartas que forman los anteriores capítulos, propóngome trazar á grandes rasgos sus nuevas y repetidas visitas á los pueblos asolados. Que si todas ellas hubieran de ser registradas con sus interesantes y conmovedores episodios, seria necesario escribir numerosos y abultados volúmenes.

Añadiendo cada día un nuevo donativo á los muchos é importantes que ya tenía hechos, y honrado con la confianza de las corporaciones y particulares que deseaban que fuesen repartidos sus socorros con la intervencion del ilustre filántropo, éste vióse obligado á hacer continuos y molestos viajes, sufriendo accidentes que pusieron en grave riesgo su vida, y gastando su quebrantada salud en aquellas santas y nobles empresas.

Tres veces estuvo en Orihuela, otras

tres en Murcia, en Lorca, en Cuevas y en Huércal-Overa, deteniéndose siempre en los pueblos del tránsito, y dejando en todas partes grato recuerdo de su generosidad y alentado por la esperanza el abatido espíritu de los infelices que habían sido arruinados por la catástrofe.

Sus repartos en efectivo fueron hechos á conciencia, personalmente y con las necesarias informaciones, para tener segura garantía de que se llevaban á cabo con equidad y justicia. La compra de fincas y las edificaciones, que fueron muchas, pues llegaron á levantarse barrios enteros y muchas manzanas de casas, dieron inmenso trabajo al Sr. Muñoz durante largos meses: su iniciativa y su intervencion lo organizaba y lo dirigia todo.

Las demostraciones de gratitud por parte de los pueblos, que resucitaban al benéfico contacto de aquel anciano, fueron en aumento, dándose tiernísimos y edificantes espectáculos. Antes de concluir esta obra, consignaré en sus detalles algunos de los espresivos homenajes que al noble bienhechor se tributaron, para dar idea de lo

que éstos fueron, y para demostrar á los pesimistas que se encierran en el mas grosero egoismo, que los hijos del pueblo saben agradecer los beneficios que se les hacen, pues el que siembra buenas acciones, recoge abundante cosecha de bendiciones y de aplausos; que el sentido moral del hombre no se halla por fortuna tan pervertido como creen, ó aparentan creer, los que miran con fria indiferencia las amarguras de sus semejantes.

Aunque no son completos los datos que tengo á la vista, y aunque muchas de las limosnas hechas por el Sr. Muñoz no pueden consignarse, por haber recaído en familias que despues de haber vivido en posicion desahogada vinieron á la miseria y su bienhechor ha querido guardar sobre este punto la mas discreta reserva, voy á consignar aqui algunas de las cantidades repartidas por el Sr. Muñoz con motivo de las inundaciones y que están comprobadas con los debidos justificantes. Los siguientes guarismos pregonan el desinterés de los corazones generosos, y representan muchas lágrimas enjugadas, muchos consuelos y

muchas alegrías y esperanzas, nacidas en los hogares donde se escuchaban triste imprecações y gemidos de muerte:

	REALES.
A cien familias de Orihuela, en la primera visita.	300.000
A las mismas, en la segunda expedición.	80.000
A las mismas, en la tercera. . .	60.000
A ciento cincuenta familias de Múrcia, en el primer viaje. . .	500.000
A las mismas, en el segundo. .	120.000
A las mismas, en el tercero. . .	80.000
A las familias de Lorca y Aguilas, en la primera expedición. .	199.800
A las mismas, en la segunda. .	46.000
A las mismas, en la tercera. . .	24.000
A las familias de Cuevas, en la primera visita.	108.000
A las mismas, en la segunda. .	36.000
A las mismas, en la tercera. . .	22.000
A las familias de Huércal-Overa, en tres viajes.	200.000
Al Torrao y á otros pobres que se distinguieron en sacar á los inundados del torbellino de las aguas.	8.000
<i>Suma. . .</i>	<i>1.783.800</i>

<i>Suma anterior.</i> 1.783.800	
A varias familias inundadas, sin expediente ó lista.	40.000
A las de la huerta de Alicante, por la inundacion y la sequia.	60.000
A varias familias sumidas en la desgracia por consecuencia de la inundacion.	15.000
A los pueblos del tránsito que no fueron comprendidos en las listas de los inundados.	26.000
Al hospital de Lorca y á varias familias desgraciadas que de puntos diversos no habian sido socorridas antes.	15.000
Nuevos socorros dados á diferentes familias y establecimientos de Murcia, Orihuela, Lorca, Huércal-Overa y Cuevas.	200.000
A los pobres vergonzantes y á los establecimientos de beneficencia de Alicante y otras partes.	19.000
A las monjas del convento de San Juan de Orihuela, para restaurar la iglesia, destruada por un rayo.	10.000
Por socorros diversos, cuyos detalles se omiten.	40.000
TOTAL RVN. . .	2.118.800

Fijando la vista en la suma importante que arroja la anterior relacion, casi toda ella procedente de donaciones hechas por el ilustre filántropo, puede comprenderse con cuanto fundamento dije en el prólogo que va á la cabeza de este volúmen, que nunca usaron tanta largueza ni reyes ni emperadores, y que el Sr. D. José Maria Muñoz debe ser considerado como el mas espléndido de los bienhechores de la humanidad en los modernos tiempos.

PROBIDAD.

Destinada esta obra á la BIBLIOTECA ANDALUZA, cuyos volúmenes, para que guarden idénticas proporciones, no pasan generalmente de las 200 páginas, voy á dar por terminado este primer tomo, dejando para el segundo, episodios, noticias, detalles, cartas y documentos, no menos interesantes que los ya consignados; pero antes de poner fin á esta primera parte de la tarea con tanto gusto emprendida, he de apuntar algunos datos que acusan la probidad del hombre extraordinario á quien va dedicado este libro, y la confianza y veneracion que su nombre inspira á todas las gentes honradas.

Sabido es que á raiz de la catástrofe de Levante, en una numerosa y popular reunion celebrada en los salones del Consula-

do, se constituyó en Alicante una Junta de Socorros, con el fin de acordar la distribucion de los fondos y objetos que la pública caridad le confiase, y que para presidirla eligieron los alicantinos al Sr. D. José Maria Mañoz, considerando que este puesto de honor y confianza debia ser ocupado por la figura mas grande y hermosa que se habia levantado en España para amparar á las infelices víctimas de la inundacion. La conducta de los señores que tomaron á su cargo mision tan árdua y dificil, fué imparcialmente juzgada, mereciendo unánimes aplausos y haciéndose acreedores al reconocimiento de todos. Su actividad y pulcritud en el desempeño de tan delicadísimo encargo, formó doloroso contraste con la apatía y el abandono de las comisiones oficiales que en mal hora se organizaron, para perjuicio de las pobres familias que debian ser auxiliadas en sus urgentes necesidades y para desencanto de todos los que llenos de entusiasmo y animados por sentimientos compasivos contribuyeron á la suscripcion oficial.

Al disolverse la Junta de Socorros, que

reflejaba la honradez y la delicadeza de su digno presidente, publicó cuentas detalladas, precedidas de una extensa Memoria, donde se hacia la historia clara y sencilla de todos sus actos.

La prensa alicantina ocupose de estos documentos con muy elevado sentido, y *El Graduador* publicó un notable artículo, del cual reproduzco los siguiente párrafos, que merecen ser leídos:

«¡Qué sentimiento tan noble y tan santo el de la caridad!

Merced a sus grandes esfuerzos y á su constante anhelo, se realizan las mayores empresas en favor de los que sufren y se prodigan los consue- los mas eficaces al desgraciado que por cualquier azar de la vida, encuéntrase sumido en la orfandad ó en la miseria. ¡Cuántas lágrimas evitan con su poderosa ayuda esas benéficas sociedades que se consagran á aliviar la suerte del pobre!

Si otra razon no tuviéramos para enorgullecernos de haber nacido en este siglo de libertad y de progreso, en estos tiempos tan calumniados por los oscurantistas, bastarian los sublimes actos de caridad que por todas partes se suceden, para llenarnos de satisfaccion inmensa en medio de ese espíritu generoso que se observa en todas las clases y esa virtud que se revela en todos los hombres sin distincion de partidos, cuando de socorrer al desvalido ó de saciar el hambre de sus hermanos se trata.»

«Sugieremos estas sencillas reflexiones la *Memoria* y cuentas que la Junta de Socorros de esta capital ofrece al público, y muy especialmente á las personas que la honraron con su confianza, porque esos elocuentes documentos son la mejor prueba de que la caridad y la iniciativa particular son siempre de mas eficaz é inmediato resultado que el de esas abandonadas juntas ó comisiones oficiales que jamás llegan al término de su cometido, y ni acuden con la rapidez necesaria en auxilio del necesitado, ni rinden cuentas, ni hacen otra cosa que dar motivo de censura y de disgusto en la opinion.»

«Del resumen de las cuentas á que nos referimos, publicadas con los mayores detalles posibles en el indicado periódico, resulta que el cargo ó sea el total de ingresos, asciende á 385.017'34 reales y la data á igual suma, mediante la entrega de 3147'34 al Sr. Muñoz á cuenta de mucha mayor cantidad que suplió dicho caritativo señor de su pecuho particular.»

«Reciban los dignos individuos que formaron la Junta de Socorros de Alicante nuestra mas sincera felicitacion por su noble proceder en beneficio de los pobres, cuya gratitud es el mayor de los premios en el mundo, y no duden merecer las bendiciones del cielo por su abnegacion y generoso comportamiento con los inundados de Orihuela, Murcia y Almería.»

Respecto á las muestras de confianza que constantemente recibia el Sr. Muñoz, con el encargo de distribuir donativos de muchos puntos de España, del extranjero y

de América, cúmpleme repetir que correspondió á aquellas distinciones, trabajando incansablemente para que los auxilios tuvieran digno empleo, aumentando siempre de su bolsillo particular importantes cantidades á las que para su reparto se le enviaban, y remitiendo en todas ocasiones á las sociedades y particulares que á él se dirigian, listas detalladas, documentos y justificantes que patetizaban la escrupulosidad de todas sus gestiones.

Esta delicadísima conducta y las molestias y gastos que se impuso el bondadoso anciano, para llenar concienzudamente el cometido que á su experiencia en socorrer al desvalido y á su buena voluntad se confiaba, fué estimada por todos los donantes, recibiendo innumerables votos de gracias, las mas espresivas y honrosas comunicaciones, y centenares de diplomas proclamándole presidente y sócio honorario de importantes sociedades y casinos. Tambien fué nombrado hijo adoptivo y predilecto de muchas provincias y municipios.

Relacionándose con este particular, creo oportuno reproducir un suelto que, despues

de haber llevado á cabo el Sr. Muñoz las expediciones á que en el anterior capítulo me he referido, publicó *La Union Democrática*, ilustrado periódico de Alicante.

Helo aquí:

«Es tanta la confianza que inspira á las gentes benéficas el héroe de la caridad D. José Maria Muñoz, que en los pocos dias que lleva de descanso en su casa de Alicante, despues de su tercera expedicion á las comarcas inundadas, en donde tantos beneficios ha hecho, le han remitido fondos de consideracion para distribuirlos por sí mismo y segun su procedimiento, en vista de los datos que se ha procurado de los desastres causados por aquella en personas é intereses, sin otra intervencion que la de hacer concurrir á todos estos actos de caridad que ejerce, á las Autoridades, Juntas de Socorros y párrocos de las respectivas localidades, con el solo fin de que testifiquen y firmen las justificaciones que exige para dar satisfaccion á su decoro y honradez y á los generosos donantes que en él depositan su confianza, como lo ha verificado con los de Santander y otras partes; y por esta razon, y por tantos otros asuntos y deberes que le impone la caridad con gusto suyo, está ocupado en oficina todo el dia hasta media noche, de modo, que vive consagrado á esa virtud, la mas santa; y en prueba de ello sabemos que en esos dias, ha recibido y ha depositado en poder del Baron de Mayals, tesorero de la Junta de Socorros de Alicante, los fondos del segundo envio de la colonia española y franceses de Oran, remitidos por el cónsul de España. De los pueblos



de Son y La Guardia y de la Comision de Artistas de Málaga, Academia de Bellas Artes de Sevilla y del Comercio del Bilbao, tiene avisos de que pondrán á su disposicion las que han recaudado por rifas y otros medios empleados para socorrer las desgracias causadas por la inundacion, lo cual verificará el Sr. Muñoz por sí mismo recorriendo por cuarta vez, con gusto, las comarcas desoladas, cuyos habitantes ya le conocen bien, le bendicen y ansian verle, porque es su esperanza, su consuelo y su mas constante y mejor bienhechor.»

VENERACION.

Como última pincelada en los cuadros que con la mas honrada intencion y sin ánimo de aludir ni mortificar á nadie he bosquejado, voy á cerrar este volúmen consignando un detalle, que siempre que lo he referido, considerándolo el mas extraño ejemplo de gratitud y veneracion que puede dar un alma reconocida, ha impresionado profundamente á los que han tenido inteligencia y corazon para estimar la pura sencillez del protagonista.

No hace mucho tiempo, encontrábame de paso en uno de los pueblos de la provincia de Murcia que mas sufrieron por las inundaciones y que mayores beneficios habian recibido de D. José Maria Muñoz.

Invitado por mis amigos concurría algunas tardes al casino, cuya sociedad, como

casi todas las de las provincias inundadas, habia nombrado su Presidente honorario al héroe de la Caridad y tenia colocado su retrato en el salon de preferencia.

En él encontrábame una noche, poco despues de haber sonado en la iglesia inmediata el toque de oraciones, hora en que los trabajadores de la huerta dejan su tarea y vuelven á sus hogares los que viven en la poblacion.

Conversaba con algunas personas, sentado en una de las mesas que habia cerca de la puerta, cuando llamó mi atencion la presencia de un viejo hortelano, que con un escardillo sobre el hombro y el sombrero en la mano, atravesó sin decir palabra el salon, dirigiéndose al testero de enfrente, donde bajo elegante dosel se encontraba el retrato del Sr. Muñoz.

El buen hombre detúvose un momento ante el cuadro, con el mismo respeto que pudiera haberse detenido ante la imágen del Crucificado; despues inclinose, dejó caer el sombrero al suelo, puso á su lado la herramienta que traia, hincó en tierra la rodilla, persígnose lentamente y cruzó

ambas manos sobre el pecho, permaneciendo recogido y como si se entregara á fervorosa oracion.

Trascurrido largo rato, levántose, tomó silencioso su escardillo y su sombrero, y se dirigió hácia la puerta, diciendo al pasar por delante de nosotros:

—Alabado sea D. José Maria Muñoz, señores.

Yo me encontraba perplejo, queriendo comprender lo que veia, pero sin acabar de explicarme aquella escena.

—Veo que le ha llamado á V. la atencion la presencia de ese pobre viejo,—me dijo uno de los amigos que me rodeaban.

—¿Quién es, y qué es lo que ha hecho?

—Es un hombre honradísimo que fué sometido á horrible prueba por consecuencia de la inundacion. Viene de una huerta inmediata, donde vive su yerno y su hija, á los cuales va á ayudar en sus faenas diariamente. Ha hecho, lo que hace todas las noches cuando regresa del trabajo, antes de ir á cenar con su mujer y á besar á sus hijos pequeños: rezar tres padre-nuestros ante el retrato del Sr. Muñoz.

Yo le miré sorprendido, y mi amigo continuó:

—Así demuestra ese anciano sencillo y agradecido su devoción y su respeto al que le salvó la honra y la vida.

—Será interesante la narración del episodio á que V. se refiere.

—Es conmovedora, y merece escribirse. Ya se la enviaré á V. para que la publique cuando lo crea oportuno en alguno de sus libros.

—Recojo la palabra y espero el manuscrito con impaciencia,—me apresuré á contestarle.

—Dentro de poco lo tendrá V. en su poder.

Mi amigo cumplió su ofrecimiento, y algunos días después de mi regreso á Málaga recibí la interesantísima narración que, por su oportunidad, pienso que forme uno de los capítulos del segundo tomo de esta obra.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

	<i>Págs.</i>
Origen y propósitos de esta obra.	3
Carta de un antiguo estudiante en el Seminario de Plasencia.	15
Narracion de un viejo guerrillero.	21
Terminan los apuntes enviados por el antiguo guerrillero.	31
Trabajos, fortuna y actos benéficos del señor D. José María Muñoz antes de las inundaciones.	37
Lacatástrofe.	49
Desolacion.	62
Un hombre.	69
Homenajes.	78
Gratitud nacional.	95
El brazo de la caridad.	114
La campaña de la caridad.	129
Nuevas expediciones.	146

	<i>Págs.</i>
En Alicante.	161
Otra expedicion.	169
¡Mas de dos millones!	186
Probidad.	196
Vénération.	203



BIBLIOTECA ANDALUZA

COLECCION
DE
PEQUEÑOS Y ÚTILES VOLÚMENES
POR
UNA SOCIEDAD DE ESCRITORES,
MÉDICOS, ABOGADOS
Y CATEDRÁTICOS

DIRECTOR: ANTONIO LUIS CARRION

UNA PESETA EL TOMO
POR SUSCRICION

SE PUBLICA UN TOMO CADA MES

TOMOS SUELTOS
UNA PESETA CINCUENTA CÉNTIMOS

OFICINAS, COMEDIAS 28

MALAGA

En el establecimiento tipográfico de esta Biblioteca se hacen impresiones de todas clases con esmero y á precios económicos.